

Barbara y John Ehrenreich

Itinerario de la REBELION JUVENIL

Traducción de Javier Guerrero

EDITORIAL
NUESTRO TIEMPO, S. A.

Colección Temas de Actualidad

Título en inglés: *Long March, Short Spring*
Copyright © 1969 by Barbara and John Ehrenreich
Primera edición, 1969, publicada por
Monthly Review Press

Primera edición en español, 1969
Derechos reservados conforme a la ley

© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.
Av. Universidad 771, Desp. 402-403
México 12, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Í N D I C E

<i>Presentación</i>	7
PRÉFACIO	9
I. EL AÑO DEL ESTUDIANTADO	13
II. LO QUE REALMENTE QUIEREN LOS ESTUDIANTES	18
III. ALEMANIA: LA LARGA MARCHA	19
IV. REBELIÓN A LA ITALIANA	42
V. FRANCIA: LA CORTA PRIMAVERA	59
VI. INGLATERRA: LA PRIMAVERA SILENCIOSA	82
VII. COLUMBIA: ADELANTE, CONTRA LA PARED DE HIEDRA	96
VIII. GRADUACIÓN	128
BREVE BIBLIOGRAFÍA	148

PRESENTACIÓN

Bárbara y John Ehrenreich son dos escritores políticos norteamericanos que han participado activamente en el movimiento estudiantil de los Estados Unidos. Cargados de esa experiencia pionera, viajaron por Europa con el exclusivo propósito de estudiar los movimientos estudiantiles respectivos y realizar un examen conducente al establecimiento de afinidades y diferencias. Producto de ese viaje es el libro que presenta a sus lectores Editorial Nuestro Tiempo.

El perspicaz itinerario de los esposos Ehrenreich abarcó los más importantes focos de lo que se puede considerar en términos concretos la rebelión estudiantil, y más ampliamente la de la juventud, de todo el mundo. Inglaterra, Francia, Italia y Alemania proporcionaron el estudio de un rico material de inquietudes y rebeliones digno de ser contrastado con lo ocurrido en los campus norteamericanos donde sin duda se libraron las primeras peleas juveniles contra un mundo apolillado. Para los lectores mexicanos el libro posee la importancia de señalar también simpatías y diferencias, similitudes y desemejanzas entre lo ocurrido en otros países y los acontecimientos que el 2 de octubre de 1968 culminaron con la matanza de Tlatelolco. De donde el trabajo de los autores norteamericanos viene a ser un testimonio de hasta qué punto es falsa la tesis chovinista oficial de la importación de los movimientos juveniles y, al mismo tiempo, hasta cual inexorablemente la juventud mexicana responde a estímulos, rebeliones y demandas que los modernos medios de comunicación universalizan y dispersan en su carácter de exigencias de todos los que aspiran a construir un mundo y una sociedad mejores.

PREFACIO

Al principio de la primavera de 1968 intentábamos ver cómo mantenernos alejados de los asuntos de la enseñanza superior. Pero entre el 23 de abril (durante la rebelión en la Universidad de Columbia) y el 10 de mayo (la noche de las barricadas en París) consideramos que las universidades eran más interesantes de lo que suponíamos. Otras personas que participaban en el movimiento estudiantil norteamericano empezaron a comprenderlo así también. Hasta ese momento, los asuntos internacionales que más nos interesaban se centraban en Vietnam y en la América Latina. Sabíamos mucho del FLN, de los *Huks* en las Filipinas, de las guerrillas guatemaltecas, pero a duras penas sabíamos algo de los movimientos estudiantiles europeos encabezados por la *SDS* en Alemania, del Movimiento 22 de marzo en Francia y del movimiento italiano. Cuando las universidades se conmocionaron, en la primavera, decidimos indagar acerca de esos movimientos estudiantiles.

Volamos a Europa antes de que llegaran las vacaciones de verano en las escuelas. Aunque no tuvimos tiempo sobrado, hablamos con mucha gente. No teníamos interés especial en ver a los “dirigentes” de los movimientos, pero, por lo demás, uno se los encontraba en todas partes. Hicimos todo lo posible por hablar casi siempre con los estudiantes comunes. En varios países contamos con la ayuda de amigos norteamericanos que allí viven. Ellos nos auxiliaron en lo que hacíamos e hicieron posible que viéramos a mucha gente. Desde que regresamos a Nueva York las cosas han sido a la inversa: muchos estudiantes europeos han venido aquí trayéndonos información, y realmente nos han ayudado a escribir el libro, revisando lo escrito y criticando y discutiendo las interpretaciones.

Éste no es un libro “objetivo” (¿existe algo así?). No somos reporteros. No nos limitamos a entrevistar a la gente: indagamos y discutimos. Pasamos más tiempo discutiendo la estrategia y los problemas comunes que tomando notas. Por supuesto, el capítulo sobre la Universidad de Columbia está más detallado; nosotros y nuestros amigos participamos en la lucha estudiantil que se libró en esa universidad.

Tampoco se trata de un libro que abarque todo lo referente al asunto. No se tratan en él los importantes movimientos del Japón o de México, ni ninguno de los pequeños movimientos que están surgiendo casi en cada país capitalista y en unos cuantos países comunistas. Abordamos el tema en cuatro países además de los Estados Unidos: Inglaterra, Francia, Alemania e Italia. Incluso dentro de este marco estrecho no pretendemos ser exhaustivos. Tratamos de mantenernos en los límites de lo que sabemos por información de primera mano. De tal modo el capítulo sobre Alemania se centra en la marcha del movimiento en Frankfurt y Berlín. El capítulo de Italia fija su atención en Roma y Turín. Éstas son las ciudades claves de los movimientos en los dos países, y también las únicas que visitamos en Alemania e Italia. El capítulo sobre Inglaterra es corto porque nuestra estancia allí fue breve.

El interés varía según el país (esto es, según el capítulo). En Alemania nos interesaba más indagar cómo se había desarrollado el movimiento en los últimos cinco años, dentro de las condiciones históricas del país. En Francia subrayamos lo que continuamente discutíamos con los estudiantes franceses: la dinámica del cambio revolucionario y su significado para la organización revolucionaria. Del mismo modo, pusimos en relieve la participación *estudiantil* en los acontecimientos de mayo; el análisis completo del papel obrero en estos acontecimientos está más allá de los alcances de este libro. El capítulo sobre Italia enfoca la atención sobre los problemas universitarios, tal como lo hicieron los italianos. Inglaterra está incluida no porque cuente con un fuerte movimiento (todavía no), sino porque aclara en parte el problema de la radicalización de los estudiantes en la universidad.

El capítulo sobre el movimiento norteamericano es el menos balanceado. Se refiere a una sola ciudad y a una sola universidad, la de Columbia. Otras personas han escrito acerca de la Nueva Izquierda norteamericana (ver bibliografía). Nosotros pensamos que lo que ocurrió en la Universidad de Columbia sintetiza mucho de lo que el movimiento de la Nueva Izquierda ha sido en los últimos cinco años; su enfoque tuvo mucho que ver con el problema de la comunidad con la cual la universidad entraba en conflicto. Y lo que es más importante, la experiencia de la Universidad de Columbia señala nuevos caminos al movimiento norteamericano, por lo cual resulta importante comprender en detalle lo que allí sucedió.

* * *

La historia se la dejamos a los historiadores. Nosotros nos interesamos en la *experiencia*, en lo que puede ser parte de nuestra —y vuestra— experiencia. Este libro es un esfuerzo colectivo de aquellos que compartieron su experiencia con nosotros durante tanto tiempo. El mencionarlos a todos llenaría un capítulo. Pero queremos reconocer la ayuda de algunas personas que dejaron sus labores habituales para auxiliarnos.

De Inglaterra, agradecemos la ayuda de dos amigos norteamericanos, John Schwartz y Alan Steinbach, y de un inglés, Mike Rustin.

En Francia, un norteamericano, Dick Howard, nos orientó en la confusa situación y nos presentó a muchos estudiantes franceses. Agradecemos también su ayuda a Daniel Guérin y a Fabrice, Hervé, Jean, Matthias, Catherin, Helen, Daniel, Lion, François y Danielle.

De Roma, damos las gracias a Enzo Modugno, Giovanni Graziani, Luca Meldolesi, Nicolette Stamme, y a Beatriz. De Turín, a Luigi y Laura Bobbio, a Pepino y Mario.

De Alemania agradecemos su ayuda a Rainer Deppe, Rainer Roth, Frank Wolff, Lothar Menne, Heinz Meier, Bernd Rabehl, Hartmut Hausserman, Walter Weller, Sigrid Fronius, y especialmente a Uwe Bergmann y María Siegemund.

Por último, en lo que respecta a Columbia, agradecemos la colaboración de Mark Rudd, Josh De Wind, Josie Duke, Dave Gilbert y Beth Reisen.

No es necesario decir que ninguna de estas personas es responsable de los errores del libro, ya sea en lo que se refiere a los hechos, ya a su interpretación. Si alguien además de nosotros resulta responsable de las interpretaciones expuestas, deben ser nuestros amigos en el movimiento, con quienes hemos discutido estos asuntos durante años.

Finalmente, Paul Sweezy y Leo Huberman nos sugirieron que escribiésemos este libro. En los últimos años hemos aprendido mucho de ambos.

Barbara y John Ehrenreich

Ciudad de Nueva York
Noviembre, 1968.

CAPÍTULO PRIMERO

EL AÑO DEL ESTUDIANTADO

AL PUEBLO VIETNAMITA

Algo está ocurriendo aquí y no sabe usted
qué es; ¿no es así, Mr. Jones?

Bob Dylan

1968: año de la Revolución Estudiantil.

Marzo: miles de estudiantes luchan en Roma todo un día con la policía, en el valle de Giulia.

Abril: en la Alemania occidental miles de estudiantes invaden los talleres de algunos periódicos y queman los ejemplares. En Nueva York las fuerzas policíacas combaten tres horas para rescatar la Universidad de Columbia de manos de sus propios estudiantes.

Mayo: 40 000 estudiantes y obreros salen a la calle y realizan la más grande manifestación habida en un primero de mayo en la ciudad de Berlín desde hacía tres décadas. París presencia las más fieras luchas callejeras desde la Liberación. Los estudiantes levantan barricadas en el Barrio Latino, chocan con la policía toda la noche y provocan una huelga general que hace tambalear al gobierno. A través de la Alemania occidental los estudiantes sacuden a las universidades para protestar contra las nuevas leyes de emergencia promulgadas por el gobierno.

Junio: en Bruselas, Estocolmo, Amsterdam, Tokio y Londres los estudiantes ocupan sus escuelas o chocan con la policía en las calles.

Cuando escribimos esto, en septiembre, los estudiantes mexicanos y la policía están enzarzados en la más grande refriega habida desde la Revolución.

En la primavera de 1968 una serie de movimientos revolucionarios estudiantiles surgieron en casi cada uno de los mayores países

del "mundo libre". No había razones para esperarlos. Durante veinte años los gobiernos europeos y el norteamericano se habían enfrentado únicamente a débiles oposiciones internas de carácter izquierdista. Europa no sólo se había recuperado después de la guerra, sino que se hallaba más estable y próspera que nunca. En los Estados Unidos era la obesidad, más que la mala nutrición, el problema básico de la salud. En todas partes el desempleo era bajo. Los trabajadores compraban automóviles, televisores, máquinas lavadoras y equipos de excursión campestre. Las tradicionales predicciones marxistas acerca del empobrecimiento de la clase obrera y el colapso del capitalismo parecían anacrónicas. ¿Qué significaba la lucha de clases en las cada vez más "igualitarias" sociedades modernas? Los liberales ilustrados aplaudían el "fin de la ideología". Era la época de las reformas. Ningún problema social era demasiado grande como para no poder resolverlo con unos cuantos ajustes técnicos en la maquinaria sociopolítica.

Las revoluciones podían sacudir a los países subdesarrollados donde, como se sabía, el comunismo progresaba por causa de la miseria. Pero el peligro en los países desarrollados había desaparecido.

Esto fue hasta la primavera de 1968. Cuando ésta llegó, ningún gobierno estaba preparado para una respuesta o una justificación. Los periodistas liberales especulaban acerca de un "abismo generacional", pero no podían explicar por qué la juventud se había sumado a la izquierda. Quizá todo se había hecho demasiado confortable y la gente joven se sentía culpable por su plácida vida. Según informes de autoridades universitarias, la mayoría de los estudiantes eran los mismos de siempre, excepto por la presencia de minúsculas bandas de terroristas que causaban destrozos en una universidad y después se dirigían a destrozar otras.

De hecho, se trataba de un movimiento de masas. En Berlín, la mayoría de los estudiantes de la Universidad Libre —15 000 jóvenes— fueron manifestantes activos. En Francia el movimiento comenzó en marzo con unos pocos centenares de activistas; para mayo sumaban millones. Los Estados Unidos nunca habían tenido un movimiento izquierdista de masas similar a los movimientos comunistas europeos, pero la década de los sesentas demostró que no eran inmunes. Berkeley mostró el camino, y para 1968 el movimiento norteamericano era suficientemente grande y experimentado como para prestar las palabras *sit-in* y *direct action* a los radicales de

todo el mundo. En mayo, seis mil estudiantes efectuaron un paro en la Universidad de Columbia. Posteriormente, en el verano, 10 000 estudiantes y ex estudiantes convergieron en el centro de Chicago y la Convención del Partido Demócrata se manchó con su sangre.

El movimiento había sido duradero y amplio, si no masivo, antes de la primavera de 1968. La gente se había acostumbrado al espectáculo de miles de estudiantes marchando, formando grupos de protesta o reunidos. En la primavera de 1968 el movimiento no sólo llegó a ser masivo, sino violento. Las multitudes no desfilaron: practicaron "tácticas de movilización callejera". Las manifestaciones desembocaron generalmente en combates con la policía. En Alemania las manifestaciones primaverales contra el monopolio periodístico terminaron con dos muertos y centenares de heridos. En Roma los estudiantes respondieron a los ataques de la policía con palos y piedras. En París incendiaron automóviles y arrojaron cocteles Molotov y adoquines para defenderse de los gases lacrimógenos y las granadas de la policía.

Los estudiantes norteamericanos siempre han sido más dóciles que los europeos; sin embargo, cuando los policías invadieron Columbia, a mediados de mayo, fueron recibidos con una lluvia de botellas de *coca-cola* y ceniceros. Hasta en la pacífica Inglaterra una manifestación antibélica primaveral culminó en un combate mano a mano con la policía.

Con anterioridad a estos acontecimientos ha habido movimientos masivos e incluso violentos, de carácter izquierdista, en los países capitalistas occidentales. Desde un punto de vista histórico, probablemente lo más distintivo del nuevo izquierdismo han sido los propios neoizquierdistas. No eran obreros de bajo salario o desocupados sino, por lo común, muchachos de la clase media. Toda la teoría revolucionaria clásica, toda la experiencia de los pasados movimientos de izquierda parecían indicar que la pobreza y la explotación son las que producen las revoluciones, y que sólo los obreros industriales o los campesinos podían mostrar el camino. En 1968 los que ganaron las calles fueron personas que vivían en hogares cómodos y que se hallaban a gusto con sus respetables hábitos y sus bien pagadas profesiones. Al principio los obreros franceses se burlaban de ellos y les decían "chicos con papá". La prensa comparaba los primeros disturbios con alborotos de cantina o asaltos de pandillas. Pero había un nuevo tono en los cantos estudiantiles cuyo eco recorrió Europa y los Estados Unidos: el tono antiautoritario,

antimperialista y anticapitalista. A veces las canciones eran como un sonsonete de equipo colegial de fútbol: *Ho, Ho, Ho, Chi Minh, the NLF is going to win!* y *One, two, three, four—we don't want your dirty war. Five, six, seven, eighth—we don't want your fascist state.*²

En muchos países los estudiantes hallaron pronto aliados en la clase obrera. En Francia los trabajadores se les unieron *en masse*.^{*} En los Estados Unidos los primeros gérmenes de una verdadera alianza entre blancos y negros surgieron en torno al movimiento estudiantil. Incluso en la conservadora Alemania occidental miles de jóvenes obreros manifestaron hombro con hombro con los estudiantes.

En septiembre, cuando los centros de estudio se hallaban listos para la reanudación de labores, el *poder* de los estudiantes atrajo la atención en las primeras planas de todos los periódicos del mundo occidental. Los estudiantes comenzaron a competir con los negros en las descripciones de rasgos sociológicos de las revistas ilustradas.

Los grandes periódicos insertaban artículos revelando que Dany Cohn-Bendit, Rudi Dutschke y Mark Rudd comían y dormían bien y demostraban respeto por sus padres. Pero no toda la gente se interesaba en los estudiantes por el atractivo de sus personalidades. Después del combate de Chicago, los liberales norteamericanos se angustiaron al ver cómo los respetuosos^{*} y obedientes estudiantes empezaban a perder la fe en el "sistema". Poderosos dirigentes de corporaciones norteamericanas invitaron a los estudiantes a dar conferencias, y a charlas acerca de "lo que realmente querían los estudiantes". Los estudiantes de conducta "constructiva" fueron recompensados con privilegios concedidos por fundaciones, y figuraron como personajes dignos de ser consultados respecto al problema de cómo resolver la "reestructuración de la Universidad".

Otorgar privilegios y dar fama periodística es parte del arsenal de los gobiernos amenazados. Otra de sus armas es la represión. Cuando los gobernantes se ponen nerviosos, la usan. En 1968 parecían estar nerviosos ante movimientos inermes, amorfos y resueltamente populares. Acusaciones de tráfico de drogas, de incitación a

¹ "Ho, Ho, Ho Chi Minh, el FLN vencerá".

² "Uno, dos tres, cuatro —no queremos vuestra sucia guerra. Cinco, seis, siete, ocho —no queremos vuestro Estado fascista".

^{*} En francés en el original.

^{*} El modismo *Clean for Gene* quiere decir, aproximadamente, digno de Eugene (McCarthy). Alude a la personalidad del ex candidato presidencial de los EU, considerado muy conspicuo universitario. ENT.

la rebelión, e incluso de conspiración para cometer homicidios, fueron lanzadas contra los líderes estudiantiles.

Un nuevo fantasma recorría Europa y América. Y no era ya el fantasma del comunismo organizado. El comunismo había decaído, satisfecho con su lucha por conseguir algunos puestos de elección. 1968 era el año de los estudiantes revolucionarios. En los Estados Unidos, el lema de las elecciones presidenciales fue "ley y orden", *cufermismo* que encubría la represión contra negros y estudiantes. Por una vez en su vida J. Edgar Hoover olvidó la amenaza comunista para señalar la nueva "amenaza estudiantil". En Francia, De Gaulle pasó el verano persiguiendo a estudiantes radicales. Y en la Alemania occidental y en Italia algunos estudiantes activistas estudiaron la posibilidad de pasar a la clandestinidad. Pero muchos estudiantes no dejaron que las amenazas de represión cambiaran su tipo de actividad. No eran ellos los que estaban asustados.

CAPÍTULO SEGUNDO

LO QUE REALMENTE QUIEREN LOS ESTUDIANTES

*Mientras nuestras fantásticas demandas no sean cumplidas,
la imaginación estará en guerra con la sociedad.
La sociedad quiere suprimir la imaginación,
pero ésta surge de nuevo y de nuevo,
abrazando a la juventud,
sosteniendo la guerrilla urbana,
saboteando la rutinaria vida de las burocracias,
acechando a la empleada que se dirige a tomar agua,
envolviendo al gerente entre su oficina y el hogar,
deslizándose silenciosamente en las recámaras de las
familias respetables,
escondiéndose en las oficinas de los privilegiados,
afianzando su dominio,
surgiendo a veces en las calles, en luchas masivas
donde su victoria es inevitable.
Somos la vanguardia de la imaginación,
vivimos en un territorio liberado donde la fantasía
se moviliza
absolutamente libre todas las horas del día, y desde aquí
lanza sus ataques sobre el territorio ocupado.
Cada día trae nuevas zonas a nuestro dominio,
cada día se informa de una victoria,
cada día la fantasía descubre nuevas formas de organización,
cada día afianza su dominio y pierde el temor,
y a sí misma se reconoce cada vez más...
Y hasta en el clímax de las batallas planea las ciudades del futuro.
Estamos llenos de optimismo.
Somos el futuro.*

Adelante contra el Muro/Motherfuckers
(grupo radical de Nueva York)

CAPÍTULO TERCERO

ALEMANIA: LA LARGA MARCHA

12 de abril de 1968: miles de personas en la Alemania occidental se fueron al trabajo sin su periódico. Las noticias (que habrían visto si hubieran tenido un periódico que leer) eran las siguientes: miles de estudiantes luchaban contra la policía para impedir que el monopolio periodístico de Axel Springer distribuyera sus publicaciones. Munich: dos muertos en el conflicto. En Berlín, refriegas con ametralladoras y varillas de hierro alrededor de las oficinas de Springer. Springer estaba cercado por aquellos que constituían su favorito tema de escándalo: los estudiantes. Estos acontecimientos, que emergían tan de repente, no podían sin embargo sorprender a nadie. Eran la culminación de varios años de desarrollo de un movimiento estudiantil izquierdista, surgido paralelamente al desarrollo de Alemania en la última década.

La Alemania occidental de la década de los cincuentas y principio de los sesentas era la del "milagro alemán". El "neocapitalismo", con sus afinados y nuevos mecanismos para prevenir las crisis, parecía asegurar la estabilidad económica y política. Sin embargo, a principios de la década del 60 la tasa de crecimiento económico se vino abajo. Entonces, en 1966, sucedió lo imposible: el descenso de la tasa citada se expresó en una seria depresión económica. Como respuesta se despidió de su trabajo a miles de personas y se redujeron los salarios de otras tantas. Los obreros respondieron con huelgas y bajas en la producción, todo lo cual constituyó el más grave estado de desempleo desde que terminó la guerra. A mediados de 1966 el gobierno y los empresarios acudieron a una serie de medidas para combatir la depresión y frenar el desempleo. El gobierno, sin embargo, estaba identificado con la política económica en descomposición en ese momento. Las medidas tomadas fueron tan impopulares como la misma depresión, y una fuerte oposición de los diversos partidos esperaba tras de bastidores. El natural ca-

mino para evitar cualquier seria amenaza a las medidas tomadas por el gobierno fue absorber a la oposición dentro del aparato estatal. Así, en diciembre de 1966 los dos partidos más grandes —el Demócrata-Cristiano, que había gobernado a Alemania desde el fin de la guerra, y el Socialdemócrata, partido de los trabajadores y heredero de la tradición socialista— se unieron en una “Gran Coalición”.

La Gran Coalición fue un éxito. Se aprobó un plan de austeridad presupuestal, sin mucha oposición, por supuesto, del Parlamento. Los impuestos fueron elevados. Los gastos gubernamentales fueron reducidos, incluyendo los destinados a varios proyectos de seguridad social, los subsidios a ciertas ramas de la industria y los gastos militares. Finalmente, después de una década de discusión, se reintrodujeron en el Parlamento leyes que concedían al gobierno poderes en “caso de emergencia” (el cual sería declarado por el mismo gobierno). Asimismo, la Gran Coalición empezó a plasmar tendencias políticas que habían surgido hacía una década. La incorporación del único gran partido de oposición en el gobierno significó que la acción de los partidos políticos era cada vez menos importante. El mismo Parlamento dejó de ser un estrado en el cual se resolvían los conflictos de intereses; ya no fue un lugar del que surgieran decisiones. En cambio el burocratismo y el autoritarismo estatales crecieron, su poder fue el decisivo, y todos los mecanismos tradicionales de oposición a ese poder decayeron.

A mediados de los sesentas se observó también la crisis de las universidades, una crisis íntimamente vinculada a los cambios en la economía del país. El rápido crecimiento de la economía y el desarrollo de una eficiente tecnología y del intercambio comercial, características de un capitalismo industrial desarrollado, hacían surgir la creciente necesidad de una diversidad de trabajadores altamente calificados. Se requerían maestros, ingenieros, químicos, computadores, etc., y las universidades debían formarlos. Pero los centros universitarios no estaban preparados para ello. Habían sido fundados para preparar grupos de privilegiados en las profesiones liberales del siglo XIX, no a las masas que debían conseguir empleos en el XX. A mediados de los sesentas la crisis era evidente. Las universidades no cumplían su misión. Los planes de estudio eran anacrónicos y los catedráticos y directores, todopoderosos en las universidades alemanas desde el siglo XIX, cerraban filas contra la modernización.

La crisis estalló en un momento en que no se podía hacer nada eficaz para resolverla. El gobierno, con su plan de austeridad, no podía tomar a su cargo ningún proyecto de expansión del sistema educativo. Lo único que hizo al respecto fue abordar los problemas universitarios mediante reformas administrativas, reformas tendientes a remediar en algo las carencias educativas. Muchos gobiernos locales decidieron subir el monto de las inscripciones, para limitar la entrada en las universidades. Además propusieron limitar el tiempo que un estudiante emplea en la universidad a ocho semestres, con lo cual eliminaban a muchos estudiantes que por razones económicas o psicológicas sólo parcialmente cubrían el lapso, y a otros muchos que para lograr una educación más amplia deseaban alargar sus estudios hasta diez o doce semestres (casi la mitad de los estudiantes emplean más de diez semestres para completar su formación universitaria). Para los estudiantes, la medida podía significar eficiencia, pero no “progreso”, porque sacrificaba las necesidades económicas y espirituales de los estudiantes a las de una universidad ordinaria y “eficiente”. No era una solución básica de la crisis universitaria.

Si la Alemania occidental como un todo tenía problemas en la época a que nos referimos, el Berlín occidental también los tenía, y aun peores y más apremiantes. Berlín era el escaparate de la Alemania occidental, la viva demostración de las virtudes del capitalismo. Todas las posiciones de la Alemania occidental respecto del capitalismo, el comunismo y la democracia se reflejaban, incluso caricaturescamente, en el Berlín occidental. Y si esas posiciones eran más notables en Berlín que en Alemania, lo mismo ocurría con los problemas. Berlín era, de hecho, un escaparate vacío.

Reconstruida gracias al derrame financiero norteamericano, la economía de esta ciudad sin país llegó a crecer irracionalmente. Los industriales no estaban muy dispuestos a invertir en la “ciudad-isla” de incierto futuro. Las únicas inversiones importantes en la ciudad, debidas a los incentivos fiscales del gobierno germano-occidental, fueron las hechas en empresas de especulación cuyas ventajas fiscales aseguraban ganancias a corto plazo. Berlín tenía lujosas casas, hoteles caros y bellas oficinas; gozaba de un desarrollo espectacular, pero sin bases firmes. Los obreros de Berlín fueron los primeros en notar que Berlín carecía de perspectivas. Los salarios eran más altos en el resto de la Alemania occidental, y había más empleos. Abandonaron la ciudad por millares, especialmente los jóve-

nes, convirtiendo a Berlín en una ciudad de viejos. Un 20 por ciento de la población urbana tiene más de 65 años (casi el doble en lo que se refiere a los mayores de 65 en toda la Alemania occidental).

Así como Berlín era un escaparate, también lo era su universidad. En 1948, en medio del bloqueo soviético de Berlín y con la guerra fría en su apogeo en la ciudad, fue fundada la Universidad Libre de Berlín. Para los estudiantes, que tuvieron la iniciativa de establecerla, era una alternativa frente a la arbitraria y autoritaria Universidad *Humboldt* del Berlín oriental. Para los profesores jóvenes, liberales, anticomunistas antifascistas, era la oportunidad de crear un nuevo modelo de democracia universitaria, alejada del modelo alemán de autoridades universitarias inamovibles. Para los germano-occidentales y los norteamericanos era una nueva arma de propaganda, una demostración de la generosa y nueva democracia occidental.

Como consecuencia de estos antecedentes, la Universidad Libre de Berlín fue única entre las universidades alemanas: dio a los estudiantes participación en el gobierno universitario. Así, el Consejo Universitario estaba formado por dos representantes del cuerpo docente por cada facultad de la Universidad, por el rector y el vicerector y por dos representantes de los estudiantes. También hubo representación estudiantil dentro de cada facultad. Este tipo de representación minoritaria no tenía mucha importancia real, pero sí un valor psicológico. De hecho, hasta 1958 no había habido oportunidad de que profesores y estudiantes concurrieran juntos al Consejo. A principios de la década de los cincuenta la Universidad Libre era ya un experimento exitoso; los estudiantes y el cuerpo docente sentían que habían creado un nuevo tipo de universidad.

Pero a fines de los cincuenta el consenso democrático empezó a debilitarse. Había muchos más estudiantes que en 1948, y la Universidad no era sensible a sus demandas ni se preocupaba por conservar lo conseguido. Aun cuando se tratara de mantener la imagen democrática, los mecanismos que habían asegurado la democracia en un pequeño recinto de estudios resultaban inadecuados para uno grande. Por otra parte, el experimento había sido un éxito y la Universidad se había hecho respetable. Catedráticos menos ambiciosos, menos liberales y más tradicionalistas que los que originalmente estaban en la Universidad empezaron a llegar a Berlín. A éstos no les interesaba el nuevo régimen universitario. Y, en fin,

también los estudiantes habían cambiado. Formaban parte de una generación de posguerra, menos interesada en librar las mismas batallas ideológicas de sus padres que en encontrar nuevas posibilidades de democracia y libertad. Como resultado de estos cambios, mucho de lo que el "modelo de Berlín" ofrecía a los estudiantes en materia de libertad y democracia se hizo cada vez menos real. Y mientras tanto, la Universidad de Berlín empezó a padecer los mismos vicios que otras universidades de la Alemania occidental: inercia, planes de estudio anacrónicos y reformas gubernamentales ajenas a los intereses inmediatos de los estudiantes.

* * *

No es muy fácil escribir lo que ocurrió. Y más importante que lo que ocurrió es su significado. Los acontecimientos no llegan a la mente de las personas en la forma de un texto de historia lineal y plano. Muchas veces se acumulan en la conciencia de las personas antes de que una sola de ellas pueda explicárselos. La transformación de los estudiantes germano-occidentales de liberales anticomunistas en revolucionarios socialistas no ocurrió con el mismo ritmo que el deterioro de la democracia germano-occidental. Todo lo que podemos señalar (con el auxilio de los conocimientos de algunos estudiantes alemanes de sociología) es que el desarrollo político-económico llegó a provocar un creciente malestar estudiantil. Mucho de lo que sigue se refiere a Berlín, porque fue allí donde empezó el movimiento estudiantil alemán.

Recordemos el desarrollo de la política germano-occidental. Si usted contaba 20 años de edad en 1960, su padre probablemente tendría 30 en 1940. Para muchos estudiantes alemanes de principios de los sesenta fue una experiencia embarazosa el descubrimiento del pasado de sus padres. Su fervor por la democracia, al contrario del de muchos norteamericanos, no era nacionalista y se basaba en la culpa y el horror. Para estos estudiantes liberales, que no debían preocuparse por la meta de "eficiencia" propuesta por el gobierno, la Gran Coalición resultó una especie de trauma. Sus esperanzas en un cambio pacífico y legal desaparecieron junto con la oposición parlamentaria. El resquebrajamiento de la democracia se hizo todavía más grave por dos hechos ocurridos a principios de la década. En primer lugar, Alemania se rearmaba de nuevo y muchos nazis surgieron de la oscuridad para ocupar posiciones de riqueza y poder. Con fascinación enfermiza, algunos jóvenes inte-

lectuales indagaron las actividades de preguerra y durante la guerra de algunos alemanes colocados en puestos de mando.

Un estudiante, adolescente atlético y apolítico, nos contó cómo ayudó en este tipo de investigaciones, indagando acerca de la carrera del padre de su mejor amigo. Estos estudios no radicalizaban automáticamente a los estudiantes, pero contribuían a la educación de una generación que definitivamente *no podía* confiar en nadie de más de 40 años.

En segundo lugar, la economía se tambaleaba. El escaparate de Berlín perdía su brillo; el milagro alemán se volvía un truco de charlatanes. Y simultáneamente la economía de la Alemania oriental, que por mucho tiempo había servido para demostrar que sólo el capitalismo podía garantizar el crecimiento económico, según decían, ganaba posiciones y superaba a la zona occidental en terrenos como el de la educación, e incluso en algunos sectores de la producción. Cada moderno edificio que surgía en el este abatía la fe de los estudiantes en que sólo el capitalismo podía garantizar la prosperidad, y con ella la estabilidad social. Para 1965 no se necesitaba ser muy perspicaz para captar la nueva atmósfera de la Universidad. Eleanor Dulles, hermana del antiguo secretario de Estado norteamericano John Foster Dulles y del ex director de la CIA, Allen Dulles, interpretaba así este fenómeno: "Los estudiantes de Berlín están activos. Quieren romper barreras, ampliar sus experiencias, viajar al este, conocer las ideas de los comunistas".

En tercer lugar, en 1963 hubo un deshielo en la guerra fría. La URSS y los Estados Unidos mantenían relaciones casi cordiales. Esto confundió a los berlineses de todas las edades. ¿No eran los Estados Unidos, sus protectores, y Berlín los bastiones avanzados de la Europa Libre? Los estudiantes encontraban siniestro el asunto. ¿Qué detendría a los Estados Unidos para maniobrar con Berlín en provecho de su nuevo amigo, y a éste para hacer lo mismo? La ciudad del muro estaba prácticamente hipotecada a Norteamérica. La comprensión de este hecho llevó a algunos estudiantes politizados a revisar la historia alemana de la posguerra. Cuando lo hicieron concluyeron, al igual que algunos estudiantes norteamericanos, que el Occidente (y en particular los Estados Unidos) tenía gran parte de responsabilidad en los problemas de Alemania y en el muro de Berlín. El mito del cerco de Alemania por un enemigo exterior había servido de pretexto para las sucias maniobras de los gobiernos de Bonn y de Berlín, así como de sus democráticos protectores,

los Estados Unidos. Los esfuerzos críticos de los estudiantes, enfocados hacia la crítica del comunismo, se volvieron ahora hacia los problemas del mundo capitalista. En cuarto lugar, las luchas de liberación en el Tercer Mundo se intensificaron a fines de los cincuenta y principio de los sesentas. Una tras otra, las democracias capitalistas mostraron la brutalidad escondida detrás de sus máscaras democráticas. En 1958-62 Francia, en Argelia. En 1960, Francia, Inglaterra y Bélgica en el Congo. En 1961 y de nuevo en 1962, los Estados Unidos en Cuba. Y especialmente, decisivamente, en 1964 y después, los Estados Unidos en Vietnam. El capitalismo había enseñado sus colmillos. Ya nadie podía seguir creyendo que los países capitalistas, especialmente el más importante y uno de los más importantes para Alemania, los Estados Unidos, representaban todavía los ideales de paz, democracia y justicia. "Democracia y crimen no son incompatibles", decía un cartel contra la guerra de Vietnam, en Berlín.

Por último, entre los factores que desilusionaron a los estudiantes estaba la propia Universidad. La Universidad no escapó al resquebrajamiento general de las instituciones democráticas. Estática y sin personalidad, era cada vez menos un refugio satisfactorio para los estudiantes disgustados con la brutalidad del mundo exterior. En Berlín especialmente, donde los estudiantes habían supuesto que tenían algún poder, de hecho no tenían ninguno, tal como lo habían descubierto los más activos e idealistas. Las autoridades universitarias los manejaban a su gusto.

* * *

Naturalmente, los estudiantes de Berlín no se sentaron a esperar cambios en la Universidad y en la sociedad. A medida que crecía su malestar empezaron acciones de diversos tipos. Pero cada acción parecía que sólo los sumía en un mayor malestar. En 1964 los liberales e izquierdistas se unieron para librar una fuerte campaña por que fuesen atendidos los problemas estudiantiles. La unión funcionó: ganaron por primera vez una clara mayoría en los organismos estudiantiles. Una vez en el poder, los liberales aprendieron rápidamente que las autoridades no estaban muy interesadas en sus proposiciones de reforma universitaria. Los nuevos dirigentes estudiantiles fueron presionados para llevar adelante una acción más profunda.

El año siguiente dio a los estudiantes dos pruebas importantes

de su debilidad política. Las libertades civiles eran uno de los lujos que habían sido sacrificados por la Universidad Libre en aras de su expansión. Los estudiantes lo empezaron a comprender así cuando, en mayo de 1965, invitaron a un periodista liberal-izquierdista, Erich Kuby, a que hablase en la Universidad. No, dijeron las autoridades; Kuby ya no debe hablar en los recintos universitarios, porque ha expresado puntos de vista "muy radicales" hace dos años. Indignados, los estudiantes efectuaron su acto en la Universidad Técnica de Berlín, donde Kuby no había sido vetado. Posteriormente, en el verano, Ekkehart Krippendorf, profesor auxiliar de la Universidad Libre, se quedó sin empleo. Había escrito un artículo atacando al rector de la Universidad Libre por impedir una conferencia del filósofo Karl Jaspers. Un mitin de protesta efectuado por las organizaciones estudiantiles reunió a 700 estudiantes, y en él se impugnó la decisión del rector. Estos dos acontecimientos constituyeron una agresión al sector liberal estudiantil y provocaron la concentración de las asambleas estudiantiles en los problemas universitarios.

Posiblemente los estudiantes no hubieran ido más allá de hacer proclamas y asambleas si los problemas universitarios hubieran sido lo único en el orden del día. Pero en 1964 y 1965 Vietnam había empezado a permear los problemas locales. Las primeras manifestaciones contra la guerra efectuadas en Alemania, al igual que las primeras en los Estados Unidos, fueron completamente legales, con permiso, y la policía vigilaba las rutas señaladas. Los estudiantes organizaron conferencias sobre Vietnam, esperando que la simple presentación de la verdad sacudiera al resto de la población. Pero nadie, incluyendo la prensa, les prestó atención. Las manifestaciones antimperialistas se hicieron más frecuentes y vigorosas. En diciembre de 1964 miles de estudiantes manifestaron contra el primer ministro Chombé cuando éste visitó Berlín. Dos meses después protestaron, también en gran número, contra una exposición surafricana en Berlín. Pocos días después de la manifestación los Estados Unidos comenzaron a bombardear Vietnam del Norte. Indignados, los estudiantes empezaron a considerar que este acto de barbarie requería algo más que protestas legales y pacíficas.

Los estudiantes habían seguido el crecimiento de un fuerte movimiento antibélico en los Estados Unidos. Habían leído acerca de las técnicas de acción directa que empleaba el movimiento pro derechos civiles en el sur de los Estados Unidos. Ahora, el problema

de Vietnam parecía exigir la acción directa en Alemania. No había otro camino para oponer la gente al intenso horror de la guerra y forzarla a afrontar los problemas y decidir de qué lado estaba. No había otro camino para romper la muralla de silencio levantada por los periódicos y obligar al pueblo a prestar atención. No había más alternativa ante las protestas burocráticas e impotentes de las uniones estudiantiles y los grupos de adultos pacifistas. En febrero de 1966 las manifestaciones estudiantiles antibélicas acababan generalmente en choques con la policía.

El movimiento estudiantil en la Alemania occidental se hacía presente. La brecha entre los ideales estudiantiles y la realidad de la sociedad germano-occidental había crecido demasiado para que la llenaran las negociaciones pacíficas. Los estudiantes ya no podían identificar al capitalismo con la democracia, al comunismo con el totalitarismo. Las formas de representación, en la Universidad y en la sociedad, habían probado su ineficacia. La nación modelo del mundo, los Estados Unidos, mostraba su bestialidad, y los estudiantes la identificaban con la Alemania nazi. La "democracia" occidental, en lo interno, en la política exterior y en la Universidad, era esencialmente autoritaria. Las decisiones no eran tomadas por el pueblo cuya vida afectaban, sino por grupos privilegiados, pequeños y distantes. Este concepto de los hechos era confirmado por cada acto que los estudiantes efectuaban, y en cada acto más y más estudiantes abandonaban la apatía y la pasividad. Una vez iniciado, el movimiento siguió su propia lógica, enfrentando las resistencias con creciente militancia, y la represión con una convicción cada vez profunda.

* * *

Muchos grupos estudiantiles, desde la Alianza Juvenil Protestante hasta la Unión de Estudiantes, viraron hacia la izquierda en los últimos años. Pero ninguno llegó tan lejos en ese rápido viraje como la SDS (*Sozialistischer Deutscher Studentenbund*),¹ que actualmente domina el movimiento estudiantil germano-occidental. (En Berlín, la SDS controla incluso la máxima organización estudiantil.)

La SDS comenzó siendo el sector juvenil del Partido Socialdemócrata. Pero se volvió hacia la izquierda tanto como el partido

¹ Unión Alemana de Estudiantes Socialistas.

fundador y paterno hacia la derecha. En 1961 el partido y la *SDS* rompieron sus relaciones. En la primera fase de su existencia independiente, de 1961 a 1964, la *SDS* no fue más que un organismo no muy sólido, coordinador de grupos de estudio. Este período de tres años de estudio es en gran parte el que determinó el afinamiento teórico por el cual es ahora famosa la *SDS* entre los movimientos estudiantiles. Mucho del trabajo teórico importante se centraba en problemas de la teoría marxista, el imperialismo, etc. El más detallado análisis de una institución (la Universidad) fue publicado por la *SDS* bajo el título de "La Universidad en una sociedad democrática". El trabajo llegaba, entre otras, a la conclusión de que era imposible una universidad democrática en una sociedad no democrática.

Especialmente importante en estos años de formación de la *SDS* fue la llamada "Escuela de Frankfurt", que reunía a sociólogos como Max Horkheimer, Theodore Adorno y Jürgen Habermas, considerados por los estudiantes portavoces de la tradición marxista en sociología. Fue de un miembro de esta escuela, exiliado en los Estados Unidos, Herbert Marcuse, que los estudiantes aprendieron lecciones tan importantes como la de que la represión en las sociedades capitalistas avanzadas no es sólo trabajo de policías y jueces: es inherente a todas las instituciones de la sociedad. En las escuelas y en la forma en que se enseña a pensar a la gente, en las instituciones culturales, en el lenguaje mismo, la sociedad controla al pueblo e impide que proyecte y realice otros modos de vida. Sólo cuando alguien rompe con la represión interiorizada y trata de cambiar las cosas se hace necesaria la policía. Así, en la lucha contra el capitalismo desarrollado es necesario luchar contra todas las instituciones de la sociedad, desde el gobierno hasta la industria del cine. Esta lucha debe centrarse en mostrar el autoritarismo escondido en cada institución. A medida que los hombres vayan descubriendo la violencia inherente a su sociedad vislumbrarán la posibilidad de otras sociedades. Dejarán de ser "unidimensionales", es decir, tan integrados en el presente que no puedan rebasarlo y percibir modos de vida diferentes.

Marcuse cree que la lucha sólo puede ser llevada al cabo por grupos que hayan resistido la total integración en el sistema. Un grupo de éstos es el de los estudiantes, un grupo "marginal". Ellos no están comprometidos por sus empleos o su familia, y (al menos en sus estudios) son relativamente libres de hacer un examen crí-

tico de su sociedad (por otras razones, los negros norteamericanos son también un grupo marginal). Para Marcuse, sólo entre los grupos marginales puede desarrollarse la oposición al sistema. Su pensamiento es una justificación y una base teórica de la organización de los estudiantes para una lucha radical.

Aunque este largo período de estudio fue fecundo, no siempre fue satisfactorio para los jóvenes izquierdistas. Algunos grupos de ellos insistían en la acción, aun cuando por entonces la mayoría de los estudiantes no estuvieran preparados para unírseles. Por ejemplo, un grupo fuera de la *SDS* (llamado *Viva María** por la película del mismo nombre actuada por la pareja Bardot-Moreau, sobre la Revolución Mexicana) realizó actos provocativos tomando como blanco una convención nacional de expertos en publicidad.

No se creía que tales acciones pudieran conseguir algo; la llama de la energía revolucionaria, decían los jóvenes, sólo podía estar en el Tercer Mundo. Alemania era inmutable. Uno de los activistas de esa fase temprana describía la desesperación de entonces: "Sentimos como si nos lanzáramos al suicidio". Y cuando grupos como éstos se decidían a actuar seriamente no era todavía porque creyeran racionalmente que podían cambiar las cosas. Expresaban una decisión existencial, tal como lo declarara el prominente miembro de la *SDS* Rudi Dutschke (que había pertenecido al *Viva María*), en estas palabras: "Ninguna teoría abstracta de la historia nos ha unido; nos une una náusea existencial frente a una sociedad que parlotea sobre la libertad, que proclama los derechos y necesidades del individuo mientras por otro lado reprime brutalmente la emancipación socio-económica de los pueblos que luchan por ella".

Para 1964, sin embargo, más y más grupos de estudios de la *SDS* se volcaron en la acción. Hemos mencionado algunas de las primeras manifestaciones contra la guerra de Vietnam, y la agitación en la Universidad en pro de los derechos civiles. Con el estudiantado descontento y la creciente frustración, el ejemplo de la acción directa tal como se practicaba en Norteamérica resultaba cada vez más persuasivo. A medida que los estudiantes se hallaban más disgustados con la sociedad llegaban a pensar que la sociedad entera estaba repleta de problemas y tensiones no resueltas. Quizá países desarrollados como Alemania no eran, después de todo, impenetrables por la revolución. Si ellos mostraban al pueblo, argüían, la violencia y el autoritarismo de la sociedad, aquél se desprendería

* En español en el original.

de la represión cultural e institucional, cada vez con mayores sectores, y el movimiento crecería explosivamente. La acción directa, las confrontaciones forzadas eran las tácticas que la SDS usaría para hacer salir a flote la violencia latente y mostrarla al pueblo.

El gobierno de Berlín se encargó de probar la creciente militancia estudiantil. A principios de 1966 había comenzado a tratar de limitar a ocho semestres la permanencia de los estudiantes en la Universidad. En junio, las autoridades de la Universidad Libre se reunieron para discutir la proposición. La Unión de Estudiantes (AStA), influida por la SDS, decidió abandonar la delegación de poderes en representantes estudiantiles y convocó a una asamblea general de todos los estudiantes. Tres mil estudiantes se reunieron y decidieron no hacer petición alguna, sino efectuar un *sit-in* frente al local donde se reunían las autoridades (la expresión *sit-in* parece tener un significado semejante en todos los idiomas). Aunque este primer *sit-in* terminó pacíficamente, significó algo importante: el comienzo de un movimiento estudiantil *de masas*. Miles de estudiantes fueron requeridos para tomar una decisión, y miles lo hicieron. Por supuesto, esta primera actividad masiva directa no estaba muy influida por la política del organismo de vanguardia, la SDS. Los estudiantes se habían movilizado porque sus intereses concretos e inmediatos estaban en juego. A estas alturas, muchos estudiantes consideraban que la política de la SDS iba un poco lejos y bordeaba la violencia.

A medida que la militancia estudiantil se ampliaba iban quedando pocas dudas de que se desembocaría en la violencia. En diciembre de 1966 dos mil estudiantes abandonaron una gran manifestación pacifista y trataron de marchar hacia el centro de Berlín. En el camino fueron detenidos por la policía y tuvieron su primer choque masivo con ella. Los estudiantes no pensaban provocar ni atacar, ni suponían que la policía atacara con tanto entusiasmo a los partidarios de Vietnam, país que supuestamente era muy ajeno a los problemas alemanes. Y sucede que en abril de 1967 Hubert Humphrey es invitado a visitar Berlín. Un grupo radical de la SDS, el *Comuna 1*, decide recibir a Humphrey con un acto relámpago. Los comuneros prepararon un acto de burla a Humphrey, complementado con granadas de humo y pasteles que arrojarían al vicepresidente norteamericano para que éste se viera tan ridículo como fuera posible. El día anterior a la visita, la policía cateó el local de la *Comuna*, aprehendió a los comuneros, confiscó los pasteles y lanzó

serios cargos a los jóvenes, en el sentido de que fraguaban un complot para asesinar a Humphrey. Los periódicos cabecearon: "La vida de Humphrey, amenazada", aunque fue absolutamente evidente, después de la investigación policíaca, que lo que habían preparado los jóvenes no pasaba de ser una broma. La prensa no hizo distinciones entre los organizadores: los culpables eran "los estudiantes". Por primera vez todos los estudiantes fueron escogidos como blanco por la prensa. Los jóvenes preocupados por las tendencias terroristas de la SDS contemplaron un espectáculo poco grato: mientras los extravagantes comuneros eran confinados en la cárcel, Humphrey regresaba a casa, listo para seguir siendo informado acerca del genocidio de Vietnam.

A estas alturas el movimiento se limitaba en su mayor parte a Berlín y abarcaba a unos cuantos miles de estudiantes. En junio de 1967 el Shah de Irán visitó Berlín. Para información de la población berlinesa los periódicos publicaron innumerables artículos sobre el resplandeciente monarca y su bella esposa. Para los estudiantes, la visita fue precedida por la publicación de un libro que detallaba la pobreza y la opresión que sufren los campesinos en Irán,² la tierra del Shah. Se efectuaron mítines denunciando la visita del Shah. El 2 de junio el Shah acudió a la Ópera de Berlín. Miles de estudiantes manifestaron contra él y le arrojaron huevos y tomates. Repentinamente los manifestantes fueron atacados por centenares de matones a sueldo. La policía se mantuvo al margen, contemplando la lucha, mientras los estudiantes eran golpeados y apaleados. Al fin la policía intervino, no para suspender la pelea, sino para ayudar a los matones a propinar garrotazos.

Cuando la trifulca terminó, un estudiante, Benno Ohnesorg, fue hallado muerto sobre la acera. Tenía una bala en la cabeza, disparada por un policía. El policía alegó que Ohnesorg había esgrimido un cuchillo, y la prensa escandalizó acerca del estudiante terrorista. Sin embargo, las versiones de la policía variaban continuamente, y después de cuatro o cinco de ellas surgió la verdad: Ohnesorg fue asesinado a sangre fría por el policía (que no fue castigado). Los estudiantes de toda Alemania se indignaron. Los manifestantes llenaron las calles de decenas de ciudades. Poco después se efectuó un mitin nacional en Hanover, para discutir los sucesos del 2 de

² Irán: *el Nuevo Imperialismo en Acción*, por Bahman Nirumand. Publicado por Rowohlt en Alemania. Hay una traducción al inglés de la *Monthly Review Press*.

junio y considerar cuál podía ser la respuesta de un gran número de estudiantes. Diez mil estudiantes de toda Alemania acudieron. El movimiento se había extendido al fin al resto de la Alemania occidental.

Los acontecimientos surgidos a raíz de la visita del Shah influyeron la lucha interna en las universidades. Miles de estudiantes comprendieron por primera vez la urgencia de dejar por el momento las cuestiones académicas. Si la Universidad no resentía los sucesos concernientes a la visita del Shah, no resentiría nada. El 3 de junio, seis mil estudiantes se reunieron en la Universidad Libre para discutir los acontecimientos del día anterior y exigir que las clases se suspendieran para que la discusión continuara. La semana siguiente, en efecto, las clases se convirtieron en discusiones acerca de las mentiras de la policía, de la manipulación de la prensa, de la situación de emergencia en Berlín, de la decadencia de la democracia en Alemania y de la función crítica de la Universidad.

Los estudiantes comprendieron pronto que si deseaban una Universidad que los enseñara a pensar críticamente y actuar políticamente tenían que luchar por reinstaurar la democracia en la Universidad y en la sociedad, único modo de realizar sus objetivos. Fue así como crearon su propia "Universidad crítica". Ésta no era una institución externa, paralela a las universidades existentes, tal como las "universidades libres" norteamericanas. Por lo contrario, estaba enclavada dentro de la propia Universidad tradicional. La Universidad crítica haría una crítica permanente y una reforma práctica de la Universidad; procuraría la expansión y la intensificación de la práctica política a base de nuevos centros de acción en los grupos estudiantiles existentes, y en grupos masivos de estudiantes, como la asamblea general; y prepararía a los estudiantes para ejercer la crítica y actuar políticamente en el desempeño de sus profesiones.

La Universidad crítica era tanto un plan intelectual como de acción. Los estudiantes de un curso de historia leerían los textos oficiales universitarios y practicarían la controversia con el maestro, señalando las implicaciones ideológicas de su exposición. O podrían, como grupo, acudir a las lecturas e invitar al profesor al debate. O podrían acudir a un examen, analizarlo y discutirlo frente a los estudiantes examinados. En esta forma preservaban a la Universidad, en el sentido de que ésta debería cumplir sus funciones específicas, y por otra parte se ayudaría a los estudiantes a desarrollar una visión nueva y crítica de sus estudios. La Universidad crítica

estaría orientada a fomentar la acción fuera de ella. Un grupo que estudiara el caso Vietnam debería emprender actividades concernientes a ese problema. Un grupo que investigara el imperialismo o los problemas urbanos debería escribir folletos o elaborar proyectos de reforma urbana.

Uno de los blancos favoritos de los estudiantes fue la prensa, que en sus columnas los había atacado tanto como los policías con sus macanás. Los periódicos atacaban a los estudiantes desde 1964 y antes de que hubiera grandes y violentas manifestaciones. Cuando el movimiento se amplió, las calumnias periodísticas se redoblaron. Según la prensa, los estudiantes estaban "fuera de la ley"; eran "terroristas"; los estudiantes no trabajaban; eran "flojos" y "parásitos". Los estudiantes practicaban "perversiones sexuales".

Desde Berlín hasta Frankfurt, los estudiantes ocupaban en la prensa el lugar que poco antes ocupaban los judíos. La campaña era de carácter global, debido al monopolio que ejercía sobre la prensa la *Axel Springer Verlag*. Springer controla el 78% de la circulación de diarios y revistas en Berlín, y el 43% de la circulación en la Alemania occidental. Los periódicos no controlados por Springer seguían la corriente de éste, entonando el estribillo de Springer: "los estudiantes son comunistas" o "chinistas de la Universidad Libre".

Y la población se tragaba los embustes de la prensa. Los estudiantes se vieron tan aislados como treinta años antes lo habían estado los judíos. Para los estudiantes izquierdistas y liberal-izquierdistas había llegado a ser una cuestión de supervivencia, no una tesis teórica, el hallar aliados en otros sectores de la población. Sin aliados, los estudiantes eran el blanco favorito de la represión, que no era reprobada por la población. Con miras a romper el aislamiento, la *SDS* empezó a agitar contra el monopolio de Springer. Pero era todavía el suyo un movimiento débil; la campaña se antojaba abstracta incluso a otros estudiantes.

Pronto recibieron los estudiantes otra muestra del poderío de Springer. Habían planeado una conferencia internacional sobre Vietnam, que se efectuaría en Berlín en febrero de 1968. La prensa de Springer comenzó una campaña contra esta "conspiración para cometer actos ilegales". Las autoridades berlinesas, acuciadas por Springer, prohibieron la reunión. La *SDS* desafió al gobierno. Obtuvo la cooperación del rector de la Universidad Técnica de Berlín, que otorgó permiso para usar algunos salones y celebrar

en ellos la conferencia. Asimismo, los estudiantes lucharon contra el decreto de prohibición en los tribunales. Para sorpresa de todos, éstos declararon ilegal el decreto y dieron la razón a los estudiantes. La conferencia se celebró y a ella acudieron miles de estudiantes de toda Europa. Al terminar, los estudiantes se derramaron por las calles para festejar su victoria contra la represión oficial. Veinte mil estudiantes manifestaron con las banderas rojas del Frente de Liberación Nacional en alto. El gobierno de la ciudad no titubeó en mostrarse hostil a los estudiantes. Con ayuda de la prensa organizó una contramanifestación gigante, la semana siguiente. Cincuenta mil berlineses mostraron su apoyo a la guerra de Vietnam. La intimidación violenta contra los estudiantes estaba en el orden del día. Un estudiante que se parecía al dirigente de la SDS, Rudi Dutschke, fue librado por la policía de que lo golpearan los contramanifestantes. No había duda de que la contramanifestación reflejaba los sentimientos de la población berlinesa con mayor precisión que la manifestación de los estudiantes. El estudiantado había palpado cómo la prensa manipulaba la opinión pública. Y ahora se daba cuenta de cuán lejos podía llegar la prensa para *movilizar* a esa opinión.

Había llegado el momento en que el movimiento debía convertirse en un verdadero movimiento de masas estudiantiles. Miles de estudiantes actuaban ya, y miles habían resentido durante meses la influencia de la SDS, la brutalidad policiaca y el odio de la prensa. El 11 de abril, Rudi Dutschke fue herido de un balazo en la cabeza. El que intentó asesinarlo era un admirador de Hitler y de Napoleón; muchos lectores de los diarios de Springer estaban convencidos de que Dutschke era el enemigo público número uno. Espontáneamente, decenas de miles de estudiantes invadieron los talleres de Springer.

No sólo la SDS protestó; decenas de otros grupos juveniles, entre ellos la juventud del Partido Socialdemócrata ("sucesor" de la SDS), se les unieron, elevando cada vez más su espíritu combativo. Un miembro de la SDS nos aseguró que estos grupos estaban en la fase en que la SDS se hallaba "hacia un año".

Los estudiantes manifestaron en los talleres de Springer exigiendo su expropiación. La verdad, arguyeron, no debe ser propiedad privada de un hombre. Y si el gobierno no podía liberar a la prensa alemana, los estudiantes lo harían. Se quemaron periódicos, se volcaron camiones repartidores y se impidió la distribución de las

publicaciones en las calles. Ahora la SDS no sólo *decía* ser antiautoritaria y abogar por la libertad de prensa; ahora salía a la calle a *protestar* contra el autoritarismo y el monopolio. Para llevar estos ideales a su conclusión lógica se salía a la calle a *agredir* la propiedad privada; esto era, en su conjunto, algo nuevo. Y esta vez no sólo eran la SDS y unos cuantos grupos izquierdistas. Cuando Dutschke fue herido, decenas de miles de estudiantes pasaron de los años de adoctrinamiento antiautoritario a la invasión de las oficinas y plantas de Springer. Naturalmente, toda la policía germano-occidental acudió a frustrar sus planes. Durante muchas semanas una fuerte guardia policiaca protegió la circulación de los periódicos de Springer.

Apenas había fenecido la campaña contra Springer cuando en el Parlamento se empezó a debatir las llamadas "leyes de emergencia". Se trataba de aprobar una legislación que delineara las facultades del ejecutivo gubernamental en el caso de un acontecimiento de "emergencia" (el cual se declarararía a criterio del gobierno). El gobierno estaría facultado para reclutar a todos los hombres adultos y formar brigadas civiles de defensa. Podría también intervenir teléfonos, abrir cartas, restringir los viajes y suspender los derechos civiles. Podría asimismo prohibir las huelgas políticas o contra los intereses sociales, y usar tropas contra las manifestaciones y contra los grupos rebeldes organizados. Estas leyes, reminiscencias de las leyes de emergencia mediante las cuales Hitler había asumido el poder en forma legal, parecían dirigidas tanto contra las recientes demostraciones estudiantiles como contra los huelguistas del período de depresión (en el Ruhr, los mineros habían desfilado con banderas rojas). Estudiantes y sindicatos respondieron a los planes del gobierno.

Pero los sindicatos procedieron con cautela. Los miembros descontentos con las leyes propuestas podían ir muy lejos, y la burocracia sindical debía controlarlos. En algunas zonas los trabajadores realizaron paros relámpago. Pero en la mayoría de los lugares la oposición se encauzó mediante un conjunto de reuniones pacíficas. Los dirigentes leyeron largos discursos legaloides criticando las leyes, y los obreros retornaron a casa pensando que habían hecho cuanto podían hacer.

Las protestas más peligrosas y las actividades de masas fueron dejadas a los estudiantes; éstos organizaron manifestaciones en toda Alemania, incluyendo una marcha de 70 000 personas (estudiantes

y obreros) en la capital, Bonn. En muchos lugares las manifestaciones desembocaron en luchas callejeras con la policía. En cada ciudad donde funcionaba una universidad los estudiantes ocuparon los edificios de ésta para asegurarse una base de resistencia. Estos hechos constituían tanto una protesta como una medida práctica. El 25 de mayo de 1968, el *New York Times* señalaba: "Caóticas condiciones privan en las universidades de la Alemania occidental, según se nos informa; los estudiantes han boicoteado las clases y se movilizan a través de los locales universitarios, organizando *teach-ins*".

Los estudiantes esperaban lograr la alianza obrera en contra de las leyes de emergencia, y ampliar después esta alianza en otras luchas. Los obreros acudieron a los *teach-ins*, y en algunos casos los estudiantes fueron autorizados a participar en las juntas y reuniones de los obreros. Sin embargo, los miembros de la *SDS* estaban imprevistos. Contaban con elaboradas teorías acerca del capitalismo, pero no podían traducirlas en términos inteligibles para los obreros; tampoco sabían cómo inducirlos a encontrar una vía de organización conjunta obrero-estudiantil. Como resultado, muchos de estos contactos se perdieron, aunque todavía existen grupos de estudio obrero-estudiantiles nacidos gracias a esta lucha.

* * *

La *SDS* ha recorrido un largo camino desde que se inició como un conjunto de grupos de estudio. Todavía es la cabeza de un movimiento de masas izquierdistas. Puede organizar una serie de actividades y resistir mientras se dedica a una labor más sutil y menos visible en la superficie. En toda la Alemania occidental hay oficinas de la *SDS*, con trabajadores de tiempo completo y centenares de miembros con sueldo a su servicio. Muchos estudiantes piensan en la *SDS* como en "su organización", aunque no sean miembros de ella. Cuando preguntábamos quiénes eran miembros de la *SDS*, nos decían: "No sabemos quién está en la *SDS*. Todos estamos en el bando del antiautoritarismo". La *SDS* alemana parece tan heterogénea como la *SDS* norteamericana. De región a región, las secciones locales hacen hincapié en el antiautoritarismo (con diversos matices) y en un amplio anticapitalismo, e incluso en el comunismo tradicional.

Algunas personas lamentan la desorganización de la *SDS* y su carencia de cohesión ideológica. Nos parece una reacción saludable

el que los miembros de la *SDS* con quienes hemos tratado ejerzan una vigorosa autocrítica y señalen: "No estamos haciendo nada; el movimiento está muerto", o "¿Cómo va a ser buena nuestra teoría, si no nos dice qué debemos hacer?"

De hecho, la *SDS* tiene serios problemas. En un año ha llegado a constituir un movimiento de masas, pero éste sigue siendo *estudiantil*. Ya sea que aborden el problema de Vietnam o el de las leyes de emergencia, los estudiantes solos no pueden hacer más que llamar la atención. Su propia posición como estudiantes, su vida estudiantil y los temas que tratan como estudiantes les inducen a comprometerse directamente en el cambio de la sociedad entera. Sienten que sólo pueden contar con una universidad democrática en una sociedad de democracia plena, y que el capitalismo, democrático en apariencia, es en el fondo exclusivista, jerárquico y autoritario. Los estudiantes pueden lograr algunas reformas de importancia secundaria en la Universidad, pero sólo la revolución puede convertir las universidades en centros de pensamiento crítico y de acción. Para sostener sus esperanzas como estudiantes deben buscar fuera de las universidades aliados en su lucha contra la sociedad, en pro de una sociedad socialista no autoritaria.

Hay otras razones para salir de los recintos escolares. Las leyes de emergencia han sido aprobadas. La población sufre la histeria anticomunista de siempre (padece anti-antiautoritarismo). En cada manifestación es golpeado o asesinado un estudiante, alto precio por "revelar la violencia" de la sociedad. Si el movimiento ha de sobrevivir, si los estudiantes en movimiento han de sobrevivir, tienen que hallar aliados fuera de las universidades.

Al principio los estudiantes de la *SDS* creían que la verdad de sus ideas era tan evidente que con sólo quitar la venda de los ojos del pueblo miles de personas se les unirían. En parte así sucedió: la acción directa rompió la fachada de justicia y democracia. Pero nadie, excepto los estudiantes, parecía muy preocupado por la porquería y la violencia que salieron a relucir claramente en los enfrentamientos masivos. La prensa, por su parte, hacía de las actividades de los estudiantes un tema de escándalo, para convencer al resto de la población de que los estudiantes eran terroristas criminales. En consecuencia, la *SDS* piensa ahora que la población, aunque oprimida tal como lo señalaba Marx, se halla eficazmente integrada en el sistema, como lo señalara Marcuse. La revolución

en Alemania no es inminente. Deben ensayarse nuevas técnicas de acercamiento a la población no estudiantil.

Los estudiantes, sin embargo, han tenido poca experiencia en la organización formal. En primer lugar, no están muy seguros de cómo estructurar un movimiento de masas sin comprometer sus posiciones básicas. La *SDS* apoya todas las luchas antimperialistas del Tercer Mundo, luchas que, como hemos visto, no interesan mucho al alemán corriente. La *SDS* se opone al autoritarismo de cada institución de la sociedad alemana, aun cuando se trate de instituciones que, como la iglesia o la familia patriarcal, tienen fuerte arraigo en el espíritu de la gente común.

En segundo lugar, los estudiantes todavía se ven a sí mismos como estudiantes. No consideran que deben lanzarse fuera de los recintos escolares a organizar al pueblo. Sólo piensan qué sucederá cuando se gradúen, y se ven a sí mismos como perseguidores de un título académico. La idea de convertirse en revolucionarios y organizadores y adoptar la forma de vida de la gente que tratan de organizar no ha penetrado aún en sus mentes. En la actualidad hay en Berlín grupos que realizan lo que los izquierdistas norteamericanos llaman "organización de la comunidad". Pero, a diferencia del tipo de organizador propuesto en los planes de la *SDS* norteamericana, los organizadores alemanes no son de tiempo completo: son todavía estudiantes y resultan turistas en las vecindades de la clase obrera.

Otro aspecto de la mentalidad estudiantil es la carencia de la perspectiva de realizar un trabajo de organización de masas a largo plazo; desde que se ingresa en la Universidad se busca una colocación. Los estudiantes no piensan trabajar en comunidades y permanecer allí varios años. Por otra parte, fuera de la Universidad no hay un contexto cultural apto para sostener a los izquierdistas no universitarios, como no sea el de algunos círculos bohemios. Dejar los estudios significa, pues, dejar el movimiento.

La *SDS* presenta un panorama contradictorio en su perspectiva. Desea trascender la Universidad, pero sigue teniendo una base estudiantil. Necesita apoyo de masas y extender para ello su radio de acción, pero no quiere perder su conformación específica. Y aunque para la *SDS*, las condiciones en Alemania son críticas, el pueblo está lejos de la revolución. La única estrategia que parece conciliar estas perspectivas contradictorias es la que llamaríamos de "resistencia". Los estudiantes consideran que en la Alemania

actual la clase obrera ha sido muy bien integrada en el sistema de valores capitalistas, al menos por ahora. Sólo un sector marginal, el de los estudiantes, puede por lo menos presuponer la posibilidad de sociedades distintas de la actual. Su papel, por consiguiente, es el de mantener viva la idea de una alternativa revolucionaria; resistir, con todo el poder de su imaginación, las fuerzas confabuladas para apaciguarlos, y mantener abierta la posibilidad de la acción revolucionaria hasta que otros sectores se unan a la lucha.

No es necesario que la resistencia sea masiva para que sea efectiva. Las actividades de grupos minoritarios pueden ser importantes. Aunque el grupo revolucionario pueda ser pequeño en relación con el conjunto de la población, puede proyectar su actividad mediante volantes, confrontaciones, *teach-ins*, etc., acciones que pueden educar al pueblo. Los estudiantes pueden establecer su base en la Universidad, incursionar en el exterior y realizar la propaganda mediante la acción. Ésta es una estrategia basada en el escepticismo que impregnaba las actitudes de la *SDS* en su primera fase; se supone que los resultados son pobres, pero hay que seguir luchando. Como Dutschke escribió: "Hemos llevado a cabo la lucha con la espalda en la pared, sin esperanzas ilusorias, pero lo hemos hecho sin detenernos, convencidos de que haremos crecer las filas antiautoritarias mediante incesantes demostraciones, organización y educación".

Recientemente la *SDS* ha probado a organizar a las masas con métodos tradicionales. Si el pueblo no se integra en las filas antiautoritarias es mejor ir a su encuentro y comprobar qué problemas tienen los miembros de las capas populares, *ellos*. Los problemas pueden referirse a las rentas o a la habitación, a las madres obreras o a los estudiantes de secundaria. En Berlín, la *SDS* ha formado los llamados "grupos de base", que agitan fuera de la Universidad, en asuntos extraestudiantiles. Uno de estos grupos ha tratado los problemas de la vivienda en un barrio obrero. Ha habido cierto desorden en esto. Por ejemplo, en el barrio se trabajó con una vaga demanda de "rentas bajas". No hubo nada del escrupuloso cuidado con que los organizadores norteamericanos de la comunidad hubieran trabajado, indagando a quién realmente pertenecían los edificios, cuáles eran las reglas de mantenimiento y qué reparaciones se necesitaban. Los alemanes no planearon trabajar en cuestiones legales, ni tratar con las autoridades. Cuando la gente no podía relacionar sus problemas de rentas con la transformación revolu-

cionaria del sistema, el "grupo de base" se desilusionaba. "Las mujeres sólo hablan del hogar y de las rentas, pero no se interesan en la política", se quejaban los estudiantes; "y los hombres no se interesan en la renta y sólo hablan de política". El grupo de base concluyó que el asunto de las rentas no era radicalizador, y al cabo de dos meses abandonó el proyecto. Cuando les dijimos a los miembros del grupo que los norteamericanos izquierdistas pensaban plasmar su proyecto de organización en un plazo largo, los de la *SDS* nos miraron escépticamente.

Hay otros tipos de organización que apenas empiezan. Algunos estudiantes ya graduados son maestros y tratan de formar grupos de maestros de izquierda. Otros, a través de un club social —el Club Republicano—, tratan de crear la base de un movimiento de posgraduados. Pero este grupo, aunque actuó coordinadamente en algunos acontecimientos durante la primavera, no ha crecido bastante y es minoritario.

Algunos de los vínculos no estudiantiles más fuertes de la *SDS* provienen de la propia Universidad. En la Universidad Libre de Berlín un instituto liberal elaboró un reglamento que planificaba todas sus actividades (incluyendo el financiamiento de la investigación), y el reglamento afectaba tanto a los catedráticos como a las limpiadoras de los salones. Obviamente, la administración universitaria vetó el reglamento. A consecuencia de ello y de otros intentos de organización intrauniversitaria, cerca de treinta secretarías de la Universidad Libre concurrieron a un mitin de la *SDS* en la primavera de 1968. Una de ellas, también miembro de la *SDS*, nos dijo que las secretarías siempre habían sabido lo que era el "autoritarismo" de sus jefes, pero que no habían hecho nada antes de que la *SDS* atendiera este tipo de problemas.

El único triunfo logrado por el movimiento alemán, en lo que respecta a conseguir aliados, lo tuvo con los estudiantes del bachillerato y con los aprendices (jóvenes obreros que se adiestran en el trabajo y van a la escuela parte del tiempo). Los estudiantes del bachillerato demandan poder, cambios en los planes de estudio y aflojamiento de la represión sexual en las escuelas. Algunos de ellos han salido a la calle a protestar contra las leyes de emergencia. Los aprendices son afectados por estos asuntos en su trabajo y en la escuela; han participado en varios *teach-ins* organizados por la *SDS*, acudieron en gran número a la celebración de los festejos de mayo

en Berlín (¡40 000 personas en total!) y están creando sus organizaciones con ayuda de la *SDS*.

En Bremen (que no tiene universidad) han sido los estudiantes del bachillerato y los aprendices los que han dirigido el movimiento. Una pequeña manifestación contra el alza de los pasajes en los camiones fue brutalmente agredida por la policía. Estudiantes y aprendices respondieron con mítines relámpago, bloqueando el paso de los camiones, volcando algunos de ellos y alborotando, con lo que inmovilizaron la ciudad durante una semana. El asunto sólo se arregló mediante negociaciones entre los funcionarios oficiales designados para el caso y una delegación de muchachos de dieciseis y diecisiete años. Después de estos acontecimientos (a finales de 1967), estos chicos han fortalecido sus vínculos con la *SDS*.

Los problemas a que se enfrenta la *SDS* cuando trata de llevar su influencia fuera de la Universidad son tanto externos como internos. Los jóvenes ya no creen que haya una clave mágica que muestre la irracionalidad social a la gente y la induzca a la rebelión. Consideran la necesidad de "emprender una larga marcha de la juventud a través de todas las instituciones de la sociedad". Sólo que todavía no han desarrollado las tácticas para emprender una *larga* marcha a través de *todas* las instituciones. Mucho de su teoría sirve más para una audiencia de estudiantes intelectuales que para las exigencias de una diaria labor de organización en todos los sectores del pueblo. Estos son problemas que ellos deben resolver, ahora que vuelven a la lucha después de haber logrado el más exitoso movimiento de masas estudiantiles en toda Europa.

CAPÍTULO CUARTO

REBELIÓN A LA ITALIANA

La fábrica *Fiat* es nuestra Universidad; la Universidad es nuestra fábrica *Fiat*.

(Inscripción en la Universidad de Roma.)

De Estocolmo a Roma, ningún sistema educativo escapó a los cargos de represión y autoritarismo en la primavera de 1968. En ningún lugar esos cargos fueron más justificados que en Italia. Todo el poder en las universidades está en manos de los catedráticos de jerarquía superior, quienes son también los administradores y, frecuentemente, grandes señores de la vida nacional en el Parlamento, en los negocios, etc. (casi cada primer ministro de la posguerra ha sido en Italia, simultáneamente, usufructuario de una cátedra en la Universidad).

Los estudiantes resienten un rígido plan de estudios, determinado tanto por la tradición como por las preferencias de los maestros. Los exámenes, poco frecuentes, son orales y no prueban la calidad real de los alumnos. Para la mayoría de los estudiantes los exámenes anuales son la única oportunidad de ir a la Universidad. Los becarios son escasos y sólo los ricos tienen tiempo para asistir a clases todo el tiempo. En Turín hubo 20 000 inscripciones, pero sólo asistían regularmente 7 000 alumnos en 1968. El resto trabajaba todo el día. Las clases son poco atractivas y los profesores pasan el tiempo leyendo los libros de texto. Las discusiones son escasas y los textos mediocres. Si por alguna razón todos los estudiantes inscritos acuden a clase, no caben en el aula. Por ejemplo, en la Universidad de Turín hay 900 inscritos en Literatura Italiana, y en el aula sólo caben 200 personas. Por fortuna, no pasan de 60 los que asisten al curso.

Para un italiano la vida universitaria es pasiva y poco atractiva, como toda la vida escolar. La más notable diferencia entre la Universidad y el bachillerato es que en la primera los intereses del alumno son más estrechos e inconcretos. Los estudiantes italianos soportarían mejor el ambiente de la enseñanza superior si ésta les diera una perspectiva de retribución económica adecuada. Pero la mayoría de los graduados ingresan al raquítico mercado de trabajo con una preparación inadecuada. Los estudiantes técnicos tienen que adiestrarse en sus propios trabajos industriales. Los estudiantes de letras, filosofía, arquitectura, ciencias políticas y física son los que menos oportunidad de empleo tienen, y cerca de los treinta años todavía están esperando una oportunidad de trabajo.

Hasta fines de 1967 la Unión Nacional de Estudiantes (*UNURI*) era el único organismo que canalizaba la protesta estudiantil. Burocrática y jerarquizada, la *UNURI* tenía escasas inquietudes generales y abordaba principalmente problemas estudiantiles. Las facciones de la *UNURI* estaban ligadas a los diferentes partidos políticos del país, y estos vínculos servían para hacer crecer entre los estudiantes ambiciones políticas. En muchas universidades los representantes de la *UNURI* eran electos con menos del veinte por ciento de los votos. Incluso cuando la *UNURI* iba lejos y llamaba a paros u ocupaciones de locales, sus llamamientos tenían escaso eco. En fin de cuentas, las decisiones de la *UNURI* son dictadas desde arriba, y el estudiante común no las capta. Las tareas aprobadas por la *UNURI* son limitadas y simbólicas, y los estudiantes no las consideran "acción directa". La *UNURI* no ha podido aprovechar el descontento del estudiantado para movilizarlo, ya que nunca profundizó en las raíces de ese descontento, que se extendía a todas las formas de burocracia y manipulación. Cuando en 1967 el descontento se hizo rebelión, la unión estudiantil fue completamente rebasada (la *UNURI* continuó funcionando y llegó incluso a operar como agencia de viajes para algunos estudiantes).

Aunque los estudiantes italianos se sentían directamente oprimidos como estudiantes, fue Vietnam, como en todo el "mundo libre", el que originó su rebelión masiva. En qué medida fue Vietnam la causa, el ejemplo o el acicate para la acción es difícil determinarlo. Para aquellos estudiantes que ya eran izquierdistas el espectáculo de gente armada y luchando por la libertad estaba en marcado contraste con las maniobras serpenteantes de los partidos

de izquierda italianos. Vietnam les hizo comprender la urgencia de plasmar un ejemplo de militancia no comprometida. Asociando este hecho al ejemplo de las tácticas de acción directa de los militantes negros norteamericanos, y a la estrategia de enfrentamiento de la alemana *SDS*, los estudiantes de izquierda comprendieron que a la violencia latente en su propia sociedad debería enfrentarse la violencia abierta de la lucha de las masas.

No todos los estudiantes que se unieron a las manifestaciones contra la guerra de Vietnam en 1966 y 1967 participaban de los propósitos de los estudiantes de izquierda. La indignación moral impelía a los liberales. Y posiblemente muchos otros simplemente querían demostrar su deseo de protesta, largo tiempo sofocado por una educación totalitaria. Cualesquiera que fuesen las razones, Vietnam resultó ser un punto de atracción para los estudiantes, lo cual es notable si se tiene en cuenta la escasa implicación de Italia en el conflicto oriental. Algunos estudiantes de Turín (donde comenzó el movimiento) realizaron manifestaciones pro Vietnam a fines de 1967. De dos a tres mil estudiantes tomaron las calles, chocando con la policía y siendo agredidos por ésta. Para muchos estudiantes fue éste el primer encuentro con la violencia legalizada. "Después de eso", nos dijo un estudiante de Turín, "acabé odiando el sistema social".

En Turín, la militancia acuciada por los problemas de Vietnam pronto se hizo extensiva a la propia problemática estudiantil. Poco después de las manifestaciones pro Vietnam las autoridades universitarias empezaron a estudiar la iniciativa de construir las nuevas facultades fuera de la ciudad. Unos cuantos centenares de estudiantes realizaron un mitin y decidieron que no se aislarían de la ciudad. Entregaron a las autoridades una petición en tal sentido, que fue ignorada, y los estudiantes convirtieron su mitin en un *sit-in*. La policía dispersó a los estudiantes descontentos, pero la victoria de las autoridades duró poco. Tres días después, el 27 de noviembre, 800 estudiantes ocuparon las facultades de Letras, Derecho, Pedagogía, Ciencias Políticas y Filosofía. Esta ocupación era claramente distinta de las que promovía la *UNURI*: no había nada que negociar, puesto que los estudiantes no tenían demandas que hacer. Y no habría demandas mientras los estudiantes no pudieran discutir libremente los problemas. Y como las condiciones normales de la Universidad no permitían la discusión, ésta comenzaría una vez que los locales estaban ocupados.

La discusión en los edificios liberados rebasó los estrechos temas del poder estudiantil. Hubo "contracursos" o seminarios libres sobre Vietnam, el imperialismo norteamericano en la América Latina, los métodos de enseñanza, la filosofía de la ciencia, la Universidad en la sociedad, el psicoanálisis (como instrumento para entender la represión), etc. Posiblemente más importante que el mismo contenido de los cursos fue el que los estudiantes descubrieran que el aprendizaje podía ser importante y atractivo. A fines de diciembre los estudiantes estaban listos con sus demandas, y las decisiones se tomarían en asambleas generales del estudiantado. Grupos estudiantiles decidirían qué era lo que querían estudiar y cómo lo conseguirían. Un grupo de estudios podría o no llamar a un "experto", que podría o no ser profesor, para ayudarlos. No habría exámenes ni grados.

Las autoridades respondieron, como era de preverse, con tácticas inoperantes. Ya se estaba en las vacaciones navideñas y los estudiantes no abandonaban los locales. La Universidad de Turín no dejaría de trabajar como de costumbre; ahora las actividades se suspenderían de un modo menos usual. Para probarlo, una masa estudiantil abrió un agujero en la pared de un edificio escolar rodeado por la policía e hizo que los muchachos se escurrieran a través de él y salieran después por la puerta principal y entre las filas de asombrados policías. Los cursos siguieron en enero, después que los estudiantes abandonaron los edificios ocupados. Y en enero se volvió a tomar los locales, esta vez con más estudiantes. "Los contracursos eran divertidos. Nadie quería volver a las tediosas cátedras". La presión de las autoridades hizo que se reanudaran las clases, pero los estudiantes respondieron boicoteando las cátedras y obligando a los maestros a polemizar públicamente, con lo cual éstos demostraban sus posiciones autoritarias. Pronto se multiplicaron las sanciones a los estudiantes no conformistas, lo que fue la mejor demostración del poder de los profesores, y a fines de enero más de 2 000 estudiantes podían considerarse activistas del movimiento.

Durante el resto del año el control de los edificios universitarios pasó de los estudiantes a la policía, de ésta a los estudiantes y de éstos a la policía, etc. El desorden fue la regla, pero para centenares de estudiantes fue un año de estudio intensivo. Jóvenes que antes sólo habían leído para preparar sus exámenes descubrieron a Marx, al *Che*, a Mao y a Malcolm X. Turín ganó una reputación de centro teórico especializado en asuntos universitarios entre to-

dos los estudiantes de Italia. Turín fue también influyente como centro de actividades, y para marzo habían ocurrido huelgas estudiantiles en los centros de enseñanza técnica y superior de la región que rodea a la ciudad. En junio, la Universidad de Turín se reabrió, después de unas cuantas concesiones de la administración. Algunos activistas consideraron que el movimiento había muerto debido al cansancio y la confusión en los objetivos (asambleas que se citaron para analizar las perspectivas del movimiento contaron "sólo" con unos 300 asistentes). Nadie esperó que la Universidad se reabriera con una población masiva.

El movimiento estudiantil en Roma surgió de una base de mayor polarización política que el de Turín. A la derecha estaban varios grupos fascistas semiorganizados, compuestos por hijos de los servidores de Mussolini (la palabra *fascista* no se usa con ligereza en Italia). Los estudiantes de izquierda, desde los miembros del Partido Comunista hasta los guevaristas, no concordaban en nada excepto el problema de Vietnam, y en esto no mucho. Aunque había habido una organización antimperialista amplia antes de febrero de 1968, no fue sino entonces cuando realmente empezó el movimiento de izquierda. Una reunión estudiantil en Florencia fue brutalmente dispersada por la policía en los patios universitarios. Los estudiantes izquierdistas de Roma convocaron a un mitin para acordar su respuesta a los acontecimientos de Florencia. La concurrencia fue inesperadamente grande y militante. Después de larga discusión se decidió ocupar varias facultades de la Universidad de Roma.

Actualmente muchos activistas consideran que la ocupación fue un fracaso. En primer lugar, los ocupantes (300 de día y 30 de noche) se veían obligados a cerrar las puertas para impedir la entrada de los fascistas. Y de ese modo quedaban fuera muchos otros estudiantes que no eran fascistas y que no podían establecer contacto con los ocupantes. Dentro de los edificios ocupados, los estudiantes se constituyeron en asamblea general para organizar acciones de masas y formar grupos de estudio que propusieran las tácticas que habían de seguirse. Las asambleas, dominadas por los estudiantes politizados, desembocaban en disputas faccionales. Los grupos de estudio, que incluían a los estudiantes menos politizados, terminaron haciendo análisis que proponían soluciones reformistas. Cuando la policía llegó, a fines de febrero, los ocupantes ofrecieron escasa resistencia y escaparon por una salida no vigilada.

La primera ocupación de la Universidad de Roma no originó demandas, ni dio lugar a una organización o una estrategia del poder estudiantil. Produjo el núcleo de lo que los romanos llaman ahora "el movimiento". Por unas cuantas semanas, centenares de personas trabajaron juntas día y noche. Sus posiciones iban del maoísmo al reformismo estudiantil, pero se enfrentaban a la misma amenaza de un golpe policiaco o una invasión fascista. A fin de cuentas acabaron conociéndose y teniendo un enemigo común.

No faltó mucho para que se presentara una prueba para la nueva militancia. Después del fracaso, la Facultad de Arquitectura había sido cerrada por las autoridades, y los estudiantes decidieron usar el edificio para un mitin. Durante éste los policías rodearon el local y demandaron la salida de los estudiantes. Éstos salieron, fueron rodeados y se les dio de golpes. Al día siguiente los estudiantes enfurecidos y muchos simpatizantes clamaron venganza en el parque *Valle Giulia*, donde no se esperaban conflictos y la vigilancia era escasa. El ataque de miles de estudiantes enfurecidos tomó a la policía por sorpresa. Antes de que llegaran refuerzos, varios carros policiacos fueron quemados y muchas personas, de ambos bandos, resultaron golpeadas o heridas (la policía empleada en Italia contra las manifestaciones estudiantiles no es la policía común; se asemeja a las fuerzas policiacas especiales de la ciudad de Nueva York, odiadas y temidas por sus actividades de rompehuelgas). Cerca de 250 estudiantes fueron detenidos por la policía. *Valle Giulia* fue una victoria no declarada del estudiantado, que inspiró a los estudiantes de toda Italia y quizá también a los de Francia.

Valle Giulia fue el acicate en la primavera romana del 68. Dos días después de la batalla los estudiantes volvieron a ocupar las facultades de Letras, Filosofía, Arquitectura y Física. Las demandas de reforma universitaria estaban fuera de lugar por ahora. Los ocupantes volvieron a los contracursos sobre Vietnam, el Poder Negro, la revolución cultural china y la función de la Universidad en Italia. Después de dos semanas, una invasión de 150 fascistas acabó con las escuelas liberadas. No se trataba de estudiantes fascistas. Eran invasores de edad madura, probablemente pistoleros. La policía tardó en intervenir en el choque. Un estudiante fue herido por los hampones y falleció. El movimiento que surgió después de esta segunda ocupación fue mayor y más militante, e incuestionablemente izquierdista.

Rápidamente, los estudiantes llevaron la lucha fuera de la Universidad. En abril manifestaron en respuesta al atentado contra Rudi Dutschke. Posteriormente descubrieron que el Instituto de Química, Bacteriología y Ciencia Nuclear estaba realizando una investigación acerca de la guerra bacteriológica, para la OTAN y en los locales universitarios. Un *sit-in* frente al Instituto fue dispersado con especial calor por la policía, que golpeó tanto a espectadores como a participantes. Para protestar contra la brutalidad policiaca y el trato a los estudiantes detenidos, los estudiantes realizaron una manifestación pacífica frente al Palacio de Justicia, haciendo mofa de policías y jueces en supuestos procesos judiciales. Todo estuvo en orden hasta que los manifestantes empezaron a retornar a sus casas. Entonces, quizá por el recuerdo de *Valle Giulia*, la policía cargó contra los manifestantes; 190 estudiantes fueron aprehendidos y muchos malheridos.

Para el primero de mayo el movimiento era lo suficientemente fuerte como para que sus miembros marcharan en el desfile obrero junto a los trabajadores. Los burócratas socialistas y comunistas que manejaban los sindicatos se inquietaron ante la visión de miles de estudiantes portando banderas rojas y palos puntiagudos (como protección contra la policía), que marchaban al lado de los obreros. En el mismo mes de mayo las elecciones generales dieron a los estudiantes la oportunidad de descansar; ellos no apoyaban a ningún partido, pero estaban dispuestos a provocar una serie de reacciones ante los resultados. Y lo que es más importante, mayo llevó la revolución a Francia. Algunos romanos fueron a París a auxiliar a los estudiantes franceses en sus barricadas. Los que se quedaron en Italia recibían ansiosamente todas las noticias que provenían del norte.

A principios de junio, una manifestación en apoyo de los estudiantes franceses terminó en un tumulto. Grupos de centenares de estudiantes libraron escaramuzas con la policía en las estrechas calles de una barriada romana donde vivían obreros. En el mejor estilo francés, se erigieron barricadas y se incendiaron automóviles, pero la gente del barrio permaneció a la expectativa (excepto aquellos que tenían miedo de perder su automóvil). Decepcionados por la falta de apoyo, los estudiantes retornaron a la Universidad y la ocuparon nuevamente. Su demanda de libertad de los estudiantes presos tuvo poco apoyo de los estudiantes moderados que prepara-

ban sus exámenes finales. Las luchas entre estudiantes izquierdistas y fascistas llevaron a una ocupación final de la Universidad por la policía.

Nuestra primera y última visión de la Universidad de Roma fue la de un centro rodeado por gruesos contingentes de la policía antimotines. A un lado de los edificios mussolinescos, los policías parecían ser parte del escenario. En el interior, los exámenes transcurrían bajo el manto protector de los catedráticos y de la policía. El dormitorio masculino y la mayor sala de lectura fueron usados por los activistas para continuar sus labores y realizar asambleas generales. El movimiento estaba exhausto, al menos por el momento. Después de meses de lucha y discusiones continuas, decenas de estudiantes estaban en la cárcel y otros muchos habían decidido irse a casa a descansar. Pero todos los días seguían reuniéndose cuatro o cinco centenares de activistas para debatir una estrategia que radicalizara a los obreros, una estrategia dentro de la Universidad, la teoría de la lucha revolucionaria, etc.

* * *

Nada de lo que ocurrió en Italia en la primavera carecía de antecedentes. Las ocupaciones —con sus luchas con la policía y con los fascistas— eran comunes en las universidades italianas, tanto como las competencias con cerveza en los colegios norteamericanos. La izquierda estudiantil, descendiente de la lucha de la Resistencia durante la segunda guerra mundial, había manifestado esporádicamente en favor de Vietnam desde 1965. Casi todo lo que ocurrió en la primavera del 68 había ocurrido antes, pero esta vez ocurrió en toda Italia, envolviendo a los adolescentes, a cientos y miles de estudiantes, en un lapso menor de nueve meses. Fue como si las aisladas acciones de cinco años atrás se hubieran reproducido en un solo año, multiplicándose por la participación de miles de nuevas personas. En 1968, por vez primera, ni las acciones ni los programas fueron aislados. Las tensiones estudiantiles estallaron al mismo tiempo que la indignación provocada por la guerra de Vietnam templaba la resistencia. Estudiantes descontentos, pero apolíticos, se unieron a los tradicionales izquierdistas en una lucha común contra el autoritarismo —en las universidades, en las fábricas, en lo de Vietnam.

El movimiento estudiantil creció lejos de los partidos de izquierda —el Partido Comunista (PCI), el Partido Socialista (PSI) y el Partido Socialista de Unidad Proletaria (PSUP)— por varios años. No importa cuán revolucionaria fuera la retórica de sus ancestros, los partidos burocratizados de izquierda se habían hecho adictos a las tácticas electoreras. Muchos estudiantes justificaban sus vínculos partidarios alegando que así mantenían alguna conexión con la clase obrera, pero esto ya no era una excusa. El principio de los sesentas estuvo marcado por una serie de huelgas violentas en las cuales se hizo evidente que el papel de la *CGIL* (la confederación nacional de sindicatos obreros, dominada por el PCI) era diluir las demandas obreras, reduciéndolas a simples peticiones de salarios altos y pensiones, en vez de plantear grandes consignas generales, como el control obrero de la producción. Los estudiantes se marginaban del PCI a medida que crecía la lucha por la liberación en el Tercer Mundo. Mientras el PCI seguía una línea comunista prosoviética, los estudiantes descubrían que China, Cuba y Vietnam, no la URSS, eran los abanderados de la revolución mundial. La actitud del PCI frente a Vietnam, abogando más bien por una solución pacífica que por el triunfo del Frente de Liberación Nacional, hizo que el partido perdiera fuerza entre el estudiantado.

Para apoyar su crítica al “revisionista” PCI, los estudiantes analizaban ansiosamente la revolución cultural china. De Mao habían aprendido que una revolución no es un proceso en el cual el poder cambie simplemente de manos, sino una lucha continua contra la dominación de clase en todas sus formas, en todas sus expresiones institucionales. Si la revolución era más que un *putsch*, no había que esperar a hacerse viejo dentro del PCI, esperando que las condiciones “objetivas” maduraran y que los obreros industriales tomaran el poder. Los cambios revolucionarios en la conciencia podían ocurrir en cualquier momento; ¿por qué no ahora? Si los estudiantes habían llevado al cabo la revolución cultural china, ¿por qué no podrían hacer lo mismo los estudiantes de Italia? Por último, si la lucha se plantea en todas las instituciones, ¿por qué no comenzar con la Universidad? Así, dando vueltas a sus razonamientos, que partían de una preocupación teórica por la clase obrera italiana y desembocaban en una fascinación teórica por la revolución china, los estudiantes de izquierda llegaban a ubicarse como

lo que eran: estudiantes dentro de las universidades. Si esto era una justificación para actuar en cuestiones universitarias, o una estrategia preconcebida, no importa: los estudiantes radicales, no importa cuán izquierdistas fuesen, sentían que estaban promoviendo una gran rebelión de las masas estudiantiles.

Para el estudiante común, la disparidad entre la Italia católica de la vida real y los ricos Estados Unidos de las películas había crecido mucho. Esta generación de estudiantes universitarios italianos es la primera generación más o menos acomodada de la posguerra. Más del 80 por ciento de los estudiantes proceden de familias de la clase media y crecieron conociendo una prosperidad de la que sus padres no participaron. Un número cada vez mayor de estudiantes pueden tener automóvil, asistir a espectáculos y viajar a otros países europeos. Expuestos a la influencia de culturas menos restrictivas, como la norteamericana, los jóvenes ya no sienten tanto el peso de la autoridad paterna o de los maestros. Desean tener un nivel de vida como el de los estudiantes norteamericanos. Muchos viven en sus casas y hasta que pueden sostener una familia se casan, lo que por lo general ocurre ya cerca de los treinta años. Así, muchos de los estudiantes italianos de más de veinticinco años viven en condiciones propias de los adolescentes norteamericanos. Incluso para los estudiantes de mayor edad son pocos los compromisos. Tienen interés en la “liberación sexual”, pero éste suele limitarse a discutir teóricamente a Wilhelm Reich.

Agreguemos a las tensiones causadas por una educación represiva, impersonal y fragmentaria el hecho de que ésta es inoperante para las exigencias de un trabajo en la oficina o en la fábrica. Algunos estudiantes izquierdistas nos explicaron el estallido de 1968 en forma simplista: Nos hartamos —decían—, nos hartamos de la Universidad cada año. La única diferencia —continuaban— entre este año y el anterior es que ahora estamos más hartos. La mayoría de los estudiantes que hoy son activistas del movimiento no tenían ideología izquierdista en octubre de 1967. Llegaron a identificarse con las luchas del Tercer Mundo mediante su propia lucha, sus propios problemas. Leyeron a Malcolm, a Mao y al *Che* porque ellos también luchaban contra la represión autoritaria. Como muchos de los primeros estudiantes politizados, los neoizquierdistas son absolutamente eclécticos. Los sistemas globales —dogmas políticos o partidos— son vistos por ellos como esencialmente autoritarios.

En resumen: en octubre de 1967 había una corriente antimperialista y un océano de descontento estudiantil. Actualmente hay un solo movimiento. Este movimiento acentúa el papel de la Universidad ante los estudiantes (en el movimiento norteamericano se acentúa el papel de las universidades frente a otras instituciones capitalistas, como las grandes empresas). Idealmente, dicen los italianos, la Universidad debe enseñar a la gente a pensar "críticamente". Debe proporcionar conocimientos y una comprensión crítica del uso de tales conocimientos en el contexto de la sociedad entera. De hecho, los más importantes conocimientos proporcionados por la Universidad deben ser aquellos que analicen y critiquen la sociedad y nuestro papel en ella. Pero en lugar de impartir conocimientos, la Universidad italiana se especializa en imponer la ideología autoritaria de una sociedad autoritaria. ¿"Qué enseña la Universidad? A mandar y obedecer", oímos una y otra vez. La Universidad manipula a la masa indiferenciada de estudiantes y mediante el mecanismo de los exámenes los divide en una élite (los que mandan) de futuros catedráticos y empresarios, y una base de trabajadores (los que obedecen), futuros técnicos y empleados de la clase media. No es que la Universidad prepare directamente para mandar; lo que ocurre es que la relación entre estudiantes y profesores es una relación de poder, en la cual los estudiantes aprenden a tomar determinado partido. Años de pasividad y sumisión producen trabajadores dóciles y jefes dictatoriales, con la misma eficacia. Al establecer los papeles de "jefes" y "subordinados" y colocar a los estudiantes en una u otra categoría, la Universidad preserva la estructura clasista de la sociedad.

Los movimientos estudiantiles no consideran el autoritarismo de la Universidad como una reliquia feudal, anacrónica en la moderna sociedad industrial. El autoritarismo de las universidades es, según piensan los estudiantes, inherente a todas las instituciones de la sociedad capitalista. Es el capitalismo el que divide a los hombres en obreros y propietarios, trabajadores y jefes, estudiantes y profesores. Para los estudiantes italianos son equivalentes las palabras "autoritarismo" y "capitalismo", como para los norteamericanos lo son "capitalismo" e "imperialismo". Atacar a la Universidad tal como existe es, pues, cambiar la estructura clasista de la sociedad, es atacar al capitalismo mismo, en su "forma extrema".

Los ataques varían en intensidad de universidad a universidad.

Los estudiantes romanos piensan que la Universidad sólo cambiaría si cambiara el sistema de exámenes, que reproduce los distingos capitalistas. La mayoría de los estudiantes no pueden asistir a clases, pero todos son sujetos de examen. Las pruebas son orales y discriminatorias en perjuicio de los estudiantes de familias obreras. Algunos radicales señalan que incluso el temario de los exámenes favorece a los estudiantes burgueses. Los activistas romanos arguyen que los temas que tienen que ver con el contenido de los cursos son temas burgueses o, a lo más, temas para pasar el rato.

En Turín, por otra parte, la lucha se endereza contra todas las manifestaciones autoritarias en la Universidad, desde los exámenes hasta los cursos tediosos. El mismo contenido de la educación debe ser impugnado, ya que se le presenta como si fuera un dogma que se debe acatar sumisamente. La cuestión de que cómo reaccionarían los estudiantes si la propia administración ofreciera las reformas no ha sido debatida cuidadosamente ni en Roma ni en Turín. Una verdadera universidad democrática implicaría reformas que irían en contra de los intereses todopoderosos del gobierno y de las autoridades universitarias, y por ello no es factible. Los estudiantes comprenden que el antiautoritarismo del movimiento es tan fuerte que los activistas no quedarían satisfechos con reformas parciales.

Probablemente los lectores se pregunten por qué llamamos simplemente "el movimiento" a las actividades de los estudiantes italianos. El movimiento no es una alianza de grupúsculos. El propio movimiento tiene su dinámica, y no es una organización en el sentido que damos a esta palabra. No tiene nombre, ni miembros, reglas, jefes o programa. Cuando un estudiante italiano dice que está "en" el movimiento quiere decir que participa en manifestaciones y asambleas al igual que sus amigos. No hay estructura interna del movimiento. Un mitin en Roma se inicia pidiendo que alguien lo presida; éste concede la palabra a los asistentes, y así se desarrolla el acto. Es claro que un puñado de estudiantes sobresalen en virtud de su inteligencia, popularidad, etc. Pero a ninguno de ellos se le llama "líder". Como no tienen cargos ni comisiones, su única función como líderes —si los llamamos así— es actuar certeramente, tanto en el debate como en la acción. Todas las decisiones, tanto las relativas a la estrategia como a la organización de la siguiente reunión, se toman por medio de una democracia directa en las asambleas generales.

Los italianos, influidos por el democratismo, no organizan muy bien la disciplina. Nuestra primera impresión de una asamblea general fue la de que los estudiantes habían cambiado simplemente su salón de clases por otro salón. Ningún orador hablaba menos de quince minutos, y no se le interrumpía desde la presidencia de debates más que eventualmente. En Turín asistimos a un mitin que nos pareció lo más anárquico que vimos en nuestro viaje: un orador habló cerca de una hora mientras el auditorio dormía, leía, murmuraba; salían y entraban los asistentes, etc. ¡Y el orador hablaba del "fracaso" de las masas del movimiento en politizarse mediante una más activa participación en la discusión teórica! Había un ambiente menos pesado en reuniones de menos de cien personas o en tiempos de intensa actividad; entonces había un toma y daca constante.

La estructura —más que la falta de ella— del movimiento empezaba apenas a discutirse cuando nos hallábamos en Italia, en junio. Había una resistencia a darle una estructura formal, tanto por parte de los estudiantes politizados como de los neoizquierdistas. Muchos estudiantes parecen considerar a todas las organizaciones como esencialmente autoritarias. En todo caso, no creen que haya mecanismos capaces de asegurar la democracia y la flexibilidad. Debido a la experiencia práctica confirmada por el desarrollo de los partidos políticos y de la unión estudiantil, saben que una organización se burocratiza y burocratiza a sus miembros. Por ello tienen escaso interés en desarrollar un programa o una ideología. El espíritu es el mismo que privaba en la primera ocupación: el movimiento no es una lucha por alcanzar metas definidas. El movimiento es el *único* contexto en el cual pueden ser percibidas las alternativas.

Ya para junio, sin embargo, cuando el movimiento amenazaba disolverse por las vacaciones de verano, los jóvenes hablaban de la necesidad de una forma mínima de organización. En Roma se hicieron planes para contar con una oficina y un periódico que mantuvieran el sentido de unidad durante el verano. Los estudiantes que planeaban trabajar con obreros industriales se sentían inseguros por el hecho de contar o no con el apoyo de un organismo que coordinara el movimiento sin dominarlo. Realmente, cada movimiento estudiantil desarrolla alguna primitiva estructura, diferente de la de un partido o una federación estudiantil (en septiembre escuchamos que los estudiantes que habían pasado el verano con los

obreros estaban desarrollando nuevas formas de organización permanente).

Todo lo que hemos señalado respecto del movimiento italiano —su antiautoritarismo, su insistencia en la acción directa y la democracia directa— vale también para el francés, el alemán e incluso el norteamericano. Lo que nos pareció específico del movimiento italiano (y ello refleja nuestra peculiar sensibilidad norteamericana) es su escasa percepción de todas las implicaciones sociales, culturales y psicológicas que muestra una sociedad determinada, y su incompreensión del cambio social. Todo es músculo y astucia. Cuestiones como el desarrollo de nuevas formas de vida o nuevos modos de dirigirse al pueblo, que constituyen la preocupación de muchos norteamericanos, son incomprensibles para los italianos. No se sienten a sí mismos como una comunidad. Cuando preguntábamos a los estudiantes cómo se podía radicalizar al pueblo, sus respuestas eran vagas, con referencias a la moral, etc., y no hablaban de la "enajenación". Los estudiantes italianos probablemente no sufren la alienación en el sentido en que usamos este término (pese a Antonioni); más bien son personas ofendidas y maltratadas. Los movimientos de Roma y Turín no constituyen subculturas ni partes de una subcultura. Ningún gusto especial en cuanto a la música, el arte o el modo de vestir diferencia a los activistas de los moderados. Con dificultad llegamos a percibir al fin ligeras diferencias en el arreglo del cabello y el largo de las faldas de las chicas; los estudiantes que acudían a las asambleas eran un poco más heterodoxos al respecto. Hay unos cuantos *hippies* en Roma, pero no tantos como para constituir lo que llamaríamos una cultura juvenil. La gente joven no se desprende de las tradiciones familiares, ni se expresa por medio de nuevas modas de vestir. Los miembros del movimiento no entendían por qué insistíamos en averiguar si había *hippies* en Italia, dónde se divertían los muchachos por la noche, etc.

Pese a todo, los movimientos en Roma y Turín poseen ciertamente, en nuestra opinión, fuertes elementos comunitarios. En cierto modo, estos elementos son más flexibles y menos exclusivos que los desarrollados en muchos movimientos comunitarios norteamericanos. Así, por ejemplo, los integrantes del movimiento comen en algunos restaurantes obreros y ayudan a los meseros a servir. Dos o tres personas tienen dinero y pagan la comida de las demás. Los platos alternan con observaciones políticas y chistes sobre las reu-

niones diarias. Por estos y otros hechos es indudable que el movimiento tiene raíces comunitarias, aunque los italianos difícilmente lo perciban.

La indiferencia respecto de los problemas sociológicos y psicológicos de la sociedad puede representar, sin embargo, una ventaja en el trato con los sectores sociales. Se reconoce el afán de consumo de los obreros industriales, afán nuevo hasta cierto punto en Italia. Muchos estudiantes, especialmente los veteranos, no están interesados en atacar la represión sexual y cultural. Estos estudiantes consideraron las manifestaciones contra la Bienal de Venecia (una exposición bienal de arte) como infantiles y no "realmente políticas". Su actitud respecto de los artistas es sectaria: "deben trabajar exclusivamente para el movimiento". Y sin embargo, no se ha reflexionado bastante sobre lo que el arte puede aportar al movimiento. En lo que al sexo se refiere, muchos estudiantes, especialmente los más jóvenes, desean un poco más de liberación. Se ha pretendido establecer la libertad sexual en los dormitorios masculinos, pero sin éxito. La represión en este terreno es tan eficaz y rápida que mucha gente se pregunta si no es peor tratar de luchar por este tipo de reivindicaciones. Por ejemplo, un periódico estudiantil preparatorio fue prohibido por las autoridades por el simple hecho de sugerir que la educación sexual fuese discutida. En general, los ataques a la represión sexual y cultural están aislados de las exigencias políticas del movimiento. Todos los medios indirectos por los cuales la sociedad dificulta la oposición y suprime la disensión son considerados "mistificaciones" por el movimiento. Esta palabra se usa para designar todos los efectos represivos que los estudiantes no han analizado, o que consideran no analizables.

* * *

Escribimos esto en el verano de 1968, cuando el movimiento tiene menos de un año de edad. Si ha de sobrevivir el movimiento debe ser muy distinto de como lo hemos descrito. Sería inútil tratar de predecir cuál es el rumbo que seguirá en este segundo año. Los italianos buscan perspectivas fuera de la Universidad; no se hacen ilusiones acerca de la reforma universitaria. Al igual que los alemanes y los franceses, creen que no puede existir una universidad democrática en una sociedad no democrática. Los estudiantes, aislados, no pueden transformar la sociedad; deben buscar alianzas con

gente de otras clases y de otras ocupaciones. Para los estudiantes de mayor experiencia política los obreros son la clave del cambio. Los obreros italianos tienen cierta conciencia de clase y son más militantes que, por ejemplo, los norteamericanos; pero hay enormes barreras entre ellos y los estudiantes. En primer lugar, las diferencias de clase y las correspondientes diferencias en la forma de vida hacen que los estudiantes sientan que vivir en las barriadas obreras sería un gesto tonto. Los estudiantes, asimismo, se resisten a trabajar en las fábricas, ya que los empleos son escasos y la afluencia de nuevos obreros perjudicaría a los veteranos. Pero la mayor barrera entre los estudiantes y los obreros la constituye la confederación sindical bajo el dominio comunista, la *CGIL*. La *CGIL* no puede ser ignorada en el trato con los obreros, ya que es su confederación y tiene prestigio por sus victorias económicas para los trabajadores. Los estudiantes consideran que la *CGIL* es algo así como una institución protectora del obrero, y respetable por ello, pero atacable en cuanto constituye una burocracia. Los estudiantes tratan actualmente de integrar a los obreros no sindicalizados en uniones sindicales (dentro de la *CGIL* o independientes), mas no sin luchar contra la burocracia. Un ejemplo que cuenta con la simpatía de los estudiantes es el de la norteamericana *SNCC*, que desarrolla en los obreros la capacidad de mando y la iniciativa. Como táctica, los estudiantes apoyan, por ejemplo, una serie de huelgas, con manifestaciones y ayuda material, y discuten la naturaleza de las demandas con los mismos obreros. Los estudiantes tratan de que los obreros desarrollen su militancia y luchen en vez de someterse a la cautelosa burocracia sindical. Cuando estábamos en Roma, los estudiantes participaron en una huelga de los vigilantes y los cocineros del dormitorio de hombres. Los trabajadores estaban entusiasmados con la ayuda moral y material de los jóvenes, pero indecisos en cuanto a seguir las consignas estudiantiles de "autogestión" y control de las decisiones en materia de trabajo.

En toda Italia las relaciones entre obreros y estudiantes todavía se limitan a unos cuantos contactos y al mutuo respeto, pero los dirigentes de la *CGIL* han dado muestras de inquietud, o al menos de ambivalencia. El *PCI* ve con recelo los contactos con los estudiantes, ya que condenó las demostraciones estudiantiles de la primavera, tildándolas de "aventurerismo". El *PCI* y la *CGIL* consideran que los estudiantes debían limitarse a los asuntos universitarios.

Otro obstáculo para la unión obrero-estudiantil es la inmadurez del propio movimiento estudiantil. Si los estudiantes más politizados proceden con tiento en el trato con los obreros organizados, los neoizquierdistas anulan muchas veces sus esfuerzos. Los neoizquierdistas han descubierto recientemente que es posible resistir la opresión dentro de un marco que les es familiar, el de sus propias vidas, pero no aciertan a ver con claridad cómo podrían descubrir eso mismo otros sectores, y la comunicación entre los dos tipos de estudiantes resulta a veces frustrada. En Turín, los "líderes" estudiantiles cometieron el error de apoyar la huelga de la fábrica *Fiat* (en la primavera) sin explicar bien los motivos de su decisión a sus compañeros. Volvieron después a la Universidad para hallar al movimiento confuso y desmoralizado.

Pero es posible que las barreras entre obreros y estudiantes caigan al fin. Los obreros italianos tienen graves problemas salariales y de nivel de vida, y no se vislumbra un período de paz obrero-patronal. Por otra parte, el movimiento insiste en impulsar interacciones masivas entre estudiantes y obreros, no en el nivel de representantes. Esto hace difícil para la *CGIL* el manipular a los obreros. Y también limita la acción de las minorías "inspiradas" que ofrecen su consejo a los obreros.

Es difícil esperar que un movimiento tan joven como el italiano llegue a estructurar tácticas adecuadas para tratar con los sindicatos y con el capitalismo dominante. Los estudiantes italianos han absorbido a Mao, pero no a Marcuse. Saben luchar con los policías, pero no con los liberales. Y los activistas del movimiento son los primeros en reconocerlo así. El movimiento ha sido una potente demostración de rechazo al autoritarismo de los adultos en diferentes sectores: universidades, partidos políticos, etc. El movimiento ha probado su capacidad para la lucha contra los policías y para "desmistificar" los salones de clase y los patios escolares. Ahora muchos estudiantes saben que se necesita más astucia y agudeza para emprender la "larga marcha" sobre otras instituciones. Necesitan hacer un análisis que los arme para la confrontación con los partidos de izquierda, con el Parlamento y con otras instituciones integradoras. Sobre todo, necesitan una visión crítica y una perspectiva que puedan compartir estudiantes y trabajadores.

CAPÍTULO QUINTO

FRANCIA: LA CORTA PRIMAVERA

El problema del tipo de revolución que es posible efectuar en los países capitalistas avanzados no me interesa.

Daniel Cohn-Bendit

"Soy marxista, de la tendencia Groucho".

(Inscripción en París, junio de 1968.)

El clímax de todos los movimientos estudiantiles en los países europeos fue, naturalmente, lo acaecido en mayo en Francia. El movimiento estudiantil francés surgió en la primavera del 68 y desembocó en violentas refriegas con la policía. En apoyo a los jóvenes, las centrales sindicales nacionales llamaron a una huelga general de un día y realizaron una manifestación gigantesca. Los obreros oprimidos, una vez que sus energías brotan a la luz, se lanzan con brío a la lucha. Fábrica tras fábrica fueron ocupadas por sus obreros y a fines de mayo diez millones de trabajadores estaban en huelga. Miles de estudiantes y obreros manifestaban en París exigiendo "poder obrero, poder campesino, poder estudiantil", portando banderas rojas y cantando *La Internacional*. La ola revolucionaria llegó también a la provincia: Nantes fue convertida en una comuna obrera.

La amenaza de la revolución había salido de las selvas del Asia suroriental y bajaba de las montañas de América Latina. Por primera vez en muchísimo tiempo un país capitalista avanzado bailaba en la cuerda floja.

El movimiento estudiantil que había provocado los acontecimientos de mayo era un movimiento joven. No había en él una or-

ganización cuya historia podemos delinear de la misma manera que lo hicimos con la *SDS* alemana, durante los años preparatorios. Por lo demás, las raíces de la rebelión estudiantil francesa eran las mismas que en otros países europeos. Como en todas partes, Vietnam y las crisis del sistema educativo fueron las causas iniciales de la agitación. La diferencia entre Francia y otros países europeos consistió en que en Francia la clase obrera era más combativa y militante, de manera que cuando los estudiantes prendieron la chispa los obreros avivaron el fuego. Esto transformó totalmente el movimiento estudiantil francés. En vez de seguir un curso afín al de otros movimientos estudiantiles que habían nacido a fines de 1967, como el italiano, rebasó completamente los confines universitarios y cambió nuestros conceptos acerca de la naturaleza, el papel y las posibilidades de los estudiantes revolucionarios.

Una población estudiantil politizada no es nada nuevo en Francia. Durante la guerra de Argelia miles de estudiantes franceses sacrificaron su carrera, y a veces su vida, para oponerse al imperialismo francés. Al fin de la guerra, con el ascenso de De Gaulle al poder, la actividad decayó y muchos estudiantes volvieron a sus libros. La inmensa popularidad de De Gaulle no parecía tener puntos vulnerables. Además, los problemas internos no eran tan graves como una guerra imperialista. No fue sino en 1965 y 1966 que los estudiantes encontraron otro foco para su actividad política: la guerra de Vietnam. Revivió el recuerdo de los años argelinos y centenares de jóvenes volvieron a la actividad. Por primera vez en varios años había un problema que unía a los estudiantes apolíticos y liberales con los ideológicamente comprometidos. En cierto modo, Vietnam era una evasión de los problemas internos. Hasta De Gaulle se oponía a la guerra. Pero, al mismo tiempo, Vietnam creaba un ambiente propicio al desarrollo de la actividad militante. Al oponerse a la guerra, uno podía actuar y discutir combativamente sin tener que enfrentarse al poder estatal o a el de organizaciones de izquierda como el gigantesco Partido Comunista.

Lo que convirtió esta militancia en un movimiento de masas fue, sin embargo, la creciente crisis universitaria. Al igual que en otros países europeos, la inscripción en las universidades de Francia creció aceleradamente desde 1960. Sólo de 1960 a 1964 el número de estudiantes asistentes a la Universidad aumentó en un sesenta por ciento. Entre 1965 y 1968 se preparó el estallido. Al mismo

tiempo, las demandas industriales presionaban sobre el contenido de la enseñanza universitaria. Las inscripciones en las facultades de Medicina y de Leyes bajaron, mientras que aumentaban las de las facultades de Ciencias y Letras. Atender a las universidades sobrepobladas era un problema cada vez más difícil. Como en Italia, los profesores leían sus textos ante gigantescos auditorios de alumnos. En los salones sólo entraban parte de los alumnos inscritos. El resto ni siquiera intentaban entrar; conseguían copias de los apuntes de clase y los estudiaban en casa.

Ante la realidad de una Universidad obligada a satisfacer la demanda de técnicos para la industria y los negocios, más que a atender las necesidades de los estudiantes, el gobierno inició una serie de reformas, al igual que otros gobiernos europeos. Se trataba de convertir la educación en un proceso más expedito y eficiente. Hasta entonces, quien pasaba los exámenes del bachillerato era admitido automáticamente en la Universidad. Una vez en ésta, muchos estudiantes prolongaban su estancia debido a sus compromisos de trabajo. Una de las reformas propuestas impondría la selección de alumnos para el ingreso en la Universidad, procurando eliminar a los que no dispusieran de tiempo completo para sus estudios. Las reformas propuestas en 1963 por Fouchet, entonces ministro de Educación, tendían a especializar a los estudiantes en determinados aspectos: unos se especializarían en la investigación académica, otros en una limitada enseñanza técnica, otros más en la pedagogía, etc. El adiestramiento en artes y ciencias se impartiría completamente aparte, de ser posible, en edificios también separados.

El antiguo mercado de vinos de París fue demolido para dejar lugar a la nueva Facultad de Ciencias, a considerable distancia de las facultades de Filosofía y Letras. En la periferia de París, cerca de una estación ferroviaria llamada con acierto *La Folie* (La Locura), surgió una nueva Facultad de Letras en los campos de Nanterre. Pero los nuevos edificios no modernizaban los planes de estudio ni los métodos de enseñanza. Los estudiantes viajeros hallaron las mismas deficiencias que en los antiguos locales, con el agravante del aislamiento geográfico. Nanterre está ubicado en lo que puede describirse como un gran lodazal.

Si la vieja Universidad había sido opresiva, la "reformada" sería intolerable. Una de las quejas de los estudiantes era la de que ellos nunca fueron consultados acerca del plan Fouchet. Si ellos

creían tener derecho a intervenir en decisiones que “afectaban sus vidas”, tenían que preguntarse, pues, *quiénes tomaban esas decisiones*. El ministerio de Educación y el gobierno. ¿Y por qué habían decidido esas reformas? Ciertamente, para favorecer sus intereses y no los de los estudiantes. La pregunta final era: ¿Por qué nuestra preparación, nuestras carreras deben servirles a ellos? Los estudiantes se preguntaban esto en toda Francia. En Nanterre como en la Sorbona, en Nantes y Estrasburgo, los estudiantes emprendieron movimientos de protesta en la primavera y el otoño de 1967.

El descontento se convirtió rápidamente en una protesta articulada. El sistema educativo francés, como todo en Francia, está altamente centralizado. El ministro de Educación, no el rector o las autoridades escolares, es quien tiene facultades para iniciar reformas. Cuando la agitación se convirtió en acción, las autoridades locales tenían escasas facultades incluso para hacer ajustes menores. Todo el asunto tenía que ventilarse en los salones del ministerio de Educación. Para los estudiantes, el conflicto con la Universidad significaba un conflicto con el Estado.

Los estudiantes tenían armas teóricas para el enfrentamiento. El marxismo tiene una fuerte tradición en el estudiantado francés, como la tiene el liberalismo en el estudiantado norteamericano. Este “marxismo cultural” no había afectado mucho la manera de actuar de los estudiantes antes de 1967 o 1968, pero ciertamente determinaba su pensamiento acerca de la situación. Revolución, lucha de clases, socialismo, una mística de la clase obrera: tales eran las ideas subyacentes que en mayo cobraron vida.

* * *

En el otoño de 1967 la agitación acerca de Vietnam y la creciente crisis universitaria convergieron. El plan Fouchet empezó a funcionar de lleno apenas vino la gran ola de estudiantes que deseaban ingresar en la Universidad. El interés político de los estudiantes resurgió. Sin embargo, todavía no había algo que pudiera llamarse “movimiento”. Las únicas organizaciones de izquierda eran los *groupuscles*.^{*} Estos pequeños grupos, cada uno con su concepción sectaria acerca de las “correctas” tareas de la izquierda, competían por el apoyo estudiantil. Unos cuantos estudiantes se unían

* Grupúsculos. En francés en el original.

a unos u otros, especialmente a la trotsquista Juventud Comunista Revolucionaria (*JCR*) y a la Federación de Estudiantes Revolucionarios (*FER*) y la maoista Unión de la Juventud Comunista (Marxista Leninista). Algunos ingresaban por algún tiempo en ellos buscando respuestas, pero acababan por alejarse debido al sectarismo y la esterilidad de tales grupos. Muchos estudiantes, por otra parte, que se consideraban de izquierda, nunca se unieron a los *groupuscles*.

El grupo que encabezó primeramente los acontecimientos de mayo no fue ninguno de los grupúsculos de la izquierda, sino la Unión Nacional de Estudiantes (*Union Nationale des Étudiants de France, UNEF*). En el primer semestre del año escolar 1967-68, la *UNEF* convocó a una semana de protestas por la crisis universitaria. Se llamaba también a efectuar un breve paro estudiantil. En Nanterre, más de diez mil estudiantes participaron en el paro y consiguieron algunas modestas reformas. Y lo que es más notable, se formaron comités conjuntos de las autoridades y los estudiantes, “comités mixtos” o “duales”, para discutir cómo mejorar las universidades. Pero esta “victoria” tuvo corta vida. Pronto los estudiantes descubrieron que los comités no tenían poder y que ni siquiera se les escuchaba.

Cuando se comprendió que la *UNEF* no iría más lejos, grupos más radicales se apoderaron del liderazgo. En Nanterre, especialmente, el pequeño grupo de *les enragés*,¹ en unión con cierto número de miembros de los grupúsculos, tomaron la dirección. Durante los últimos meses del año estos estudiantes habían venido agitando a sus compañeros y provocando a la administración. Provocaron incursiones a los dormitorios de las muchachas y demandaron que se permitiera a los hombres visitarlas en sus cuartos. De los alemanes aprendieron a entrar en el salón de clase exigiendo un debate con el maestro. O bien ocupaban salones contiguos a los de clase e impartían allí contra-clases, criticando en discusión abierta las lecciones de los profesores. Los izquierdistas propusieron un boicot de los exámenes parciales de primavera. Estos exámenes, argüían, eran la expresión de la represión universitaria y de la manipulación de los estudiantes. Los exámenes etiquetan a los estudiantes, les adjudican un precio para circular en el mundo exterior. Los exámenes fuerzan a los estudiantes a digerir las tonterías

¹ Los “furiosos” o “rabiosos”.

ideológicas que sus profesores les han endilgado. Con los exámenes, decían, la Universidad comete su primer acto de violencia contra la existencia autónoma de los estudiantes. En Nanterre, varios centenares de estudiantes boicotearon los exámenes.

Mientras tanto, el problema de Vietnam se hacía sentir tanto dentro de la Universidad como en las calles de París. El sentimiento antibélico crecía, y en marzo de 1968 las oficinas de varias compañías norteamericanas asentadas en París fueron sacudidas por la explosión de bombas de plástico. La embajada de los Estados Unidos fue amenazada por manifestantes armados de piedras. Como resultado, seis estudiantes fueron detenidos, entre ellos dos de Nanterre. El 2 de marzo los estudiantes izquierdistas de Nanterre efectuaron un mitin de protesta por la detención de sus camaradas. Los *enragés* consideraron que la protesta no debía enderezarse precisamente contra la policía, sino contra todo el sistema, del cual la policía no era más que un brazo armado. Por tanto, habría que atacar al sistema en cada una de sus instituciones. Y como ellos se hallaban en la Universidad, uno de los puntos básicos del sistema, deberían atacarla. Fue así como 142 estudiantes, de los *groupuscules* e independientes, ocuparon el edificio de la administración universitaria. Discutieron durante toda la noche, decidieron continuar el movimiento y lo bautizaron posteriormente como "El Movimiento 2 de marzo". Como siguiente acto planearon un mitin que tendría lugar una semana después, una gigantesca sesión de debates.

La siguiente semana fue turbulenta en Nanterre. Los estudiantes repartieron volantes e invadieron los salones de clase para invitar al mitin. Un grupo derechista, *Occident* (cuyos instructores, paracaidistas revanchistas de la guerra argelina, habían enseñado a sus miembros defensa personal y tácticas políticas), amenazó con dispersar el mitin. El rector de la Universidad se asustó y la tarde anterior a la del mitin ordenó la clausura de la Universidad hasta el próximo fin de semana, atacando al "grupo de irresponsables estudiantes que durante varios meses han causado disturbios en las clases y los exámenes". El ministro de Educación, Peyrefitte, predijo la decadencia del movimiento, señalando que los *enragés* estaban "desacreditados cada vez más ante los ojos de los estudiantes..." Pero éstos no se intimidaron y convocaron el mitin para el 2 de abril.

Nada levanta tanto un movimiento como la represión. El 2 de

abril, los 142 estudiantes que formaban el Movimiento 22 de Marzo atrajeron unos 1,200 estudiantes al mitin. Se reunieron en un amplio anfiteatro y empezaron a discutir. Para empezar, planearon un programa de labores educativas e ideológicas para el resto del año académico, con dos días "antimperialistas". Los estudiantes se dividieron entonces en grupos de debate que discutirían hasta adoptar una serie de resoluciones. Hubo asambleas que trataron de las luchas antimperialistas, de la cultura y la *creatividad*, de la crítica a la Universidad y de la Universidad crítica, de la Europa oriental, de las luchas estudiantiles y obreras, de los exámenes y de otros temas.

Los acontecimientos demostraron que el "trabajo educativo e ideológico" no bastaba. La lucha ascendió rápidamente. El 3 de abril una comisión gubernamental anunció que a partir de 1969 la admisión en la Universidad ya no sería ilimitada. El 19 de abril, después del atentado contra Rudi Dutschke, dos mil estudiantes manifestaron en el Barrio Latino para demostrar su solidaridad con la *SDS* alemana. Dos días después una convención extraordinaria de la *UNEF* para elegir nuevo presidente fue disuelta y golpeada por los derechistas. El 22 de abril, cinco mil estudiantes manifestaron pacíficamente en favor de Vietnam. El 27 de abril, Dany Cohn-Bendit, uno de los más prominentes *enragés* de Nanterre, fue detenido e interrogado largamente por la policía. Al día siguiente la derechista *Occident* amenazó con "aplantar a los gusanos bolcheviques".

Como consecuencia de estos hechos, el 2 de mayo, primero de los días de actividades antimperialistas planeados, halló a los estudiantes en estado de tensión, esperando choques violentos entre izquierdistas y derechistas. El rector de la Universidad de Nanterre decidió volver a cerrar la Universidad. Los estudiantes, impedidos de reunirse en sus propios planteles, fueron a la Sorbona de París a decir a la gente lo que había pasado.

El viernes 3 de mayo los estudiantes se reunieron en la explanada de la Sorbona. Allí los rodeó la policía, para "protegerlos", sin dejar salir a nadie de la explanada. Los policías habían acudido a desalojar a los estudiantes de los locales universitarios, a petición del rector de la Sorbona. Esa tarde la policía detuvo a cerca de seiscientos estudiantes, sin mucha dificultad. El siguiente lunes los estudiantes marcharon a través del Barrio Latino exigiendo la li-

bertad de los detenidos. Veinte mil manifestantes cantaban: "Somos un *groupuscule*, somos una docena de *entrags*". La policía los atacó, y a resultas del encuentro cuatrocientos jóvenes más fueron detenidos y un total de seiscientas personas, entre policías, estudiantes y espectadores, fueron duramente golpeadas.

La ira de los estudiantes se acrecentó. Al día siguiente una multitud estimada en veinte o treinta mil personas efectuó otra manifestación. La *UNEF* y la Unión de Maestros Universitarios convocaron a un paro, exigiendo la amnistía de los detenidos, la reapertura de las facultades y el abandono del Barrio Latino por la policía, como condición previa a las negociaciones. Pero el gobierno no quiso ceder, y el 10 de mayo los estudiantes estaban determinados a recobrar el Barrio Latino. El gobierno ordenó a la policía antimotines despejar las calles.

La noche del 10 de mayo de 1968 fue la "noche de las barricadas". Estudiantes con cascos volcaron centenares de automóviles y camiones. Los depósitos de gasolina fueron vaciados para hacer cocteles Molotov, y los vehículos usados como barricadas. Cuando la policía cargó, los estudiantes incendiaron las primeras filas de barricadas exteriores y retrocedieron a las barricadas traseras, más sólidas. La policía bombardeaba a los estudiantes con bombas lacrimógenas y granadas de ruido, y los jóvenes respondían a pedradas. "Nunca sentí el gas", nos dijo después un estudiante veterano; "yo tenía más energía que nunca". Los ocupantes de los edificios que bordeaban las estrechas callejuelas arrojaban agua fría y trapos húmedos a los gaseados estudiantes. La policía consideraba enemigos a todos los habitantes del barrio, quizá con razón. Se golpeaba a todo el que se encontrara en las calles, a todo el que abandonara su casa o su departamento para salir a la calle. El saldo de la batalla fue de 460 detenidos, 367 heridos y un número no comprobado de muertos. Fue el combate callejero más fiero desde la liberación de París en 1944. Cuando llegamos a París, cuatro semanas después, el Barrio Latino parecía una zona ocupada militarmente: había barreras de contención y trincheras en las calles, patrulladas por policías armados de ametralladoras.

La violencia gubernamental había ido demasiado lejos esta vez. Miles de ciudadanos comunes y corrientes habían observado cómo los estudiantes habían sido golpeados con macanas y culatas, arrastrados del cabello por las calles, pateados hasta desmayarlos, o so-

focados por el gas lacrimógeno. El gobierno trató apresuradamente de dar marcha atrás ante la ira popular. Las facultades fueron reabiertas y la policía salió del Barrio Latino. El primer ministro Pompidou prometió que el caso de los estudiantes detenidos sería reconsiderado. Pero era ya tarde para hacer enmiendas. Tan pronto como la policía las dejó, los estudiantes volvieron a tomar las calles. Tan pronto como las facultades fueron reabiertas las ocuparon los estudiantes. Tan pronto como los estudiantes y los obreros detenidos quedaron en libertad se unieron a sus camaradas en el Barrio Latino. Ocurrió entonces lo que propiamente resultó una antesala de la revolución: la más grande de las confederaciones nacionales obreras, la CGT (*Confédération Générale du Travail*), controlada por los comunistas, y la independiente CFDT (*Confédération Française Démocratique du Travail*), convocaron a una huelga general de un día, el lunes 13 de mayo, para protestar contra la brutalidad de la policía y exigir la resolución de las propias demandas obreras sobre alza de salarios, menos horas de trabajo y derechos sindicales.

Llegó el lunes y cerca de un millón de personas desfilaron por las calles de París. Lo que había empezado el 2 de mayo como una jornada antimperialista estudiantil se había transformado para el 13 de mayo en una gran manifestación antigubernamental. Al terminar la manifestación, y a despecho de la oposición de los líderes sindicales, el Movimiento 22 de Marzo convocó a una discusión colectiva sobre los acontecimientos del día y sobre las tareas por realizar. Muchos obreros obedecieron a sus líderes y regresaron a sus casas, pero millares marcharon a la torre Eiffel para unirse a los estudiantes. En el Campo de Marte, bajo la torre, las masas obrero-estudiantiles debatieron en armonía toda la noche.

La tarde del jueves trajo noticias electrizantes: estaba parado el trabajo en la fábrica de aviones situada cerca de Nantes. Los obreros habían tomado la fábrica. De Nantes, las ocupaciones se extendieron como el fuego. Al día siguiente, mientras los estudiantes ocupaban el teatro *Odeón* para usarlo como una gran sala de debates, los trabajadores de las fábricas *Renault* ocupaban sus instalaciones, primero en Cleón y luego en Flins. Fábrica tras fábrica, estudios, estaciones ferroviarias y centros laborales de toda índole fueron ocupados por los trabajadores. Incluso adolescentes de catorce años ocuparon sus escuelas. A principios de la siguiente sema-

na el país se hallaba paralizado. Diez millones de trabajadores, las dos terceras partes de la fuerza de trabajo total, se hallaban en paro. Las demandas de mejores salarios se convirtieron en demandas acerca del “poder obrero-campesino-estudiantil” y de la *autogestión* (control obrero).

Francia estaba a las puertas de una revolución total. Dondequiera —en cafés, teatros, escuelas, fábricas, calles— los temas de discusión eran los mismos: quejas contra De Gaulle; autogestión; defensa de las fábricas ocupadas; y preguntas: ¿Hemos ido demasiado lejos? ¿Hemos rebasado el límite? Cada día traía nuevos rumores: que De Gaulle estaba reuniendo tropas en Alsacia; que la policía se preparaba a unirse al paro; que los edificios gubernamentales de París podían ser capturados por los obreros. En Cannes los organizadores suspendieron el festival cinematográfico. En París, estudiantes y obreros chocaban a diario con la policía. Los campesinos enviaban sus productos a los obreros de las fábricas ocupadas. Y en medio de todo esto, los mezquinos burócratas de la CGT regateaban día y noche por salarios más altos y mejores condiciones de trabajo. Después de varios días propusieron un “arreglo” a los obreros; éstos los abuchearon y los mandaron a exigir más concesiones. Ni el gobierno ni los sindicatos sabían qué hacer. Un rumor afirmaba que los principales funcionarios del gobierno estaban arreglando sus papeles y preparándose para marcharse. En los mercados internacionales, el poderoso franco se bamboleaba ante el huracán de la revolución.

En la última semana de mayo, De Gaulle se enfrentó a la situación. Si el gobierno cambiara, sería él quien lo cambiara. Disolvió la Asamblea Nacional y convocó a elecciones. El humor de la gente varió rápidamente. Muchos respetables ciudadanos, tenderos, oficinistas, etc., empezaron a sentir que la fiesta terminaba. La revolución es divertida por un tiempo, pero si uno no dispone de electricidad ni puede comprar cigarrillos, piensa que las cosas han ido demasiado lejos. Además, De Gaulle prevenía contra el “comunismo totalitario”.

El Partido Comunista era realmente la menor de las preocupaciones de De Gaulle, y se daba cuenta de ello. La CGT y el Partido Comunista habían hecho cuanto estuvo de su parte para enfriar los ánimos, aplacando la demanda de poder obrero. Así que cuando De Gaulle convocó a elecciones el partido procuró eliminar

todo recuerdo de Lenin y se aprestó a continuar la lucha en la política electoral, no en las fábricas ni en las calles, presionando a los obreros, a veces arbitrariamente, para que volvieran al trabajo y olvidaran la autogestión. Se condenó a los estudiantes y a los obreros militantes como “aventureros” y “provocadores”. Cuando esto no era suficiente para mantener alejados a los estudiantes, se acudía a los servicios de los “gorilas” de la CGT que vigilaban las entradas de las fábricas cercanas a París. Miles de obreros, apaciguados por el alza de salarios o desmoralizados por el fracaso de sus líderes, empezaron a volver al trabajo. Miles de personas no revolucionarias que habían sido arrastradas por los acontecimientos de mayo volvieron a su vida normal y se dieron cuenta de que no querían una revolución. Miles de individuos temerosos, asustados por la violencia y el caos de mayo, decidieron votar por De Gaulle, único bastión contra la anarquía. La amenaza de la revolución terminó en anécdotas de mayo, y a fines de junio los degolistas obtuvieron una aplastante victoria.

Los últimos rebeldes fueron los estudiantes, que abandonaron los edificios que ocupaban no por temor a la revolución, sino por la fuerza policíaca. Cuando llegó junio, un contingente revolucionario había nacido ya. Había miles de estudiantes que nunca podrían sentarse como antes a recibir una lección, miles de estudiantes que jamás se adaptarían a los estrechos marcos de una profesión. Lo que habían sido en abril lo habían olvidado en junio. Constantemente escuchamos, en conversaciones con ellos: “Antes de mayo, yo era químico”, o “existencialista”, o “un muchacho”. Lo que ocurrió antes de mayo puede ser un capítulo de la historia de cualquier movimiento estudiantil de otro país. Para los estudiantes franceses, todo eso fue un prefacio; tuvo importancia porque condujo a mayo; pero todo lo que sigue proviene de mayo.

* * *

Para comprender a las organizaciones y las personas que se hicieron revolucionarias en mayo hay que entender cuán espontáneo fue todo el proceso. No existían células revolucionarias ni organizaciones de partido que empujaran los acontecimientos hacia un enfrentamiento final. Los obreros vacilaban entre la lealtad al Partido Comunista y el impulso que los llevaba a conseguir una victo-

ría. El partido trataba de guiar a los obreros para entibiar sus acciones.

Los estudiantes no estaban organizados en ningún sentido. Su "organización" era el Movimiento 22 de Marzo, que creció amplia y rápidamente. De hecho, el 22 de Marzo no era una organización propiamente dicha; era un nombre, un llamado a la lucha, un estilo, una forma de actuar. Si uno era activo y le gustaba lo que había oído acerca del 22 de Marzo, entonces era "del 22 de Marzo"; éste era el conjunto de la gente que luchaba por concretar determinadas ideas. Si al 22 de Marzo se le puede llamar organización, debemos considerarla heterogénea en ideología y anárquica en su estructura. No hay otra manera de definirla, ya que no crecía mediante el reclutamiento sino por la adhesión de nuevos grupos o individuos que se ponían a trabajar. La prueba de la fuerza "organizativa" del 22 de Marzo llegó en junio, cuando el gobierno ordenó su disolución, al igual que la de otros grupos. Como no había oficinas, ni miembros, ni credenciales, la orden del gobierno quedó sin efecto y el 22 de Marzo siguió sus actividades (como veremos, fue la declinación de las actividades después de mayo y junio la que llevó a la declinación del propio 22 de Marzo).

Las formas de acción surgieron también en la lucha durante el mes de mayo. Después del 13 de mayo surgieron Comités de Acción en universidades y escuelas, en fábricas y vecindades. Grupos extranjeros de trabajadores argelinos, portugueses, españoles e italianos iniciaron los Comités de Acción. A principios de junio había tres o cuatrocientos Comités de Acción en actividad, sólo en la región parisiense. Cada comité tomaba a su cargo las tareas que consideraba adecuadas a su constitución y habilidades. Así, una facultad ocupada en la Universidad tendría comités de propaganda, de educación interna, de cooperación con los obreros, y en algunos casos un comité coordinador de los demás. Una vecindad tendría comités para coleccionar dinero, fijar carteles, distribuir volantes, organizar manifestaciones o vender periódicos del Movimiento. Los Comités de Acción se coordinaban débil y esporádicamente. Podían reunirse para discutir posibles acciones comunes, para definir la orientación general y las tareas por realizar. Las directivas concretas de todo el Movimiento no se transmitían a los comités particulares. Cada grupo era responsable de lo que hacía.

El principio que mantenía unidos a todos estos grupos era "uni-

dad en la acción, diversidad en la ideología". No se pretendía aplicar un programa común o un detallado cuerpo de demandas. Y así, por ejemplo, muchos de los Comités de Acción se oponían a las elecciones de junio y condenaban la participación del Partido Comunista, tildándola de "reformista". Pero los grados de oposición variaban de comité a comité y de barrio a barrio. Algunos consideraban que las elecciones eran una maniobra de diversión, una forma de dividir a los obreros y alejarlos de los verdaderos problemas. Otros argüían que las elecciones no eran democráticas debido a que los jóvenes entre dieciocho y veintiún años, que tanto pesaban políticamente, no podían votar. Otros alegaban que las elecciones eran tan amañadas que los partidos de izquierda se quedarían con unos cuantos representantes en el Parlamento, lo que no correspondería a su fuerza real. Otros estimaban que en todo caso las elecciones no tenían importancia, ya que las formas representativas eran antidemocráticas: sólo la participación directa, sin intermediarios, resultaba democrática. Así, la oposición a participar en las elecciones variaba desde la impugnación global a éstas como tales, hasta la oposición a esas elecciones. La diversidad de posturas no impidió a los comités trabajar conjuntamente en un boicot a las elecciones. Los Comités de Acción compartían una ideología antigubernamental y anticapitalista; podían cooperar contra el gobierno y contra el capitalismo. Eso era todo, pero en mayo parecía bastante.

La diversidad ideológica del movimiento 22 de Marzo se derivaba en parte del origen grupuscular de muchos de sus activistas. No todos habían cambiado en los acontecimientos de mayo en la misma medida. Un grupo en particular, la Juventud Comunista Revolucionaria (JCR), se resistió a fundirse con el movimiento 22 de Marzo y preservó su consistente línea dentro del caos de mayo. Organizada en 1965 como un grupo juvenil comunista fuera de los partidos, la JCR llegó a ser la abanderada del marxismo-leninismo tradicional dentro del 22 de Marzo. La JCR debía su solidez a su flexibilidad en la acción (pocos de los demás *groupuscles* eran siquiera aptos para la lucha de barricadas) y a su eclecticismo ideológico. De Trotski había tomado la idea de la revolución permanente, y de Guevara la idea de la revolución múltiple. Las frases del *Che*, "dos, tres, muchos Vietnams" y "el deber de todo revolucionario es hacer la revolución", eran las que más oíamos de labios de los miembros

de la JCR. Consideraban al imperialismo como el tema básico de los revolucionarios en los países desarrollados, y por "imperialismo" entendían más o menos lo mismo que por "capitalismo". En el aspecto organizativo adoptaban el "centralismo democrático", propio de los partidos comunistas ortodoxos o de los trotskistas. La JCR se adaptó a los acontecimientos de mayo sin cambiar ella misma. Cuando el Movimiento se debilitó, en junio, fue la primera en volver a un derrotismo de tipo pre-mayo. Previendo que se acercaba un período de represión policíaca y de lucha clandestina, determinó que lo que se necesitaba era un partido que uniera a todos los activistas. Así, desde arriba, sin discusión previa con las masas de activistas, la JCR se unió con algunos comunistas (que habían abandonado el partido por causa de su política en mayo) para anunciar la formación del *Mouvement Révolutionnaire*, nuevo partido que reemplazaría al Partido Comunista. El nuevo partido sería centralista-democrático en su estructura y altamente disciplinado. Nada parecido habían proyectado muchos de los miembros del Movimiento 22 de Marzo.

Incluso para la JCR la decisión parecía fuera de tono, ya que aquélla había tildado persistentemente al Partido Comunista de jerárquico y burocrático. Preguntamos a un miembro de la JCR cómo podía salvarse el nuevo partido del destino de los viejos partidos. Su única respuesta fue citar a Lenin, quien señalaba que la devoción partidaria y la militancia revolucionaria de los miembros mantendría viva la democracia aunque el partido fuese altamente centralizado y disciplinado. Este argumento parecía débil; el partido de Lenin, al menos en su encarnación francesa, ya no era ni militante ni democrático. Y no es necesario decirlo: el *Mouvement Révolutionnaire* no halló eco entre los miembros del 22 de Marzo que no pertenecían a la JCR. Sólo se mantiene, de nombre, en algunos volantes, y probablemente en los numerosos archivos de la policía de París.

Irónicamente, la misma rigidez de la que la JCR se vanagloriaba la hacía vulnerable a los golpes de la policía. Después de junio muchos de sus líderes fueron detenidos y la ligazón de la JCR con los activistas quedó gravemente afectada.

La JCR ha tenido un papel discutible. Mucha gente la considera el grupo dirigente de la rebelión de mayo. Nosotros pensamos que tal afirmación es ilusoria. La rigidez organizativa de la JCR

la hacía reconocible en cada etapa de la lucha. De ahí que los historiadores no muy perspicaces no vean el fondo de la cuestión y sobreestimen su papel. La JCR da la impresión de un partido revolucionario, se acerca a la imagen popular de esos partidos, imagen que comparten muchos lectores de periódicos e izquierdistas tradicionales.

En realidad, desde antes del fracaso del *Mouvement Révolutionnaire*, la JCR se hallaba distanciada de la ideología y la táctica del Movimiento 22 de Marzo. La corriente del 22 de Marzo era marxista en su pensamiento, militante en su forma de actuar y antiautoritaria de corazón. En un punto, muchos de los activistas del 22 de marzo estaban de acuerdo con el pensamiento del Partido Comunista: el capitalismo es la raíz de todos los males, desde el imperialismo hasta el hambre. El Estado es el instrumento de la clase capitalista, y ambos deben ser destruidos en una lucha bajo la dirección de la clase obrera.

Y ahí terminaba el acuerdo. El Movimiento 22 de Marzo rechazaba el autoritarismo, la burocracia y la falta de espontaneidad del Partido Comunista tanto como el autoritarismo, la burocracia y la falta de espontaneidad de la sociedad francesa. En sus ideales, el 22 de Marzo era antiautoritario; en su idea de la revolución era antiautoritario, y antiautoritario en sus acciones.

El Movimiento 22 de Marzo no concibió una estrategia ni la necesidad de ella. Tenía una táctica: la acción directa, la cual, potenciada muchas veces, era una estrategia en sí misma. Los estudiantes del 22 de Marzo no se veían a sí mismos como "dirigentes", como una "vanguardia" que cuidadosamente "elevatoría la conciencia" de los obreros. Más bien se consideraban una "minoría activa" que "desempeñaba el papel de factor de agitación permanente, actuando sin clamar por la dirección... Es la espontaneidad la que permite a la verdad ir adelante, no las consignas de los dirigentes o de un grupo caudillista" (Cohn-Bendit). En mayo, este fermento de agitación comenzó en la Universidad, entre los estudiantes, pero no siempre ha de ser así. En otra ocasión este fermento puede venir de otro grupo. Los mecanismos de la "fermentación agitadora" son el enfrentamiento y la "acción ejemplar". Se actúa en determinada situación. Con la acción se provoca un enfrentamiento que muestra la naturaleza real de la situación y obliga a la gente a tomar partido. Por ejemplo, enfrentando a las autoridades univer-

sitarias con un problema universitario se puede orillarlas a llamar a la policía. Esto demuestra la forma en que las universidades dependen del poder estatal, y revela la violencia latente y el autoritarismo de todos los días que la gente se ha acostumbrado a aceptar.

Otro ejemplo, quizá más trivial, proviene de los primeros días de mayo en Nanterre: las reuniones de estudiantes y profesores se realizaron simultáneamente, pero en locales separados. Los profesores propusieron que los estudiantes mandaran un representante para que les explicara qué pensaban y hacían los estudiantes. Para los estudiantes, esta petición exhibía el autoritarismo y el distanciamiento de los catedráticos. El presidente de la asamblea estudiantil abrió la puerta que separaba los dos locales y acremente dijo a los profesores que si querían discutir y colaborar en cualquier forma con los estudiantes, debían ir inmediatamente a ellos y unírseles como iguales, en masa. Si los profesores no lo hacían, se olvidaría todo el asunto y los estudiantes volverían a sus estudios académicos. "Tómenlo o déjenlo", dijeron a los profesores. Los catedráticos, algunos de ellos asombrados, se reunieron con los estudiantes. Una vez que la gente ha tomado decisiones, que ha tomado partido, se puede, según el 22 de Marzo, empezar a hablar razonablemente.

Para el 22 de Marzo la acción directa no era sólo una nueva forma de protesta. La acción directa no era vista como una reacción ante los acontecimientos, sino como la *creadora* de ellos. De ese modo, la importancia de la actividad global rebasa el estrecho campo de cualquier acción particular. La acción enseña a la gente a tomar su destino en sus propias manos. La actividad sacude los viejos hábitos y la inercia y transforma a las personas de objetos de la historia en agentes de ésta. La militancia revolucionaria no es un estado de gracia o un puesto asalariado en el Partido Comunista: es una forma de actuar. Es más: es una forma de actuar *ahora*. No se trata de sentarse y esperar que las "condiciones objetivas" apropiadas aparezcan como si fueran una llamada telefónica del Comité Central; las "condiciones objetivas" son algo que debe crearse, no algo que deba esperarse. Los estudiantes no se consideran conductores de los obreros; sólo esperan dar un ejemplo. Como dice Cohn-Bendit: "La minoría activa está capacitada . . . para hacer surgir la primera chispa. Pero eso es todo. Los demás pueden sumarse o no al movimiento. A veces se suman".

La validez de la "actividad ejemplar" pareció confirmarse en mayo. Los estudiantes actuaron, dieron el ejemplo, y los obreros procedieron a actuar por su cuenta. Pero tan pronto como el movimiento declinó, en junio, algunos estudiantes se dieron tiempo para reflexionar sobre la historia anterior a mayo, y advirtieron que los anteriores casos de acción directa, de carácter aislado, no habían rebasado la Universidad y mucho menos habían llevado a un estado cercano a la revolución. En junio, todos los intentos de reestimar la lucha de los obreros fracasaron. Los obreros fueron abandonando la batalla, lenta e inexorablemente. Quizá había un factor objetivo especial en los acontecimientos del 68. Los estudiantes empezaron a aceptar la idea de que la lucha de masas sólo puede librarse en una especie de sustrato de las condiciones objetivas. Entre los momentos de acciones masivas de gran vigor debe haber intervalos en los cuales los enfrentamientos sean menores y la organización sea mantenida.

En cualquier otro movimiento que no fuera el 22 de Marzo la perspectiva de un largo período de relativa inactividad probablemente habría hecho que los activistas se consagraran al trabajo teórico: el análisis de las condiciones objetivas, la situación de la clase obrera, el papel de los estudiantes, etc. En el 22 de Marzo las actitudes acerca de la "teoría" fluctuaban entre el más completo rechazo y un moderado interés pragmático. Los estudiantes más anarquistas consideraban la teoría, o más bien el "teoricismo", como una forma de evasión; consideraban que el pensamiento tradicional de la izquierda, el cual considera que en un momento dado la sociedad está estática y puede por ello ser analizada, es erróneo. Realmente, piensan ellos, no hay nada constante, y por ello no se puede teorizar; las actividades de la gente cambian, cambian las situaciones y cambian los puntos de vista de la gente acerca de las situaciones. Un activista del 22 de Marzo nos preguntaba: "¿Podría decirles lo que haré meses después? Soy una persona distinta a la de hace algunos meses; quizá podría decirles lo que seré mañana; probablemente, lo que seré el domingo; pero no puedo imaginarme lo que seré dentro de algunos meses: seré una persona diferente, eso sí".

De manera que un pensamiento que prevea a largo plazo resulta imposible. No hay un sustrato estable sobre el cual basarse. No todos los activistas son tan refinados en su rechazo de la teoría. Después de años de retórica por parte de los comunistas y de los

groupuscles, se considera que ya se ha hablado mucho. Nosotros preguntamos a un estudiante si había sido influido por la lectura de ciertos teóricos revolucionarios; meditó un minuto y contestó: "No me importa lo que me diga la gente, sólo lo que hace".

Otros estudiantes no son tan antiteóricos. Ahora que la acción que vigorosa y espontáneamente surgió en mayo ha declinado, piensan y reconocen el valor de la planeación y la previsión. Sus conceptos teóricos son muy diferentes de los que privan en el movimiento estudiantil norteamericano.

Muchos teóricos de la Nueva Izquierda norteamericana piensan que el sistema norteamericano constituye un nuevo estadio del capitalismo, no previsto por Marx, y en el cual la severidad de la lucha de clases ha sido amortiguada por la integración de la clase obrera dentro del sistema de valores de sus explotadores, los capitalistas. Los franceses piensan que ellos actúan en el marco de un capitalismo más brutal y tradicional. En la medida en que la clase obrera sea pobre y explotada por patronos expoliadores y por un gobierno abiertamente opresor, en esa medida es más difícil lograr la integración "pacífica".

En los Estados Unidos las teorías de la Nueva Izquierda distinguen entre las demandas reformistas, que sólo integran más profundamente a los obreros en el sistema, y las demandas revolucionarias, que independizan a los obreros del sistema. Para los franceses, esos distingos son poco significativos. Dadas las predecibles respuestas del gobierno, crudas y severas, *cualquier* demanda provoca pequeñas luchas que pueden desembocar en acciones revolucionarias y en una elevación de la conciencia revolucionaria. La cuestión es cómo desenvolver las luchas alrededor de esas demandas procurando que toda la masa obrera, no sólo un puñado de sus "representantes", participe de ellas. En otras palabras, ¿cómo rebasar a los sindicatos? Los trabajadores confían en la protección de su sindicato, no importa cuán burocrático o corrompido sea. Entonces, ¿cómo conseguir que los obreros adquieran conciencia de sus problemas y actúen en consecuencia?

Por último, sabiendo que la revolución es todavía una perspectiva lejana, es importante organizar el movimiento para una lucha continua. Una rígida y disciplinada organización como la JCR es totalmente incompatible con los ideales de espontaneidad y democracia directa del 22 de Marzo. Por otra parte, algo tan efímero

como el 22 de Marzo pronto se disgregaría (como está ocurriendo), dividiéndose en una masa de individuos aislados y de grupos en la misma situación, que pronto se sectarizarán o desilusionarán. Por lo demás, hay gente en el 22 de Marzo que rechaza cualquier tipo de estructura u organización. Estas personas han visto emerger muchas organizaciones revolucionarias y han presenciado también su conversión en grupos burocráticos. Incluso la estable y sólida CGT comenzó como una asociación anarquista. Y para estos modernos anarquistas, cualquier organización es en su esencia burocrática y jerárquica. Las relaciones entre revolucionarios, al igual que las demás relaciones humanas, pueden fenecer si son formalizadas. La espontaneidad y la independencia son concomitantes de la revolución, antes y después de la destrucción del poder capitalista. No se trata de metas justas, sino de principios estratégicos. Si uno indaga acerca de este punto de vista, los jóvenes dirán que mayo volverá porque nada ha sido resuelto. Y cuando vuelva de nuevo, será cada vez más la gente implicada en esos mayos que se inconforme con los compromisos reformistas. Para formar organizaciones, dicen ellos, habría que buscar la sumisión voluntaria, encadenar lo que por naturaleza debe estar libre de cadenas.

Otros estudiantes piensan que el mayo de 1968 fue algo único. Consideran que para sostener la lucha se necesita algún tipo de organización. Al igual que los otros, se oponen al tipo tradicional de organización izquierdista, ejemplificada por el Partido Comunista. Señalan, sin embargo, que plantear los problemas de organización y las actividades como cosas separadas es equivocar el camino. La organización debe reflejar las necesidades de la acción. La estrategia, la planificación a largo plazo, la coordinación son necesarias para una acción eficaz, y por ello es necesaria la organización. Pero la organización no debe ser un fin en sí misma, con una vida propia separada de las exigencias de la acción. Ni la teoría ni la planificación ni la coordinación pueden ser fines en sí mismas. La organización debe ser la expresión de la actividad, la voluntad y las necesidades de los activistas, y no debe ser delineada previamente. Debe ser completamente fluida, destruyéndose y volviéndose a crear constantemente para estar de acuerdo con las cambiantes necesidades. Cualquier organización debe ser descentralizada y crecer por las necesidades de sus miembros individuales, señala este grupo de estudiantes. La centralización en la organización sólo debe servir para coordinar, para dar información y para proporcionar servicios

a la base. El corazón y la cabeza de una organización están representados en su base, no en ningún comité central.

* * *

Las palabras dirían poco del Movimiento 22 de Marzo. Ningún análisis nos diría tanto del punto de vista revolucionario del 22 de Marzo como un día en París en mayo o junio de 1968: todo lo que ha significado en el mercado monetario mundial, en la OTAN o en la cabeza del ministro Pompidou. Mayo fue sobre todo un triunfo de la imaginación. Por vez primera miles de estudiantes, después de años de inmutable disciplina escolar, se arriesgaron a soñar y a tratar de llevar sus sueños a la práctica. Muchos eran revolucionarios serios, pero ninguno torvo o ceñudo. “Desconfía de la gente triste”, decía una inscripción; “*la Révolution, c’est la joie*”.² Hablar con un activista del 22 de Marzo era hablar con alguien que se sentía realizado. Sólo después de haber pasado buen tiempo en un edificio ocupado y haber establecido estrecho contacto con sus ocupantes se puede entender este espíritu.

La Escuela de Bellas Artes, rebautizada por sus ocupantes como “ex Escuela de Bellas Artes”, parecía el escenario de un festival extraterrestre. Sus negras y sólidas paredes estaban cubiertas de carteles, lemas y largos pasajes de obras de varios héroes revolucionarios. Las astas de las banderas rojas penetraban en las paredes. Las estatuas que rodeaban el patio central habían sido pintadas y decoradas, o enarbolaban banderas rojas. Pero no todo el arte liberado es hedonismo. En el piso superior de la “ex Escuela”, docenas de ex (?) estudiantes trabajaban frenéticamente haciendo carteles revolucionarios que aparecerían al día siguiente en las paredes de cada barrio de París. Otros estaban en las fábricas, hablando a los obreros huelguistas, o estaban redactando volantes para distribuirlos en toda la ciudad.

En el anexo de la Facultad de Letras, en Censier, las paredes estaban cubiertas de poemas. En los anfiteatros de la Sorbona los debates duraban hasta la noche. Todos los domingos miles de obreros llegaban a la Sorbona y se reunían en la explanada con los estudiantes, para discutir. Un testigo describía así el panorama: “Aquellos que nunca se habían atrevido a decir nada sintieron de repente que sus pensamientos eran lo más importante del mundo,

y lo dijeron. El tímido se volvió comunicativo. Los desamparados y solitarios descubrieron de repente que el poder colectivo estaba en sus manos... Una gran fuerza comunitaria y de cohesión unió a aquellos que antes se habían sentido como muñecos solitarios e impotentes, dominados por instituciones que no podían controlar ni entender... Una inscripción en un muro lo resumía todo perfectamente: *Dèjà dix jours de bonheur* (Por fin, diez días de felicidad).

Un año antes de mayo, un grueso panfleto de los internacionalistas de Estrasburgo decía: “La verdadera revolución proletaria es una fiesta”... “El juego justifica la fiesta; hay que vivir fuera del tiempo muerto y actuar sin inhibiciones”.

Las demandas de mayo fueron una verbalización del estado de ánimo revolucionario. Una palabra resume ese espíritu: *autogestión*. La autogestión se traduce pálidamente en algo así como “dirección de sí mismo” o de “nosotros mismos”, pero sólo puede ser entendida con ejemplos. En las fábricas, autogestión significa control obrero. En las escuelas, control por los estudiantes y maestros (entendiéndose, por supuesto, que la vieja relación jerárquica maestro-alumno ha sido rota y maestros y estudiantes trabajan y estudian juntos). En la familia, significa el fin de la dominación patriarcal sobre las mujeres y los niños. De hecho, en cualquier institución donde haya más de una persona la autogestión significa control directo y democrático ejercido por todos los que participan en la institución. Los mecanismos de control no necesitan ser cuidadosamente preestablecidos, toda vez que deben ser flexibles y variables en razón de las necesidades e intereses de los participantes. Sin embargo, no deben tener un carácter representativo, porque el medio más eficaz de renunciar al poder es dejarlo en manos de un representante. La democracia directa, la participación directa en las decisiones que se tomen son la clave.

Esta demanda de autogestión, que es la actitud asumida ante los problemas de organización, define la utopía estudiantil. La revolución no es, para los estudiantes, una transferencia del poder, sino *el fin* del poder, una liberación de las personas que les permita hacer lo que deban hacer, y hacerlo *cada vez mejor*. Aquí no hay nada de “evadamos la sociedad”; la sociedad no es para ser evadida, sino para participar en ella. La utopía “posrevolución” es la continuación de la revolución, el continuo abrir puertas a la especie humana y la continua humanización. Para citar a Cohn-Bendit una vez más: “No es cuestión de calcular cómo hacer «la revolu-

² “La revolución es alegría”.

ción». . . se trata de impulsar el cambio permanente en la sociedad, acelerándolo en cada etapa mediante acciones revolucionarias". No es fácil saber en qué medida es compartido este espíritu por los obreros. En su gran mayoría los trabajadores permanecieron leales a los sindicatos y al Partido Comunista. Pero en muchos casos fue evidente que eran los obreros los que tenían la iniciativa, no los sindicatos. El movimiento obrero no apareció porque fuera inducido y guiado por los estudiantes, sino porque el propio nivel de vida obrero empujaba a los trabajadores a la revuelta. Los obreros de Francia estaban especialmente oprimidos. La jornada de trabajo era la más larga en los países del Mercado Común Europeo, y los salarios ocupaban el segundo lugar entre los más bajos. La economía estaba creciendo rápidamente y los bienes de consumo se iban haciendo más asequibles, pero los obreros no obtenían su parte de esa nueva prosperidad. Los salarios iban muy a la zaga del desarrollo económico general.

Los patronos franceses, tanto en la fábrica como en el gobierno, mantenían con sus subordinados relaciones que iban del paternalismo feudal a la opresión burguesa reaccionaria. A consecuencia de todos estos factores, huelgas rápidas y planteadas con intransigencia habían precedido a la insurrección de mayo. En este marco, los estudiantes no se propusieron organizar a los obreros con base en las propias demandas obreras, sino que lucharon por sus *propias* demandas, dando el ejemplo de una militancia desenvuelta y lúcida en el manejo de sus problemas. Los obreros siguieron el ejemplo de los estudiantes.

Los contactos que se establecieron entre estudiantes y obreros fueron individuales y espontáneos. Hemos dicho cómo, después de la gran manifestación del primer día de la huelga general, los estudiantes y los obreros se reunieron por la tarde en el Campo de Marte. En los combates de barricadas muchos jóvenes obreros lucharon con la policía lado a lado con los estudiantes. Estos combates prestigiaron a los estudiantes a los ojos de los obreros: luchaban y se arriesgaban, eran serios, no simplemente *fils de papa* (hijos de su papá). Y a medida que las huelgas se desarrollaban, los estudiantes acudían a las fábricas para ayudar a los obreros. A su vez los trabajadores iban por miles al Barrio Latino para observar lo que los estudiantes hacían. La mística de los estudiantes respecto de los obreros industriales era útil y provechosa. Los obreros abrían sus mentes y los estudiantes, aun cuando no estuvieran de acuerdo, los

escuchaban atentamente. Agradecidos por el respeto y la amistad de muchos "intelectuales", gran número de obreros volvían una y otra vez. Cuando las discusiones se hacían más serias, estudiantes y obreros hallaban que todavía les era difícil comunicarse; sus formas de pensamiento eran muy diferentes. Pero había ya lazos emocionales.

Los estudiantes también impartían ayuda concreta a los trabajadores huelguistas. Organizaban a los campesinos para que abastecieran de alimentos a los obreros, a cambio de una serie de servicios. Esto era importante en Francia, donde los sindicatos no tienen fondos de huelga. En Flins, en la gran planta *Renault*, los estudiantes se unieron a los obreros para luchar contra la policía que intentaba recuperar la fábrica. Asimismo los estudiantes organizaban para los obreros mítines en los que por primera vez éstos discutían con otros trabajadores acerca de sus condiciones de vida, sin la influencia restrictiva de los sindicatos. Los estudiantes conseguían los locales para efectuar esos mítines, y así organizaron reuniones de los obreros del transporte en un lugar determinado, evitando el fraccionamiento que procuraban los líderes de la CGT al separar a los obreros en las diferentes estaciones de transporte parisienses.

Pero después de junio los contactos se hicieron escasos. No puede precisarse en qué medida la pasión revolucionaria de los estudiantes se haya transmitido a los obreros. Quizá por ahora el proletariado esté satisfecho con el aumento de salarios y las mejores condiciones de trabajo logradas en mayo. Incluso el futuro del movimiento estudiantil resulta incierto por ahora. En agosto fracasaron los planes estudiantiles de establecer "universidades de verano" para los trabajadores, debido a la represión policiaca (y a las vacaciones de verano). Según la gente del 22 de Marzo, este movimiento se ha esfumado. Los mejores activistas han sido detenidos y los pasivos han desaparecido.

En junio, un activista del 2 de Marzo nos dijo que los estudiantes no pueden llevar adelante la revolución, y que incluso pueden convertirse en contrarrevolucionarios. "Pero no importa", agregó el activista, "porque los muchachos de dieciseis años, de trece, son ahora revolucionarios. Ellos nos harán a un lado y llevarán adelante la lucha".

CAPÍTULO SEXTO

INGLATERRA: LA PRIMAVERA SILENCIOSA

Me volvía loco en la escuela; los maestros que me enseñaban eran impasibles. Ustedes me oprimen, me manipulan y con sus reglas me atosigan. Ahora admito que es mejor todo el tiempo vivir un poco mejor.

Los Beatles

Los estudiantes franceses preparaban cocteles Molotov detrás de las barricadas, mientras los estudiantes alemanes combatían el monopolio de Springer. A la distancia de unos cuantos kilómetros, la izquierda británica los observaba con admiración. La primavera había traído a Inglaterra el intento de hacer retoñar la inquietud estudiantil.

Era difícil, sin embargo, encontrar analogías con el movimiento francés en las caballerías ocupaciones de las escuelas de arte inglesas. La prensa británica parecía dar a entender que Inglaterra debía tener una revolución estudiantil especial. Después de todo, Inglaterra es la capital histórica de la educación en Occidente y atrae miles de estudiantes de todo el mundo. En los últimos años Inglaterra ha sido un centro internacional de la cultura juvenil, imponiendo modas y patrones a las colonias. Además, Inglaterra tenía una vigorosa tradición izquierdista, derivada de la crisis de Suez y de la creación del Comité de Desarme Nuclear. Sin embargo, el contenido ideológico y sus adherentes permanecían separados.

Al contrario de Francia o Italia, Inglaterra no tenía la tradición de una conciencia *estudiantil* determinada. La historia de las luchas por el poder estudiantil, antes de 1968, se limita a un importante incidente: la ocupación de la Escuela de Economía de

Londres en 1967. Esa escuela era un foco de problemas. Fundada por la Sociedad Fabiana (círculo intelectual socialista, cuyo apogeo ocurrió antes de la primera guerra mundial), para los estudiantes que no podían asistir a Oxford o Cambridge, la EEL atraía a estudiantes veteranos, a izquierdistas y extranjeros, entre ellos muchos norteamericanos. Ninguno de ellos quedó satisfecho cuando la administración nombró director de la escuela al doctor Walter Adams, rector de la Universidad de Rodesia. Adams, pensaban los estudiantes, había tenido un papel preponderante en la liga de la Universidad de Rodesia al régimen racista de Smith.

Quizá la agitación por el caso Adams habría permanecido verbal si la administración no hubiera sido tan inepta: en enero de 1967, cuando el interés por el caso Adams iba en aumento, varios estudiantes planearon un *teach-in* para hablar de él, en un salón universitario. Una hora y media antes de que empezara la reunión, la administración prohibió el uso del salón. Cuando varios centenares de estudiantes protestaron por esa medida, el director de la EEL les dijo: "Los estudiantes no tienen derechos..." Esto armó la pelotera y los estudiantes decidieron hacer la reunión. Después de varias semanas de deliberaciones legaloides, la administración respondió suspendiendo a dos de los estudiantes líderes, Marshall Bloom y David Adelstein. La causa original del enojo estudiantil fue plenamente rebasada por esta demostración de la necedad de las autoridades. Bloom es un norteamericano, y un norteamericano suspendido en Inglaterra era para los ingleses algo así como un recluta forzado a ir a Vietnam. Quinientos estudiantes comenzaron un largo *sit-in* de fin de semana en los edificios de la EEL. El *sit-in* no tuvo gran extensión. Los problemas generales universitarios, o las suspensiones corrientes, no reciben mucha atención. Apenas al quinto día, con las negociaciones prácticamente suspendidas, se propusieron seminarios y contracursos. Al séptimo día los ocupantes acordaron irse y abandonaron pacíficamente el edificio (pocos meses después se reinstaló a Bloom y Adelstein, con lo que se logró el propósito del *sit-in*). La británica *New Left Review* (mayo-junio de 1967) saludó la acción de la EEL como una apertura de la lucha estudiantil y la muestra de una "conciencia *estudiantil* colectiva"; pero muchos de los estudiantes participantes en la acción se hallaban menos impresionados. Los estudiantes moderados sentían que habían hecho su parte, y que la habían hecho con tiempo suficiente para preparar sus exámenes. Los izquierdistas estaban des-

ilusionados por la tranquila conclusión del *sit-in* y sentían que habían ido “demasiado lejos” para tan pobres resultados. Richard Kuper, un líder del *sit-in*, escribió en 1968: “Uno de los resultados paradójicos del *sit-in* del último año académico es que, si bien terminó en una victoria contra la represión escolar, por otra parte indujo a muchos militantes socialistas a rechazar la actividad estudiantil y propugnar la actividad en otros campos”.

* * *

El más cercano de los otros campos era Vietnam. Muchos estudiantes militantes eran atraídos por el Comité de Solidaridad con Vietnam, que rebasaba el pacifismo del Comité de Desarme Nuclear y apoyaba al FLN. Encabezado originalmente por Bertrand Russell, el CSV pronto viró a la izquierda. En la primavera de 1968 el extravagante Tariq Alí era el líder mejor conocido del CSV. Junto con pacíficos grupos de ingleses, el CSV ayudó a movilizar miles de personas para una manifestación en octubre de 1967, en los Días Internacionales de Protesta que habían sido organizados por el Comité Nacional de Movilización de los Estados Unidos. En marzo de 1968 el CSV y otros grupos militantes encabezaron una manifestación que culminó ante la embajada norteamericana, en Grosvenor Square, donde, impedidos de avanzar, los frustrados estudiantes trataron de provocar algunas escaramuzas con la policía. Los estudiantes ingleses no usaban la violencia, y los pocos manifestantes norteamericanos no pensaban provocarla.

El tipo de militancia desplegada en Grosvenor Square y en la EEL era algo fuera de lugar en Inglaterra. En cada país europeo donde las protestas estudiantiles habían rebasado la legalidad, la prensa atribuía la agitación a intereses extraños. En Inglaterra esta acusación tenía algo de verdad. Por ejemplo, en la EEL el norteamericano Bloom y el surafricano Adelstein no fueron pasivos ejecutantes del *sit-in*: fueron líderes. Los norteamericanos izquierdistas —no muchos, ciertamente— mantenían vivas las enseñanzas del movimiento estudiantil norteamericano. En lo que respecta a Vietnam, los ingleses han tomado de los norteamericanos muchas de las tácticas y análisis del problema. Muchas de las actividades británicas de apoyo a Vietnam se inspiran en las de los Estados Unidos y fueron enérgicamente apoyadas por los activistas norteamericanos en Inglaterra. El Comité Alto a la Guerra (activistas norteamericanos en Inglaterra, contra la ocupación norteamericana

de Vietnam) ha tenido una influencia desproporcionada a su tamaño. El comité había investigado el dominio norteamericano sobre las universidades y las industrias inglesas, señalando cómo este dominio daba a los Estados Unidos un eficaz apoyo en la guerra.

Sin embargo, la militancia importada que abordaba los problemas de Vietnam y del poder estudiantil no había echado raíces en la conciencia estudiantil. Cuando Frankie Y, miembro del Poder Negro, preguntó en una reunión estudiantil: “¿Cuántos de ustedes saben disparar un fusil?”, el auditorio se rió entre dientes, y algunos preguntaron: “¿Por qué habíamos de saberlo?” Por otra parte, la misma policía está desarmada. Y la actitud británica respecto de los estudiantes “revolucionarios” ha sido siempre benevolente. Por ejemplo, en la primavera de 1968, cuando los países cercanos restringían las facilidades de viaje a los menores de treinta años, la BBC (cadena nacional de televisión) invitaba a un grupo de líderes estudiantiles extranjeros, izquierdistas, a la capital de Inglaterra. La CIA debe haberles echado el ojo a su llegada: miembros de la SDS alemana, de la SDS norteamericana, del 22 de Marzo parisiense, activistas estudiantiles clandestinos españoles, del “movimiento” romano, etc. Los ingleses los recibieron cariñosamente. Por unos días la adorable yugoslava Dragana Stavajiel y el francés Dany Cohn-Bendit desplazaron a la princesa Margarita de las portadas de las revistas femeninas y de los encabezados de los periódicos. Una caricatura de un periódico mostraba a una rolliza Mamá Inglaterra abrazando a los malencarados Tariq Alí y Cohn-Bendit. Alí decía: “Y bien, Dany, ¿cómo empezaremos una revolución en este ambiente?” Las llamas de la revolución eran fácilmente apagadas por el tibio té de la tolerancia británica.

Hay probablemente razones más importantes que explican por qué el suelo inglés ha sido terreno infecundo para el crecimiento de un movimiento de masas estudiantil. Al contrario de muchos países europeos, Inglaterra ha hallado una especie de solución para los problemas de la educación superior. La educación inglesa está estrictamente dividida, por clases y funciones. Las antiguas universidades, Oxford, Cambridge y parte de la Universidad de Londres (a la cual pertenece la EEL) son las instituciones privilegiadas. Son los lugares tradicionales a los que los vástagos de la aristocracia, las clases superiores y las medio superiores mandan a sus hijos para que se conviertan en gerentes, representantes parlamentarios o personalidades académicas. La tarca, menos llamativa, de produ-

cir técnicos y maestros se les deja a instituciones de tipo inferior —politécnico, escuelas técnicas, normales e institutos superiores de arte y de comercio. Estos centros han surgido de la revolución industrial y, sobre todo en los últimos cincuenta años, han servido a la juventud de la clase media y de la clase media inferior. Entre los dos extremos funcionan unas cuantas universidades parecidas a las que en los Estados Unidos atienden una serie de múltiples ramas educativas; estas universidades todavía no han cambiado en lo esencial la faz del sistema británico de educación biclasista, o “sistema binario” de educación.

Los estudiantes ingleses podrán no estar muy contentos con esta bifurcación del sistema educativo, pero al menos no pueden quejarse, como los italianos, de que la Universidad integre a los estudiantes dentro de determinadas clases. En Inglaterra esta integración ocurre mucho antes, y el instituto superior o la Universidad son menos culpables de ello. Los ingleses no pueden quejarse tampoco de ser defraudados por el tipo de educación que reciben. Si lo que usted necesita es un trabajo, tiene que ir a la escuela apropiada y aprender las disciplinas correspondientes, sin tener que cargar con una serie de conocimientos adicionales. Si lo que desea es una cultura refinada, puede ir a una universidad y olvidarse de cosas tan vulgares como los “empleos”.

En 1963 Inglaterra sintió cierto complejo de culpa por el sistema binario. Por entonces un informe patrocinado por el gobierno (el informe Robbins) criticó la segregación que, *de hecho*, existe entre los estudiantes debido a su clase social. La respuesta del propio gobierno fue reconocer esta segregación *jurídicamente*, legalmente. El problema, tal como lo ve el gobierno, no está en liquidar la discriminación de clases, sino en crear suficientes técnicos para la industria inglesa. Los colegios y escuelas politécnicas son, obviamente, la fuente de esos técnicos, y son de propiedad pública. Las universidades, del otro lado, aunque tienen subsidios del gobierno, no son del Estado. La solución, entonces, no era acabar con el sistema binario sino hacerlo indesarraigable. Una reforma de 1965 condecoró a los institutos superiores con un “grado” especial, concebido como equivalente de un grado universitario. Adelstein, de la EEL, escribió que el gobierno esperaba “alentar una corriente tecnocrática de suficiente *status* para rivalizar con la Universidad tradicional... romper la influencia liberal de la vieja Universidad y reemplazarla con una cultura tecnológico-empresarial”. Ador-

nados con su nuevo grado y con un barniz de alta cultura “académica” para las masas, los institutos superiores se consideraban orgullosamente hermanos menores de las universidades. Nadie, por supuesto, se engañaba demasiado.

* * *

En comparación con la lucha estudiantil en otros países, se puede decir que no hubo mucha actividad estudiantil izquierdista esta primavera. La segregación dividía también las actividades. Los institutos superiores mostraron a Inglaterra los primeros estudiantes sindicalistas, que se limitaban a actuar en pro de una reforma educativa. Las universidades conformaban las actividades corrientes de los estudiantes de izquierda: la agitación sobre Vietnam, contra la guerra bacteriológica, por el poder obrero (pero no estudiantil), dentro de un ritmo ligeramente roto por el ejemplo francés.

Paradójicamente, las actividades de los estudiantes de los institutos superiores fueron una reacción contra la reforma de 1965 más que contra lo que ésta pretendía cambiar. La rebelión se concentró en los institutos de arte: Guilford, Croydon y especialmente Hornsey. En cualquier sentido, Hornsey es un instituto pobre, de espacio limitado y pocos recursos para un creciente número de estudiantes también de recursos limitados. Los parches impuestos por la reforma debieron haber parecido inapropiados al principio, pero después se hicieron intolerables. En primer lugar, se imponían una serie de condiciones de ingreso, tales como exámenes escritos que nada tenían que ver con la habilidad artística. Habiendo luchado contra esos obstáculos, los estudiantes de arte, por otro lado, pasaban el tiempo en cursos que no tenían importancia para su desarrollo como artistas. Su plan de estudios carecía de flexibilidad y establecía arbitrarias divisiones en el arte: “bellas artes”, “dibujo”, etc. De hecho, los estudiantes de arte llegaron a sentir que si se desarrollaban como artistas era a pesar de su educación. Sentían que debían abandonar las escuelas si éstas no cambiaban.

En Hornsey, los estudiantes decidieron quedarse. El 29 de mayo, irritados por una disputa acerca de los fondos de la sociedad de alumnos, casi la mitad de los alumnos ocuparon los edificios del instituto. La administración desapareció, simplemente. En las dos primeras semanas los ocupantes discutieron día y noche acerca de la educación artística, imprimiendo documentos, cartas a los altos funcionarios oficiales y volantes para la gente del pueblo donde

funcionaba el instituto. El arte es una ocupación solitaria y muchos de los estudiantes no se conocían entre sí, y mucho menos habían caído en la cuenta de que tenían los mismos problemas. Encantados con su nueva comunidad, se declararon "miembros" (no estudiantes) del Instituto Superior *Hornsey* de Arte, y empezaron a actuar: montaron exposiciones y espectáculos artísticos y ofrecieron cursos nocturnos a los contribuyentes locales, que les expresaron su apoyo dirigiendo cartas y peticiones al Parlamento.

En la "revolución Hornsey" los estudiantes se esforzaron por presentar una imagen pública respetable. El "licor" y las "orgías" fueron expulsados de los edificios ocupados. Y algo mejor para los ojos del ciudadano común y corriente: los alumnos se mantenían a distancia de un clásico vicio estudiantil: la política. Al empezar la ocupación, el presidente comunistófilo de la sociedad de alumnos fue relegado a la base. Cuando los miembros de organizaciones secretarías socialistas aparecieron en Hornsey, ansiosos de reclutar miembros entre los ocupantes, fueron despedidos sin ceremonia. Incluso los de Hornsey llegaron a rechazar la ayuda económica ofrecida por un sindicato trotsquista de impresores. En sus propias discusiones, los estudiantes rara vez rebasaban sus problemas artístico-educativos y se ocupaban de los problemas generales de la educación o de la sociedad, aunque algunas veces surgía una tendencia más política. Por ejemplo, varias semanas después de la ocupación algunas personas de la *New Left Review* fueron invitadas a hablar en Hornsey. Había, asimismo, cierta identificación, no propiamente ideológica sino cultural, con las rebeliones estudiantiles de todo el mundo, con el mito del *Che*, etc. (Se nos dijo que otros institutos superiores de arte, como el de Croydon, no fueron tan reacios a la "política".)

Y una cosa por la otra: la política de pureza apolítica de los rebeldes de Hornsey tuvo como pago un amplio apoyo público. La prensa liberal inglesa era más condescendiente con los de Hornsey que la prensa comunista francesa con los *enragés* de Nanterre. La violencia policiaca o las represalias administrativas no parecían constituir graves amenazas. Cuando preguntamos a algunos estudiantes de Hornsey qué harían si se les cortara la luz, nos dijeron: "Eso sería un escándalo nacional. ¡Sería inhumano!"

La pureza apolítica de los estudiantes de Hornsey no era una táctica. No se trataba de un plan maquiavélico para preservar en un nivel determinado una línea común con estudiantes de otros

institutos. De hecho, los estudiantes de Hornsey *eran* apolíticos. A despecho de todos los esfuerzos del gobierno para dar mayor ascendiente a las escuelas de arte, éstas no dejaban de ser escuelas comercialistas, y los estudiantes de arte no eran intelectuales. Para ellos, los problemas de los "trabajadores" o de Vietnam resultaban esotéricos. Tenían un estrecho programa de demandas, que ganarían ellos, según pensaban. En realidad, las peticiones surgidas esa primavera en Hornsey eran probablemente muy limitadas como para provocar disturbios en la estructura educativa inglesa. Un alto funcionario del gobierno estaba de acuerdo con los estudiantes en que "la educación artística es un revoltijo".

Parecía realmente que si los estudiantes continuaban presionando el gobierno hallaría un camino para emprender otra reforma y los estudiantes volverían al trabajo. Hasta ahora, en Inglaterra la fuerza del poder estudiantil no se dirige contra el autoritarismo; es, esencialmente, una especie de sindicalismo estudiantil que demanda reconocimiento. Cuando las autoridades de Hornsey volvieron a negociar, en julio, endurecieron sus condiciones y cambiaron sus ofertas de paz por amenazas de represión. Después de seis semanas de ocupación, la mayoría de los estudiantes, enfrentada a tales amenazas, decidió aceptar un arreglo por el cual se establecía un comité conjunto de estudiantes, maestros y funcionarios de la dirección, para discutir los problemas de la educación artística. Desde entonces ha habido señales de que los administradores del instituto y el gobierno local se preparan a apretar los tornillos a los estudiantes. Como consecuencia, el tibio movimiento estudiantil puede verse forzado a hacerse cada vez más político.

* * *

La otra corriente de las actividades extraproblemática interna estudiantil está en las universidades, centro de la tradición intelectual de izquierda. Al igual que la Sociedad Fabiana que los precedió, los agrupamientos estudiantiles socialistas no son masivos, pero tienen una notable habilidad para sobrevivir después de largos períodos de inactividad. Los forman ex laboristas desilusionados por el gobierno actual, internacionalistas socialistas (unos trescientos), miembros de sociedades socialistas que agrupan a cerca de mil personas, comunistas y algunos maoistas, guevaristas, etc. Ninguno de estos grupos podría adjudicarse el título, acuñado por los norteamericanos, de "Nueva Izquierda". Aunque estas organizaciones

eran en su mayoría de estudiantes —y de estudiantes universitarios—, el caso es que estos izquierdistas no se sentían muy a gusto entre los estudiantes. La lucha por las demandas estudiantiles era sólo una de las tareas en su embarazosa situación. No obstante, los izquierdistas universitarios abordaban de vez en cuando problemas universitarios.

En el invierno de 1966 y 67 la izquierda constituyó la Alianza Radical Estudiantil (*ARS*), con la esperanza de que sustituyera a la tradicional Unión Nacional de Estudiantes, equivalente a la Asociación Nacional Norteamericana de Estudiantes, ligada a la Conferencia Internacional de Estudiantes, fundada por la *CIA*. El primer acto de la *ARS* fue oponerse al aumento de las contribuciones a los estudiantes extranjeros, pero en el marco de la educación superior inglesa el problema aparecía poco excitante. La *UNE* continuó sin molestias por su sendero burocrático y complaciente. La experiencia de la *ARS* afirmó a muchos estudiantes radicales en su convicción de que los estudiantes no merecían la atención de los izquierdistas. A principios de 1968, Richard Kuper, de la *EEL*, escribió: "Realizar un movimiento estudiantil socialista es un objetivo digno; infortunadamente, para ello se requiere que haya algo de socialismo".

Los acontecimientos de la primavera de 1968 convencieron a muchos estudiantes de izquierda de que el socialismo tardaría en llegar. Enoch Powell, miembro reaccionario del Parlamento, denunció en un discurso una inundación de negros provenientes de varias partes de la Comunidad Británica de Naciones. Cuando los liberales se movilaron para censurarlo, los trabajadores de los muelles hicieron una manifestación de apoyo a Powell por sus sentimientos de superioridad de los blancos. Los obreros de los muelles han sido siempre uno de los sectores obreros sindicalizados más combativos e incluso izquierdistas. Hay que imaginar el disgusto de la izquierda sectaria cuando estos trabajadores abuchearon a un orador social-internacionalista.

Si el caso Powell no curó precisamente a los estudiantes de su romanticismo obrerista, sí demostró lo vacilante y débil que era el arraigo de la izquierda en la clase obrera. Atemorizados ante el "fascismo", muchos grupos de izquierda empezaron a buscar aliados en las organizaciones liberales, en los grupos pacifistas y hasta, de nuevo, entre sus compañeros estudiantes. Los acontecimientos de Francia, Alemania e Italia revaluaron la visión de los izquierdistas

acerca del estudiantado. A principios de junio de 1968 los radicales de la *EEL* decidieron que también Inglaterra necesitaba un movimiento estudiantil izquierdista de masas. Y, consecuentemente, llamaron a formarlo, en estos términos:

"Los estudiantes británicos han presenciado cómo en otros lugares cercanos se ha hecho historia este año... ¿Cuáles son las perspectivas para los estudiantes militantes de la Gran Bretaña? Hasta ahora la lucha estudiantil ha sido vigorosa pero dispersa... La sociedad socialista de la *EEL* ha tomado recientemente una importante iniciativa encaminada a *procurar* la formación de un movimiento estudiantil revolucionario. Una organización de ese tipo responde a una urgente necesidad". (La organización a cuya fundación se convocaba era la Federación Estudiantil Socialista Revolucionaria; el subrayado de la palabra *procurar* es nuestro.)

En los días del 14 al 16 de junio cerca de mil estudiantes acudieron a la *EEL* para asistir a la convención fundadora de la Federación Estudiantil Socialista Revolucionaria. Orgullosamente presentada por la prensa liberal británica como "el primer equivalente británico de las *SDS* alemana y norteamericana", la *FESR* se enfrentaba a grandes tareas. Pero una facción no puede crear una organización, del mismo modo que una organización no puede crear un movimiento. Cada detalle de la constitución temporal de la *FESR* y de la composición de un comité coordinador interino era debatido con procedimientos de tipo parlamentario. Hasta el nombre parecía asimilar las disputas faccionales (como sucede en el Parlamento), ya que no había acuerdo respecto de lo "revolucionario" y lo "estudiantil", o sobre qué era "federación": sólo en cuanto a lo "socialista" había unanimidad. Por cada punto de vista faccional había una opinión impresa en un volante, y para éste había por lo general un contravolante.

Después de toda la retórica revolucionaria se halló que los estudiantes más alienados eran aquellos que no pertenecían a una facción, los estudiantes ordinarios semi izquierdistas o que no estaban en la izquierda. Un estudiante al que hablamos sabía más de sus exámenes finales de sociología que del socialismo, y nos decía: "Me moría por ejercer alguna actividad"; "yo pienso que eso es la revolución. Pero a ellos les gusta hablar".

Esto ocurría mientras la rebelión sacudía los institutos superiores de arte. No estaba bien claro qué era exactamente lo que querían los de la *FESR*. Mientras los movimientos de otros países se

habían atendido casi exclusivamente a acciones directas como la ocupación de planteles, los ingleses hacían poco uso de la acción en razón de un principio teórico: "Dada una línea correcta, de ella derivará una táctica correcta", nos dijeron. No comprenden o no saben aprovechar los enfrentamientos como medios de elevar la conciencia y crear "la línea". En cuanto a las demandas estudiantiles, las actitudes fluctuaban entre la indiferencia y el desdén. Estas demandas eran incluidas como una concesión en el orden del día de la reunión de la FESR, pero se las consideraba un problema que debía discutirse después de los principales. Cuando preguntamos a un organizador de la FESR qué pensaba acerca de los partidarios del poder estudiantil en los institutos superiores, nos contestó: "Son estudiantes sindicalistas". Los izquierdistas no están interesados en reformar las universidades, pero buscan cómo radicalizar la lucha por esa reforma. Y así, por ejemplo, un socialista de la EEL escribió que las demandas estudiantiles "aumentarán la indignación moral en la medida en que no sean cumplidas, pero ¿acaso es éste el tipo de indignación que queremos?" En lo general, para estos estudiantes izquierdistas los estudiantes pueden ser útiles activando a los obreros, pero la realidad es que los propios estudiantes no están interesados en este tipo de actividades y, por otra parte, los problemas estudiantiles son problemas burgueses, inevitablemente.

Sin embargo, un mes de ocupación de institutos dio lugar a más contactos obrero-estudiantiles que un año de distribución de volantes izquierdistas. Por ejemplo, en el instituto superior de arte Guilford los vigilantes del plantel decidieron apoyar a los ocupantes porque se convencieron de que éstos tenían la razón, y porque se dieron cuenta de que ellos también tenían quejas propias que presentar.

* * *

Independientemente de todas las diferencias de forma y contenido, de teoría y estilo, las corrientes del poder estudiantil y de los estudiantes socialistas tienen ciertas actitudes en común. El movimiento norteamericano ha insistido siempre en la importancia de conocer a los enemigos y hacer amigos. Los estudiantes ingleses andaban algo extraviados al respecto. Ningún grupo parecía tener una firme noción del verdadero centro del poder, ni de quién era realmente el enemigo. En Hornsey, los rebeldes percibían una vaga

jerarquía de las autoridades educativas, dividiéndolas vertical y horizontalmente y distinguiendo entre el gobierno nacional y el local. Desde que la administración desapareció, el primer día de la ocupación, los estudiantes nunca lograron un claro enfrentamiento con alguna institución o con el gobierno.

Los estudiantes de izquierda, que veían en todo al "capitalismo", no tuvieron mucha oportunidad de emprender una lucha antiautoritaria. Sus universidades, las masas comunes y muchos parlamentarios eran bastante benévolos. Para los socialistas internacionales, la amenaza era el "fascismo", y así lo llamaban, como para dar forma concreta al desconocido enemigo.

En lo que se refiere a hacer amigos para la causa, ningún grupo estudiantil parece haber tenido mucho respeto por la máxima de los norteamericanos. Por ejemplo, la izquierda sectaria se limitaba a repartir volantes a la salida de las fábricas. No se pensaba en vivir o trabajar con los obreros. En los institutos el problema era más agudo. En una reunión sobre la educación, en Hornsey, alguien de una escuela politécnica cercana sugirió que las asambleas de los institutos se rigieran por el principio de "un hombre, un voto". Se objetó esta proposición, diciendo que si se aceptaba "perderíamos". Cuando preguntamos a los estudiantes por qué no se lanzaban a ganar con el apoyo de la mayoría estudiantil, sus respuestas nos indicaron que lo que apuntábamos era poco importante: "Pero ellos [los otros estudiantes] no están de acuerdo con nosotros", dijeron. Quizá sea poco caballeroso el tratar de cambiar la mentalidad de otras personas.

* * *

Nada más fácil que analizar las "fallas" de un movimiento existente, ya que todo lo que se diga al respecto probablemente será cierto. Inglaterra es importante por su ubicación dentro de la problemática estudiantil surgida en la primavera en varios países europeos. En Italia, Francia y Alemania los problemas universitarios, agravados por cada "reforma" gubernamental, se agudizaron por la politización creada por el problema de Vietnam. Si los doctores, maestros y técnicos son simples tornillos del sistema y la guerra de Vietnam es un producto del sistema, entonces, ¿para qué degradarse por diez años buscando ser doctor, maestro o técnico? La disparidad entre el carácter liberal de la educación universitaria y la proletarianización de los estudiantes se hacía insuperable.

En Inglaterra el sistema educativo binario no resolvía estos problemas, pero los aislaba. Los estudiantes universitarios eran afectados por una clase de problemas, y los de los institutos por otras. Los estudiantes universitarios, nutridos en la tradición liberal, tenían una reacción moral ante el problema de Vietnam, pero su indignación no llegaba a ser una astilla clavada en sus propias vidas. En realidad, difícilmente podían definir cuáles eran sus problemas. Los estudiantes universitarios ingleses, por otra parte, no son tratados como una masa de retrasados mentales. Son "caballeros que aprenden con caballeros" mientras son estudiantes. Como instituciones, las universidades se atienen a un autonomismo impecable, y el gobierno no interfiere demasiado en su funcionamiento. Su misión no es resolver las necesidades inmediatas del gobierno o de la industria, sino "iluminar la enseñanza y la libre búsqueda de la sabiduría".

Nada de lo dicho vale para los estudiantes de los institutos superiores. A éstos se les adiestra para un empleo. Cuando la enseñanza en este campo sufre un tropiezo, los estudiantes se rebelan, como en Hornsey. La suya no era tanto una huelga como una serie de condiciones para volver al trabajo, condiciones que impugnaban los nuevos cursos impuestos y la inoperante información cultural. ¿Qué es más importante para un artista comercial —preguntaban los estudiantes—, la técnica de los plásticos o Picasso? Cuando los empleos son difíciles de conseguir, como en Inglaterra, la elección es indudable. Los estudiantes de los institutos superiores y de las escuelas técnicas no deberían ser culpados por fracasar en la protesta por Vietnam; la educación de los institutos no cultiva, y los empleos que la siguen no favorecen tales refinamientos rebeldes. Si los estudiantes de los institutos superiores parecen demasiado envueltos en sus propios problemas, ello se debe a que sufren una opresión directa que se manifiesta en aulas repletas, pocas facilidades, pobreza y una educación de tipo artesanal. Si no aciertan a ligar sus propios problemas con los de los vietnamitas, biafranos, etc., problemas que son banderas izquierdistas, hay que culpar de ello precisamente a los izquierdistas, por su *incapacidad* para ligar esos problemas con los problemas inmediatos de los estudiantes de las clases inferiores.

Podemos preguntarnos, al igual que los fundadores de la FESR: ¿Cuáles son las perspectivas de los estudiantes militantes en la Gran Bretaña? ¿El sistema binario ha desvanecido las tensiones estudiant-

tiles? Por lo menos un elemento de la izquierda inglesa piensa que no (el único elemento que podría reconocerse como de "Nueva Izquierda"). La *New Left Review* y el grupo Primero de Mayo (formado por intelectuales que frisan en los treinta años, veteranos del Comité pro Desarme Nuclear) señalan que los problemas de la educación superior inglesa, como los problemas de Inglaterra en general, empeoran cada vez más, mientras el gobierno se limita a buscar remedios. En primer lugar, el número de estudiantes se ha incrementado mucho más rápidamente que el número de asientos en las aulas. La población estudiantil inglesa creció de 70,000 antes de la segunda guerra mundial a 216,000 en 1962 y 300,000 en 1965, con una tasa de aumento de 2.7% en 1939 y de 11% en 1967. Mientras la población estudiantil crece aceleradamente, el número de empleos aprovechables parece declinar. En junio leímos en un periódico londinense un interesante relato acerca de dos químicos que al fin encontraron trabajo ¡como gerentes de personal! Los cerebros ingleses no emigran: se dirigen a los centros de reclutamiento laboral británicos. Hasta la conservadora UNE demandó esta primavera que "el gobierno y las autoridades escolares impartan una mejor orientación profesional a los estudiantes". Los institutos superiores, ante la perspectiva de la estrechez del mercado de trabajo, tratan de limitar el ingreso de estudiantes. Los exámenes, "tan prolongados que provocan una depresión nerviosa en los estudiantes", fueron señalados como causa de dos intentos de suicidio ocurridos en los pocos días que estuvimos en Inglaterra.

Mientras tanto, el gobierno destina una parte muy pequeña de su presupuesto al sistema educativo. Todos, especialmente los trabajadores, desean una tajada más grande de pastel, y éste se va empequeñeciendo con el tiempo. El gobierno ha decidido limitar el incremento de los gastos en la educación en un 5 por ciento al año, aunque el estudiantado aumenta a razón de 15 por ciento anual. Entre otras cosas, esto significa que las becas escolares no guardan relación con el costo de la vida. Muchos estudiantes ingleses están viviendo con menos de 14 dólares a la semana, de los cuales 7 son para la renta; y la comida inglesa no es barata, aunque no sea muy agradable al gusto.

Si las cosas siguen así, quizá este capítulo resulte una contribución a la prehistoria de un movimiento estudiantil inglés que surgirá algún día.

CAPÍTULO SÉPTIMO

COLUMBIA: ADELANTE, CONTRA LA PARED DE HIEDRA

Una universidad, definitivamente, no es una institución democrática. Si las decisiones se van a tomar democráticamente en este lugar, yo no seguiré aquí.

Herbert Deane, vicedecano de la Universidad de Columbia, 24 de abril de 1967.

La principal enseñanza que hemos tenido es que las cosas pueden cambiar.

(Volante del comité de huelga de Columbia.)

La explosión estudiantil más importante en los Estados Unidos, hasta la fecha de este trabajo, ocurrió en la Universidad de Columbia, en la ciudad de Nueva York, la primavera de 1968. Miles de estudiantes, dirigidos por la radical *Students for a Democratic Society*,¹ (SDS) controlaron por una semana los terrenos universitarios y paralizaron la Universidad por el resto del semestre. La prensa invocó todo tipo de causas: la ineptitud de la administración universitaria encabezada por el presidente Grayson Kirk, el distanciamiento entre autoridades y maestros respecto a los estudiantes, y la misma organización arcaica de la Universidad. Raramente se admitía, por parte de la prensa, que hubiera problemas en Columbia, problemas en torno a los cuales se había centrado la lucha estudiantil desde dos años antes del paro. Raramente se admitía que en estas luchas habían participado más estudiantes que las pocas docenas de jóvenes dirigidos por el "malvado" Mark Rudd.

¹ Estudiantes por una Sociedad Democrática.

La actividad izquierdista cobró importancia en Columbia, así como en muchas otras universidades norteamericanas, en 1965, cuando empezaron los bombardeos norteamericanos sobre Vietnam del Norte. Entonces no había SDS en Columbia. Las organizaciones que pueden ser consideradas precursoras de esta última —el Comité Independiente pro Vietnam (ICV) y la sección local de la CORE— desarrollaban sus actividades antibélicas y antirracistas especialmente contra instituciones extrauniversitarias. La CORE de Columbia había hecho manifestaciones en la Feria Mundial de Nueva York, ayudaba a organizar huelgas de inquilinos y era bastante activa dentro de la Unión Maryland por la Libertad. El ICV mandó centenares de estudiantes a Washington para la primera gran manifestación antibélica de 1965. En el verano y el otoño de 1965, el ICV empezó a hacer propaganda antibélica en la comunidad estudiantil, mediante volantes y encuestas individuales. En estos primeros meses del bombardeo a Vietnam la Universidad servía ampliamente como una especie de territorio neutral para efectuar mítines, discusiones o *teach-ins*. En la primavera de 1965 hubo una demostración antibélica de centenares de estudiantes, para protestar contra un programa de ayuda naval que realizaría la Columbia.

Ya en el otoño de 1966 muchos activistas estudiantiles consideraban que la guerra de Vietnam no era accidental, que el racismo no era un problema de psicología individual. Las guerras imperialistas y el racismo, pensaban ellos, son rasgos esenciales del capitalismo. Si los dos hechos estaban ligados, el ICV y la CORE no tenían por qué estar separadas. Se sentía la necesidad de una organización de programa múltiple que estructurara un movimiento de masas a su alrededor. La ocasión no se hizo esperar. En noviembre de 1967, varios centenares de estudiantes protestaron contra las actividades de reclutamiento de la CIA en la Universidad. Con parsimonia, el presidente Kirk arguyó: "No es deseable, ni factible ni posible para la Universidad formular juicios de valor acerca de las dependencias del gobierno federal". Los estudiantes empezaron a comprender cuántos "juicios de valor" se escondían detrás de esta supuesta neutralidad moral. La protesta contra la CIA organizó a los jóvenes y se procedió a la fundación de la SDS. Uno de sus objetivos era "exponer y combatir la naturaleza política de la Universidad". Otro era estructurar un movimiento de masas para lograr la "transformación social".

La SDS se convirtió rápidamente en dirigente de la actividad

izquierdista. En febrero de 1967 la *CIA* volvió a la Universidad para sus actividades de reclutamiento. Dieciocho estudiantes realizaron un *sit-in* de protesta. Posteriormente, para evitar escándalos, la Universidad ideó efectuar una audiencia cerrada para juzgar a los dieciocho. Cerca de 200 estudiantes acudieron a las oficinas de Kirk para exigir que la audiencia fuese abierta. En abril los enfrentamientos continuaron, esta vez con la infantería de marina. Varios cientos de estudiantes abuchearon a los reclutadores de la Marina frente al aula *John Jay*. Una banda de estudiantes derechistas atacó a los radicales. Una vez que el orden fue restablecido, el ambiente ya estaba demasiado cargado como para que los *marines* continuaran su trabajo. Al día siguiente, 200 derechistas y 800 izquierdistas volvieron a enfrentarse, levantando barricadas. Hubo refriegas, pero no un combate serio.

El acontecimiento más importante de la primavera fue el descubrimiento de las actividades del Instituto para el Análisis de la Defensa (*Institute for Defense Analysis*, *IDA*). En 1955, por iniciativa del departamento de la Defensa, un grupo de universidades fundó el *IDA* como una corporación sin fines lucrativos. Eran miembros del *IDA* una serie de universidades, y sus dirigentes eran administradores universitarios y hombres de negocios. El departamento de la Defensa concebía al *IDA* como un medio de amortiguar el recelo de los hombres de ciencia respecto de las investigaciones militares. El *IDA* funcionaba como un centro de investigación universitaria sobre asuntos militares, determinando qué investigaciones eran necesarias, quiénes podrían hacerlas y qué universidad podría realizarlas mejor.

Aunque el *IDA* se especializa en nuevos sistemas de armamento, se adapta a las cambiantes necesidades del departamento de la Defensa. Por la década de los cincuentas era la guerra nuclear lo que estaba en el orden del día. Por los sesentas, el *IDA* decidió investigar la manera de hacer frente a la creciente insurgencia, con estudios como el de "Control químico de la vegetación en relación con las necesidades militares".

Más recientemente, el *IDA* ha venido centrando su interés en los problemas de la pacificación interior, con trabajos como "Armas no letales para reforzar a los cuerpos de seguridad interna", o "Evaluación de programas presentes y potenciales contra la pobreza". En 1960, la Universidad de Columbia pasó a ser miembro del *IDA* y Grayson Kirk se convirtió en uno de sus dirigentes. Uno de

los jefes administrativos de la Universidad de Columbia, William Burden (director de compañías armamentistas o semiarmamentistas, como la *Lockheed Aviation* y la *Allied Chemical*), asumió el puesto clave de presidente del comité ejecutivo del *IDA*.

La militancia de los funcionarios de Columbia en el *IDA* se mantuvo en secreto. En marzo de 1967, en un salón universitario, el decano Ralph Halford declaró: "La Universidad de Columbia no tiene conexión alguna institucional con el Instituto de Análisis para la Defensa". Una semana después, el periódico de los estudiantes, *Spectator*, reveló que Columbia era miembro del *IDA* prácticamente desde 1960. Halford contestó, según el *Spectator*, alegando que "estas cuestiones no están al alcance ni del cuerpo docente ni de los estudiantes". Para los estudiantes izquierdistas, sin embargo, el asunto del *IDA* no podía desvanecerse tan fácilmente. Hasta entonces sus preocupaciones respecto de la guerra de Vietnam se había expresado en ataques a instituciones fuera de la Universidad. Incluso cuando se atacaba a los reclutadores en la Universidad se argüía que era debido a que la Universidad no podía cooperar con ellos, y que la Universidad misma era inocente. Pero en el caso *IDA* Columbia estaba completamente envuelta. En realidad, Columbia participaba en distintas formas en el esfuerzo bélico. Un brillante informe sobre Latinoamérica publicado por el Congreso norteamericano revelaba que el 46 por ciento del presupuesto total de la Universidad de Columbia en 1966 provenía de contratos gubernamentales, y que una cuarta parte de ellos eran contratos relacionados con la defensa. También existen documentos acerca de las ligas de Columbia con otras instituciones, con las cuales trabajó en asuntos de política exterior. La *CIA* intervenía tanto en la Escuela de Asuntos Internacionales como en la de Comercio, preparando programas para adiestrar a futuros empresarios de la expansión norteamericana. El *IDA* era sólo un compromiso más de la Universidad con los planes bélicos del gobierno, pero fue la gota que colmó el vaso. El 24 de abril de 1967, la *SDS* exigió que la Universidad de Columbia fuese separada del *IDA*.

Los estudiantes regresaron a las escuelas en el otoño de 1967 y se hallaron con la respuesta de la administración. En vista de que muchas de las actividades de la *SDS* habían consistido en manifestaciones que terminaban en las oficinas de Kirk, y que dicha organización había puesto en dificultades a los reclutadores, Kirk decidió prohibir todas las demostraciones internas. La *SDS*, a su

vez, exigió la abrogación del edicto de prohibición y procedió a ignorarlo, organizando un mitin contra la participación de Columbia en los planes de los militares. El mitin se efectuó en la biblioteca. La administración no se consideró preparada para enfrentarse a los estudiantes, y las demostraciones continuaron. Interminables series de volantes, *teach-ins*, reuniones en los dormitorios, para exponer quejas estudiantiles, y recorridos antibélicos por los dormitorios de los alumnos, colmaron todo el invierno. En octubre hubo una manifestación, cuando la *SDS* descubrió que la Escuela de Asuntos Internacionales tenía contratos secretos con la *CIA*.

La *SDS* volvió al asunto del *IDA* para hacer estallar explosivos primaverales. En febrero de 1968 la Universidad empezó a construir un nuevo gimnasio. Lo que tenía de especial este gimnasio era que se iba a erigir en un parque urbano utilizado especialmente por residentes del vecino Harlem. Por el gimnasio se pagarían 3.000 dólares de arrendamiento a la ciudad, y así resultaba baratísimo en comparación con el alquiler de la mayoría de los terrenos de Manhattan. Cuando se acordó el arrendamiento, en 1961, Columbia prometió que se darían facilidades a la comunidad cercana para usar el gimnasio, como compensación por la pérdida de una parte del parque. Se precisó que sólo el quince por ciento del espacio interior del local sería para la comunidad. El resto, incluso en tiempo de vacaciones, sería para los de Columbia. Además, la gente de la comunidad no entraría por la misma puerta por la cual entraban los estudiantes: habría puertas separadas. Para comprender por qué se hacían estos planes respecto del gimnasio hay que leer "negros" en vez de habitantes de la comunidad, y "blancos" en lugar de personal de Columbia.

En 1966 el nuevo encargado de la administración del parque atacó a Columbia por la pérdida del pedazo de parque, y las presiones de la comunidad contra el gimnasio empezaron a hacerse sentir. Todos los funcionarios locales se oponían a los planes de Columbia en este aspecto, como se oponían muchos sectores de la comunidad, y los propios estudiantes de Columbia cada vez con más rigor. Ante la creciente oposición, Columbia se limitó a conceder una pequeña alberca a la comunidad de Harlem. Cuando empezó la construcción, los estudiantes y la comunidad cooperaron en una serie de manifestaciones contra la erección del gimnasio. Columbia ignoró las protestas, excepto por los cargos que la prensa hacía

contra las veintiseis personas detenidas en las distintas manifestaciones.

Lo que el *IDA* hacía por la guerra, el gimnasio lo hacía por el racismo. El racismo no era ya un atributo de instituciones anónimas y distantes. La Universidad de Columbia era racista. Posiblemente la administración pensó que beneficiaba a la comunidad al construir el gimnasio. Quizá las pocas facilidades y la indiferencia de Columbia ante las protestas de la comunidad fueran cuestiones de capricho. Pero el gimnasio no era más que ejemplo de la política de *bulldozer* que Columbia seguía respecto de las comunidades. A través de los años, Columbia había atropellado a la gente oobre, negros o puertorriqueños, lanzándolos de sus barriadas para comprar terrenos, demoliendo edificios, elevando las rentas, dejando que las casas se cayeran en ruinas, etc.: las mismas tácticas utilizadas por los más corrompidos casatenientes neoyorquinos en los barrios bajos. La *CORE* de Columbia, y muchas organizaciones de las comunidades habían protestado durante varios años contra la política arbitraria de Columbia en la ciudad. Columbia respondía alegando su necesidad de expansión, pero era indudable que para ella resultaba más importante deshacerse de los negros. Según una declaración emitida por los "Estudiantes negros del salón *Hamilton*", Jacques Barzun, entonces directivo de la Universidad, había llamado a Harlem "territorio enemigo... siniestro, peligroso y hostil". Un documento encontrado posteriormente por los ocupantes de la oficina de Kirk decía:

"Los edificios públicos construidos en el seno de una población que no ha alcanzado satisfacción económica pueden causar ciertos disturbios en la comunidad... Los miembros de las facultades necesitan un vecindario seguro... [La Universidad] debe tener tres principios en mente: 1) no construir edificios públicos entre las calles 110 y 123 (Columbia está en la 116); 2) los locales deben ser adecuados a las necesidades institucionales; y 3) no debe haber casas de una pieza al norte de la calle 110" (estas casas constituyen lo más pobre en las cercanías de Columbia). A principios de la primavera de 1968 la *SDS* empezó a perder la paciencia. Las peticiones y protestas pacíficas causaban tanto efecto en Grayson Kirk como en Lyndon Johnson. A los ojos de muchos estudiantes la situación rebasaba ya las protestas pacíficas. La Universidad no era ya un campo neutral, un bello lugar en el que se pasaban cuatro años sin interferencia del ejército. No tenía más autonomía ni "li-

bre juicio" que el Pentágono. Los estudiantes sintieron que la Universidad andaba en malas compañías. No comprendían cómo, sirviendo al imperialismo y a los planes urbano-racistas, podía la Universidad cumplir su función.

Mientras tanto, el panorama iba cambiando. Eran más cada día los estudiantes pasantes que se daban cuenta de que pronto intervendrían en la guerra que tanto habían combatido. ¿Para qué ir más allá, o resistir? Los nuevos sentimientos de desesperación se hicieron sentir en las elecciones de marzo de la *SDS*. Los nuevos dirigentes se inclinaban menos a la agitación pacífica y moderada de años anteriores. Estaban listos para la acción directa. Y a la vieja lista de los objetivos contra los cuales se lucharía —los *marines*, la *CIA*— se agregó otro más: la Universidad de Columbia.

Los acontecimientos se sucedieron rápidamente. Primero los izquierdistas, luego la administración y de nuevo los radicales encendieron el conflicto. El 19 de marzo, el coronel Akst, del Servicio de Sistema Selectivo, habló a centenares de estudiantes sobre "El estudiantado y el reclutamiento". En medio de su plática, seis "guerrilleros" penetraron en el auditorio, vestidos con ridículos uniformes del ejército y portando una bandera de los Estados Unidos, pistolas de juguete y otras armas también infantiles. Todo el mundo se volvió a ver, con asombro, a los gritones invasores. Mientras todos miraban hacia atrás, un joven, al frente, se levantó y lanzó un pastel de limón a la cara del coronel. Entre la general sorpresa, los "guerrilleros" escaparon por las salidas laterales. El hecho se comentó jocosamente en toda la Universidad. ¿Podía atacarse al cuerpo de reclutamiento, después de todo! Con una simple broma, la nueva *SDS* se apuntaba un tanto sin necesidad de muchas declaraciones.

Pocos días después la *SDS* envió una carta exigiendo la separación del *IDA*. Kirk no quiso contestar la carta porque ¡no tenía la dirección del remitente! El 27 de marzo los estudiantes desafiaron la prohibición haciendo demostraciones internas y marchando a la biblioteca para entregar a la administración una petición contra el *IDA*, firmada por 1,700 estudiantes y por otros miembros de las facultades. Kirk respondió sometiendo a un juicio interno a seis estudiantes ("los seis del *IDA*"): el presidente y el vicepresidente de la *SDS*, tres miembros del comité directivo de la misma organización, y el líder de la sección de Columbia de la Resistencia (grupo antibélico).

Unos cuantos días después la Universidad efectuó un acto en memoria de Martin Luther King. Mark Rudd, el presidente de la *SDS*, asustó a los asistentes subiendo al estrado para denunciar el procedimiento. Aquel acto era "una obscenidad moral", dijo. Los mismos hombres responsables de la política racista de Columbia en Harlem y en otros barrios, los culpables de la detención de 26 manifestantes no-violentos en la manifestación contra la construcción del gimnasio, sollozaban ahora por el líder de los derechos civiles asesinado. Y Rudd y cuarenta de sus seguidores dejaron la Universidad.

* * *

El escenario estaba dispuesto. El 22 de abril, los "seis del *IDA*" fueron sometidos a juicio. El jueves 23 de abril la *SDS* convocó a una manifestación en la explanada, para exigir audiencias públicas para los seis y terminar con los asuntos del *IDA* y del gimnasio. Al mediodía, 500 personas se reunieron y marcharon a la biblioteca con una petición. Cuando llegaron a ella encontraron un doble bloqueo: la administración había cerrado las puertas y un grupo de estudiantes derechistas había rodeado el edificio. Los derechistas gritaban que ya estaban cansados de las actividades de la *SDS*. En esta ocasión la multitud de peticionarios era muy grande y con demasiada gente indignada como para dispersarla. Los manifestantes decidieron hacer una manifestación fuera de la Universidad, y después de rodear el edificio universitario por unos minutos la mayoría de ellos marcharon hacia el lugar donde se construía el gimnasio y derribaron las vallas que rodeaban la construcción. La policía llegó antes de que se completara la destrucción, y después de una aprehensión y un zafarrancho dispersó a los manifestantes. Descoazonada, la multitud retornó a la explanada. Alguien sugirió que se fuese a la oficina del decano Coleman, en el edificio *Hamilton*. Cuando llegaron al *Hamilton*, el decán estaba fuera. Tan pronto como llegó, Rudd le exigió que obtuviera la libertad de la persona que había sido detenida en el gimnasio. Indignado, Coleman se negó y entró en su oficina, seguido por la multitud de irritados miembros de la *SDS*. Y, sin plan preconcebido, los jóvenes decidieron tomar el edificio y capturar al decano.

El primer acto de los ocupantes fue elegir un comité directivo formado por tres miembros de la *SDS*, cuatro miembros de la Sociedad Afroamericana Estudiantil (*Student Afro-american Society*,

SAS), y dos "independientes". El primer trabajo fue elaborar una lista de demandas. Éstas fueron:

1. La medida disciplinaria aplicada a consecuencia de la manifestación interna del 27 de marzo debe ser anulada, y no deben ejercerse represalias contra los participantes en las demostraciones actuales.
2. La construcción del gimnasio de Columbia en el parque Morningside debe abandonarse inmediatamente.
3. Todas las relaciones con el IDA deben liquidarse, incluyendo la participación del presidente Kirk y el directivo Burden en el comité ejecutivo del IDA.
4. El edicto que prohíbe las demostraciones internas debe ser anulado.
5. Todas las futuras medidas disciplinarias deberán tomarse por un comité bipartito del cuerpo docente y los estudiantes, después de una audiencia abierta en la cual se haya seguido un proceso justo.
6. La Universidad debe interponer sus buenos oficios para que se anulen las acusaciones contra las personas detenidas en el gimnasio.

La primera demanda, la amnistía para los que participaban en la demostración del momento, era una condición previa para negociar los otros puntos.

Tan pronto como empezó la ocupación, David Truman, vicepresidente de la Universidad, informó a Coleman por teléfono que discutiría los problemas con los estudiantes si éstos dejaban en libertad al decano y se dirigían al auditorio *Wolman* para hablar con él. Los estudiantes se daban cuenta de que en esta etapa el decano capturado era su carta de triunfo para cualquier negociación. Debido a experiencias previas, no confiaban en la buena fe de Truman si soltaban a Coleman. Así que contestaron a Truman que si realmente quería discutir se dirigiera a donde ellos estaban. Truman se negó.

Cuando llegó la noche, varios negros de la comunidad se unieron a los jóvenes del edificio *Hamilton*, y los estudiantes tuvieron que pensar en las alternativas que se les presentaban. Los negros, estudiantes y gente de la comunidad, separados de los blancos, propusieron no sólo mantener la ocupación hasta el día siguiente, sino

levantar barricadas en torno al edificio, para no dejar que nadie asistiera a las clases el miércoles. Esta proposición dividió profundamente a los blancos. Los riesgos habían aumentado mucho; nadie se los imaginaba al mediodía, cuando se habían formulado las peticiones. Si los estudiantes simplemente se quedaban en el edificio, incluso manteniendo prisionero al decano (como los reclutadores de la CIA habían sido presos en otras universidades), ese acto todavía era simplemente la manifestación de una protesta. Estaban presentando demandas específicas, que en principio al menos podían ser negociadas. Pero si levantaban barricadas, la cuestión sería más seria, ya no una simple protesta. En este caso se estaría impugnando el poder de las autoridades universitarias, autoridades de una institución capitalista de importancia. Ellos estarían protestando no sólo por sus problemas concretos del momento, sino también por el militarismo y el racismo de la Universidad. Algunos estudiantes lo consideraron así. Una muchacha nos dijo: "Estaba harta de protestas morales. Yo ya no quería otro *sit-in*; en estos actos usted se sienta a esperar a los policías, para ser apaleado". Otros estudiantes se inclinaban a apoyar a los negros, especialmente en aquel momento en que la gente de la comunidad había acudido al edificio. Pero la mayoría de los blancos no estaban preparados para este salto y votaron contra la erección de barricadas.

A las cinco de la mañana, después de un largo debate, los negros informaron a los estudiantes blancos que, en vista de que estos últimos no habían asumido una posición firme, ellos tendrían que irse. Muchos de los blancos volvieron a sus casas, demasiado cansados y deprimidos para seguir adelante. Otros se indignaron, ya que no querían permanecer en el edificio sin estar "lado a lado con sus hermanos negros". Un grupo de cerca de doscientas personas decidió tomar un edificio por su cuenta y rodearlo de barricadas. Precedidos por un grupo de avanzada, marcharon directamente a apoderarse del símbolo del poder de Kirk: la biblioteca. Rompieron la puerta exterior y después la puerta de la oficina de Kirk. Con cada puerta rota, los estudiantes gritaban regocijados. La destrucción de la propiedad, el romper e invadir excitaba sus ánimos "revolucionarios" de clase media. Una vez adentro, se quedaron allí seis días. Los estudiantes de la biblioteca tenían escasa idea de lo que estaban haciendo y de adónde los conduciría. Todo lo que sabían era que estaban haciendo algo para apoyar a los negros, que no podían dejarlos solos y aislados. Habían soportado

muchos fracasos y frustraciones en los pasados meses, y especialmente en las últimas veinticuatro horas. "Corremos desde el gimnasio; corremos desde el *Hamilton*; ya no corramos de aquí; quedémonos", decía un estudiante. Nadie esperaba que aquello durara mucho. En las primeras horas, lo que más se discutía no era la ocupación misma, sino lo que harían cuando llegara la policía. Todos sentían que dentro de algunas horas empezarían las aprehensiones.

A las 7.30 de la mañana del miércoles llegó la policía. La mayoría de los estudiantes que estaban en la biblioteca saltaron por las ventanas y escaparon, quedándose un par de docenas adentro. Extrañamente, la policía no se dedicó a molestar a estos estudiantes. Estaba interesada en algo más que reprimir demostraciones políticas o de protesta: había llegado a rescatar un Rembrandt perteneciente a Kirk, y un televisor.

El miércoles transcurrió entre lluvia y caos. Cerca de las nueve de la mañana los estudiantes empezaron a vagar por la explanada. El lugar estaba repleto de policías. Dos edificios estaban ocupados. El decano seguía prisionero. Algo había ocurrido, pero nadie tenía clara idea de ello. Incluso los protagonistas, los ocupantes de los edificios, parecían más preocupados por la cuestión del desayuno que por la vida en oficinas y salones de clase. A medida que el día avanzaba, un rumor sucedía a otro: la policía liberaría al decano; los estudiantes de la biblioteca habían mutilado el Rembrandt y se bebían el licor de Kirk; los negros del *Hamilton* estaban armados y listos para luchar; el "pueblo" [de Harlem] vendría a quemarlo todo.

Para los estudiantes izquierdistas que habían participado en las actividades del día anterior y se habían retirado durante la noche, el *Hamilton* era el centro de la actividad y la biblioteca algo accidental. Rondaban en gran número alrededor del edificio *Hamilton*, atrayendo a grupos de irritados derechistas que a su vez los rodeaban a ellos. Durante todo el día se pasaron alimentos a los ocupantes y éstos mandaban afuera la basura. Una muchacha blanca regresó de comprar alimentos con una lata de pintura roja y empezó a pintar "GIMNASIO NO" en las paredes del edificio *Hamilton*. A medida que daba grandes pinceladas, la gente prorrumpía en exclamaciones o reía nerviosamente —; después de todo, uno no puede pintar un edificio universitario! En cierta manera, este acto aclaró las cosas más que muchos volantes. Si usted ocupa un edificio, ese edificio es suyo. Pero los derechistas se lanzaron contra

los pintores. Al instante, varios estudiantes negros aparecieron en un balcón del edificio *Hamilton* y rechazaron a los derechistas con ráfagas provenientes de un extintor de incendios. En sus paredes, el edificio *Hamilton* explicaba su propia ocupación: "GIMNASIO NO".

Durante la tarde del miércoles mucha gente se dirigió a la biblioteca, por curiosidad o para apoyar a los estudiantes. Por la noche se efectuó un mitin en el cual los estudiantes convocaron a un paro contra la Universidad de Columbia. Poco después, dos edificios más fueron "liberados": el *Avery* por los estudiantes de Arquitectura, y el *Fayerwether* por los graduados de Sociología e Historia.

El jueves fue tenso. La administración, tratando de impedir a las personas que estaban en el exterior de los edificios el acceso a la explanada, cerró ésta al público y todas las entradas fueron cubiertas. Ese día la Universidad anunció que a petición del alcalde Lindsay se había suspendido "temporalmente" la construcción del gimnasio. A la una de la mañana del viernes fue ocupado otro edificio, el *Math*. En respuesta, la administración informó al cuerpo docente y llamó a la policía.

Muchos de los profesores se indignaron por este hecho. Se estuviera o no con los estudiantes, el llamar a la policía era una "vergonzosa violación de la autonomía universitaria". Un grupo de profesores anunció que, en previsión de estallidos de violencia —policiaca o estudiantil—, resguardaría físicamente los edificios ocupados. Esa noche, un grupo de hombres vestidos de civil y enviados por la administración para expulsar a los estudiantes de la biblioteca se encontró con un grupo de miembros del cuerpo docente que, brazo con brazo, formaban un cordón. Como los servidores de la administración tenían órdenes de despejar el edificio, cargaron contra los profesores. Por lo menos uno de los catedráticos fue golpeado. Después de este embarazoso episodio, el cuerpo docente convenció a la administración de que no debía llamar a la policía, sino cerrar la Universidad el viernes y aprovechar el fin de semana para entablar negociaciones. (Paradójicamente, en los días siguientes las guardias formadas por el cuerpo docente hicieron el papel policiaco que los propios profesores habían objetado. Se interponían entre los ocupantes de los edificios y los estudiantes derechistas que estaban en el exterior cuando amenazaba la violencia, y servían de inspectores, revisando las credenciales del personal que entraba en

los terrenos universitarios, todo esto con objeto de alejar a los "agitadores extraños".)

Mientras tanto, se desarrollaba un nuevo tipo de vida en el interior de los edificios. Como la gente había aprendido a vivir con la amenaza policiaca en mente, las medidas defensivas se convirtieron en el centro de las preocupaciones estudiantiles. Las ventanas fueron cubiertas para impedir la entrada de granadas lacrimógenas o proyectiles, y no faltaron voluntarios para hacerlo. Se usaron los salones de clase como habitaciones. Los alimentos, las sábanas y las medicinas tenían que ser obtenidos del exterior y distribuidos entre centenares de ocupantes. Se mantenían las comunicaciones entre los diferentes edificios, y el viernes se fundó un "Comité Coordinador de Huelga", compuesto de dos representantes de cada edificio ocupado. Con todas estas actividades como trasfondo, las discusiones llenaban las veinticuatro horas del día. En la biblioteca, una sala era el dormitorio, otra se reservaba para discusiones informales, y otra más para debates más serios, para discusiones de alto nivel sobre la táctica a seguir ante el rápido desarrollo de la situación. Los temas variaban, desde el imperialismo y el racismo hasta las tácticas más adecuadas: cómo tratar con el cuerpo docente, con la administración, con los derechistas y con la policía. Casi nunca se organizaban discusiones estructuradas, como las de los contracursos italianos. Inevitablemente, la policía llegaría pronto e interrumpiría a los jóvenes, de manera que no tenía caso planificar o proyectar los cursos. Como el tiempo era escaso, las discusiones eran intensas; como el espacio era limitado, todos se agrupaban estrechamente. A medida que se desarrollaba el espíritu de comunidad, los de mayor experiencia política inducían a los demás a participar, y así las decisiones se tomaban después de una plena comprensión de lo tratado. Muchos estudiantes pasivos o apolíticos resultaron líderes al terminar la ocupación.

Ser ocupante no era fácil, ni tampoco curiosear. Era difícil entrar en los edificios tomados, ya que todas las puertas estaban defendidas con barricadas. En el interior, cada detalle de la existencia física era una prueba de resistencia. Para usar un solo baño y un dormitorio cerca de ciento cincuenta personas, resignarse a comer emparedados de queso y llevar la misma ropa todos los días había que tener clara idea de para qué se estaba allí. A esto se agregaba el constante sobresalto. Todos sabían que la policía llegaría de un momento a otro, y muchos tenían bastante que perder cuando eso

ocurriera. Ser expulsado de la escuela podía significar ser reclutado y mandado a Vietnam. Para muchos de los ocupantes la amnistía no era un problema teórico, sino cuestión de vida o muerte. Naturalmente, siempre se podía salir del edificio y hallar alguna forma de ayudar desde afuera. Pero a medida que transcurría el tiempo, cada hora significaba mayor compromiso con los demás ocupantes, y las oportunidades de irse se reducían. Pocos se fueron.

No todo era feo y tormentoso, por supuesto. En el edificio *Fayerwether* se casó una pareja durante la ocupación. A los ocupantes de la biblioteca les resultaba divertido vivir en el santuario particular de Grayson Kirk. Los mismos revolucionarios endurecidos que habían roto las puertas para entrar se mostraban muy cuidadosos con el mobiliario —; tenían que sufriera arañazos! No se podía mover nada, ya que hacerlo significaba "vandalismo" o una especie de sacrilegio. Se hacían bromas acerca de los ruidos de las ventanas, de los trozos de yeso que caían de las paredes, etc. Algunas personas investigaron en los archivos de Kirk para descubrir los documentos acerca del *IDA* o los planes de la Universidad en Harlem. Varios estudiantes alegaban que los convenios y planes de la Universidad debían ser conocidos por aquellos a quienes afectaban, y había que buscar los documentos. Los buscadores fueron compensados con el descubrimiento de la tarjeta de reclutamiento de Kirk, que rápidamente enviaron a su junta reclutadora. Mientras esto ocurría y abundaban las discusiones sobre el imperialismo, un pequeño grupo de ocupantes se retiraba a un rincón noche y día para jugar a la "diplomacia".²

Aunque la ocupación no hubiera tenido peso político, era ya la experiencia más importante en la vida de muchos de los ocupantes. El modo de vida impuesto por una universidad es altamente individualizado. Los exámenes, documentos, grados, etc., incitan a asumir una actitud de egoísta competencia (de hecho, se requiere esa actitud en toda competencia). Dentro de los edificios *nadie* podía vencer, *nadie* podía sobreponerse: se era o no se era. La gente pensaba acerca de su "comuna" como uno piensa acerca de su familia. Los lazos entre los grupos se hacían tan entrañables que nadie quería cambiar de edificio, ni dejarlo, excepto por necesidad. Los jóvenes empezaron a comprender que la existencia convencional e

² Juego de habilidad y agilidad mental en el que se supone que participan las grandes potencias de la primera guerra mundial. Se hacen pactos, traiciones, alianzas, batallas, etc., hasta que resulta un vencedor (N. del T.).

individualizada de mucha gente no es "natural", sino un resultado natural del sistema capitalista. Al luchar contra este sistema estaban creando y experimentando una forma distinta de sociedad.

En el exterior, una vez pasada la sorpresa ante los actos audaces de los miembros de la *SDS* y de la *SAS* al ocupar los edificios, los estudiantes y el cuerpo docente volvieron a las discusiones, que continuarían todos los días siguientes. El valor real de la ocupación consistía en enfrentar a la mayoría de los estudiantes con un problema propio. Habían tenido que enfrentarse a la idea de que su responsabilidad respecto de la guerra y el racismo era algo que permeaba su vida diaria de estudiantes. Lo que Columbia tenía que ver con el *IDA*, lo que Columbia tenía que ver con Harlem y con Vietnam eran cuestiones que afectaban a los estudiantes.

Las ocupaciones habían colocado más gente en su lugar que la campaña de McCarthy. Nosotros escuchamos la típica afirmación jocosa de una clásica "niña bien" universitaria: "¡Ay, me siento tan avergonzada!" Lo que más preocupaba a la gente eran dos cuestiones fundamentales: ¿Estaban la *SDS* y la *SAS* justificadas en sus tácticas, independientemente de que sus demandas fueran justas? Y si esas tácticas estaban justificadas, ¿no era demasiado lo que se pedía con la demanda de amnistía?

El jueves y el viernes fueron calurosos y soleados. Miles de jóvenes se sentaron todo el día en el césped, formando pequeños grupos que esperaban y discutían. Una y otra vez escuchábamos la misma reflexión: "Apoyo sus demandas, pero no sus tácticas". Hay formas legítimas de protesta y otras que no lo son. Secuestrar a un decano, ocupar los edificios e impedir a maestros y alumnos que acudan a sus clases y oficinas era ilegal. Los fines no podían justificar los medios; de otro modo, cualquier grupo de personas con mentalidad y actitudes de tropa de asalto podía tratar de forzar a la Universidad a satisfacer sus pretensiones.

El Comité Coordinador de Huelga contestó que no era una débil minoría la que estaba tratando de hacer su voluntad dentro de la comunidad universitaria. Miles de estudiantes y otras personas apoyaban sus demandas. A lo largo de varios años ellos habían utilizado todos los medios legales para conseguir que al fin la Universidad discutiera las cuestiones del gimnasio y del *IDA*. Y a quienes impugnaban sus tácticas les respondieron:

¿Dónde estaban ustedes a principios de este año, cuando 400 estudiantes acudieron pacíficamente a la biblioteca para entregar

a Grayson Kirk una carta en que se pedía la separación del *IDA*? La única respuesta de Kirk a esta carta fue que "no podía contestarla porque no tenía la dirección del remitente". ¿Qué sucedió con los métodos legales de discusión cuando la *SDS* desafió a Kirk a discutir el problema del *IDA* y no obtuvo respuesta? ¿Dónde estaban ustedes cuando se realizaron manifestaciones pacíficas en el lugar donde se construye el gimnasio, y cuando la Universidad acusó de transgresión a un ministro? ¿Y dónde estaban cuando la *SDS* entregó una petición acerca del problema del *IDA*, firmada por 1 700 personas, y la administración respondió sancionando a seis compañeros por haber entrado al edificio donde estaban las autoridades?

Otra declaración del Comité Coordinador de Huelga ampliaba la réplica de este modo: "Estamos enfrentándonos a una administración determinada a ejercer un poder absoluto en la dirección de la Universidad, como si ésta fuera un feudo medieval". Y en un volante se afirmaba: "La ayuda intelectual sin la acción no vale nada. A través de los años hemos actuado dentro de caminos estereotipados... y fuimos rechazados siempre, en forma ruda e irresponsable. Por eso las acciones que ahora emprendemos son necesarias y justas". Algunos críticos centraron sus ataques en lo que llamaron "la violencia". Por ejemplo, el cuerpo docente se reunió y votó unánimemente "condenar la violencia, incluyendo la ocupación de los edificios", y reprobó el "secuestro" del decano Coleman. Otros se mostraban más preocupados por las posibilidades de violencia de parte de la policía, de la comunidad o de los derechistas. Centenares de estudiantes patrullaban portando brazales verdes y decididos a mantener la paz a toda costa. Urgían al Comité Coordinador de Huelga a que procediera a elaborar un plan de reestructuración de la Universidad, con lo que no volverían a ocurrir incidentes como el que entonces se presentaba. Aconsejaban la reconciliación como único medio de evitar el conflicto.

El Comité Coordinador de Huelga objetó de nuevo: "Cuando la administración dice: «Dejen a Coleman», nosotros decimos: «Suelten a Fred Wilson [el manifestante detenido en la demostración del gimnasio]. También él es un prisionero.» Una declaración posterior señalaba: "Los estudiantes no quieren violencia. Es la Universidad la responsable de ejercer la violencia y lanzar amenazas de violencia: violencia contra la gente de Harlem y de Morningside Heights al expropiar su parque; violencia contra el pueblo

de Vietnam al colaborar con el *IDA*; violencia contra los estudiantes al negarles el derecho de participar en decisiones que los afectan, y por utilizar a la policía contra los estudiantes que ejercen sus derechos". En realidad, decía la declaración, la "esencia" del pliego de seis demandas era un "llamado a la Universidad para que termine con sus violencias y amenazas de violencia contra los estudiantes y la comunidad".

Algunos críticos, entre ellos varios que se consideraban izquierdistas, arguyeron que las tácticas eran, cuando menos, autoderrotistas. La Universidad es vuestro altar del pensamiento libre, decían. Ustedes no deben dañar o destruir una institución consagrada al pensamiento y la enseñanza. Pero los estudiantes que ocupaban los edificios rechazaron acremente este concepto, considerándolo anacrónico, y declararon: "La torre de marfil está hecha añicos. Nadie puede seguir manteniendo la ilusión de que la Universidad de Columbia está al margen de los conflictos mundiales... para lograr una universidad progresista se requiere una lucha continua".

Pero, a fin de cuentas, todas estas críticas y cavilaciones cedieron ante la realidad. Las ocupaciones eran un hecho. Las líneas habían sido trazadas: aquellos que se oponían a las demandas de la *SAS* y de la *SDS* estaban en libertad de rechazar sus tácticas. Pero tan pronto como la ocupación se hizo extensiva a un tercero, un cuarto y un quinto edificios; tan pronto como se prolongó dos, tres y cuatro días, y tan pronto como la oposición derechista empezó a fortalecerse, los que apoyaban las demandas del paro se vieron obligados a apoyar a los ocupantes de los edificios.

La cuestión que pasó a primer plano fue la demanda de amnistía total. Al principio se demandó la amnistía para los que estaban en los edificios. En toda huelga obrera, una de las demandas es que no haya represiones contra los huelguistas ni contra sus dirigentes. Los estudiantes procedían en la misma forma. Casi inmediatamente el asunto se convirtió en el centro del debate. Algunos pensaban que esa demanda no armonizaba con las demás, ni con la lógica de la acción. El *Spectator* de Columbia, por ejemplo, declaró su apoyo a las demandas relativas al gimnasio, a la prohibición de las manifestaciones internas y a los lazos con el *IDA*, pero consideró que las cuestiones disciplinarias debían ser tratadas posteriormente. Apoyó la demanda de creación de un comité dual del cuerpo docente y los estudiantes, y de que se efectuaran audiencias abiertas, considerando que tal procedimiento debía aplicarse

en el caso debatido en ese momento. Otras personas que apoyaban las demandas y las tácticas de los ocupantes argüían que la exigencia de amnistía debilitaba la posición moral de los estudiantes. Se invocaba la doctrina de desobediencia civil de Martin Luther King, según la cual uno tiene el derecho y el deber morales de resistir y protestar contra leyes, reglamentos o actos injustos, pero debe estar preparado para aceptar las penas impuestas por esa resistencia. La desobediencia civil desafia las leyes injustas, no la autoridad de los ejecutores de las leyes.

Incluso en el interior de los edificios ocupados había crecientes discrepancias acerca de la amnistía. Un grupo de ocupantes consideraba que la demanda de amnistía dejaba en segundo lugar otros problemas y dificultaba las negociaciones. El asunto de la amnistía sólo creaba confusión en la masa estudiantil y alarmaba al cuerpo docente. Casi como una cuestión de *noblesse oblige*,³ el Comité Coordinador de Huelga debía, según ellos, dejar pendiente la demanda de amnistía y negociar para que se hicieran concesiones sustantivas en los asuntos de importancia *real*. La mayoría del Comité Coordinador de Huelga, sin embargo, insistía en que lo que opinaban los opositores a la demanda era que, por más que las autoridades pudieran estar obcecadas y equivocadas, no dejaban de ser las autoridades y eran, *ipso facto*, legítimas. Pero de hecho, declaraba el comité, la administración de la Universidad no era legítima; y señalaba:

"Nosotros... creemos en el derecho de toda persona a participar en las decisiones que afecten su vida. Una institución es legítima si es una estructura en la cual se ejerza ese derecho colectivo. Las personas perjudicadas por una institución ilegítima tienen derecho a cambiarla.

La Universidad de Columbia ha sido gobernada en forma no democrática. Una administración responsable únicamente ante los altos directivos ha tomado decisiones que afectan profundamente a los estudiantes, al cuerpo docente y a la comunidad. Ha expropiado un parque para construir un gimnasio. Ha participado, con su ingreso en el *IDA*, en la lucha contra la autodeterminación de los pueblos. Ha formulado reglamentos y castigado a varios estudiantes arbitrariamente, con el propósito de suprimir una protesta justificada. Las actividades de la administración en la presente cri-

³ "Nobleza obliga". En francés en el original.

sis la han mostrado tal cual es: el organismo irresponsable y antidemocrático que ha sido siempre.

Nuestro objetivo es crear una activa democracia en la que todos participen, para reemplazar a la actual administración represiva. La concesión de la amnistía es una condición básica para dar ese paso, ya que establece la ilegitimidad de la estructura existente. La garantía de amnistía es la base formal para el establecimiento de un nuevo orden, en el cual una autoridad ilegítima no deberá interferir en los derechos de las personas vinculadas a la Universidad".

La amnistía era, pues, el tema *central* y no una desviación de los problemas "reales", señalaban los ocupantes. Si nosotros, decían, "hacemos concesiones, esenciales o no, en lo que a la amnistía se refiere, podremos obtener el cumplimiento de otras demandas nuestras. Sin embargo, habremos perdido algo esencial: la impugnación de la administración como ilegítima".

La amnistía era la cuestión fundamental; las otras demandas quedaban subordinadas a ella. La posición ante la amnistía reflejaba la actitud global de cada quien respecto de la sociedad y de la Universidad. Una actitud tibia ante la amnistía no impedía reconocer que la administración había cometido un error en los asuntos del *IDA* y del gimnasio. Cometió otro error al ignorar las protestas legítimas y masivas. Pero la administración era legítima. Como consecuencia de lo anterior, continuaba la tesis, la Universidad debe ser *reestructurada* para que dé a los estudiantes medios más adecuados para hacer valer sus protestas. Los estudiantes y el cuerpo docente necesitaban una fracción del poder; la proporción de la misma era un asunto a discusión. Después de la discusión sobre la reestructuración, las negociaciones debían abordar los temas del *IDA* y del gimnasio. Se consideraba que el perdón, no la amnistía, era una medida razonable por cuanto los inconformes no habían expresado su protesta legalmente.

Por otra parte, sostener la demanda de amnistía era cuestionar la naturaleza y las funciones de la Universidad. ¿Para qué servía una universidad? ¿Ante quién es responsable: ante los estudiantes, el cuerpo docente, la comunidad o los privilegiados del comité directivo? ¿Sirve la Universidad a las necesidades escolares y estudiantiles o a los intereses del aparato militar-industrial? ¿Quién tiene el poder en la Universidad y cómo lo utiliza? Las cuestiones específicas, como la del gimnasio, podían arreglarse mediante ne-

gociaciones, pero el problema del poder y de sus usos era una cuestión de fuerza; "el poder nunca se regala; debe ser tomado por aquellos que consideran justa su causa" (volante de la *SDS*).

Ninguno de estos asuntos podía ser fácilmente resuelto, y mientras tanto, la ocupación continuaba. Había constantes rumores acerca del fracaso de las actividades estudiantiles, ya que la policía salía y entraba en la explanada libremente. Los profesores circulaban en torno, un poco despistados, tratando de entender cómo se había roto el viejo orden y cómo podía controlarse la situación, tratando asimismo de conciliar a los estudiantes y la administración. Surgieron grupos de estudiantes inconformes con la ocupación. Uno de esos grupos, que optimistamente se llamaba a sí mismo "Coalición Mayoritaria", bloqueó la biblioteca, tratando de forzar a los ocupantes a abandonarla por hambre. Otros estudiantes, que apoyaban la ocupación, trataron de romper las líneas de los "mayoritarios", y cuando fracasaron en su intento se dedicaron a lanzar alimentos a los ocupantes por las ventanas. Los profesores, situados entre los ocupantes y sus sitiadores, señalaban cortésmente los lugares donde debían ser lanzados los alimentos.

El viernes, centenares de estudiantes negros de secundaria y de preparatoria rompieron las líneas policiacas y entraron en los patios universitarios, dirigiéndose algunos a los edificios. Los dirigentes del Comité Coordinador Estudiantil no Violento, Rap Brown y Stokely Carmichael, fueron literalmente arrastrados a través de las filas policiacas. Los líderes, después de discutir con los negros que habían estado en el salón *Hamilton*, pidieron que Brown leyera las demandas de los estudiantes negros (más o menos, las mismas contenidas en los seis puntos del Comité Coordinador de Huelga), y se marcharon, anunciando que irían a Harlem en busca de apoyo. El temor ante la actitud de los habitantes de Harlem, más que nada, evitó que la policía interviniera el resto de la semana. El viernes y el sábado fueron días hermosos y la explanada se vio repleta de estudiantes. Podía pensarse en unas "vacaciones", pero en Columbia había gran actividad. Incluso los estudiantes neutrales llegaban a la explanada para intervenir en las interminables discusiones. Un estudiante declaró: "Aprendí más en esos pocos días que en toda mi estancia en la Universidad de Columbia".

Las autoridades universitarias alternaban las amenazas con los llamados a la reconciliación. Como estrategia básica trataban de convencer a los negros de que los blancos sólo los estaban usando

y acabarían por traicionarlos. Así, las autoridades ofrecieron la amnistía a los negros exclusivamente, junto con algunas concesiones en la cuestión del gimnasio. Los negros rechazaron las ofertas y siguieron unidos a los blancos en las demandas comunes.

Llegó la noche del lunes. La administración y la policía habían decidido que, en fin de cuentas, no había mucho peligro de que Harlem defendiera a los estudiantes. Esperaron a que entrara bien la noche, hora en que calculaban que los habitantes de Harlem se irían a dormir, y entonces se movilizó la policía. Los primeros detenidos fueron los estudiantes del *Hamilton*, en forma por demás pacífica. La policía, cosa rara, no quería ser acusada de brutalidad, ya que altos funcionarios de la ciudad y luchadores por los derechos civiles estaban atentos a su intervención. No hubo, pues, incidentes por el momento. Pero entonces la policía se dirigió a los otros edificios. Generalmente a los policías se les paga para que sofoquen desórdenes; pero esa noche, en la Universidad, fueron los policías los que provocaron el desorden. Arrastraban y sacaban a los jóvenes que se resistían y los golpeaban cuando los tenían en sus manos. Arrojan afuera los muebles y golpeaban a espectadores y periodistas. Tres horas duró la acción. Cuando terminó habían sido detenidas 720 personas y centenares habían sido golpeadas o heridas.

Al día siguiente, el sociólogo Kenneth Clark y el comisionado de la ciudad para los Derechos Civiles, William Booth, dirigieron una carta abierta a la policía. Habían presenciado los acontecimientos de la noche anterior y elogiaban a la policía por su comportamiento con los negros. Pero con los blancos había sido otra cosa. Clark y Booth contaban cómo, después que los ocupantes habían sido desalojados de un edificio, la policía tiraba libros y muebles, rompía sillas, etc. Los dos habían observado estos hechos. El propio Grayson Kirk, ante las ruinas de su oficina, preguntó: "¿Qué clase de gente pudo haber hecho esto?"

¿Qué clase de gente era la que había causado daños a la *propiedad*? Durante la noche, cientos de estudiantes habían sido atendidos por los médicos; muchos fueron enviados al hospital. Muchos espectadores, entre ellos un catedrático, fueron heridos y golpeados. La mayoría de los estudiantes no habían buscado la violencia; ésta fue gratuita.

Un joven doctor que llegó a la explanada para atender a los

heridos, dijo: "Vi a un policía que arrastraba a un muchacho de las piernas y lo pateaba deliberadamente en los genitales".

Durante la ocupación, la administración, apoyada lealmente por la prensa diaria, había sostenido que la toma de los edificios era obra de una "pequeña minoría" de "extremistas". En realidad, no sólo había miles de estudiantes en los edificios sino que centenares más participaban en las actividades auxiliares.

Otros centenares formaban las brigadas de simpatizantes pacifistas, con sus brazales verdes. Y además de todos los citados, posiblemente miles más apoyaban todas o algunas de las demandas de los ocupantes. El apoyo provenía de una gran variedad de organizaciones estudiantiles y de líderes, incluyendo al presidente y al vicepresidente del Consejo Universitario, así como al dirigente de los pasantes, quienes conjuntamente con muchas otras personas firmaron una declaración apoyando toda la lista de demandas, incluyendo la amnistía. Sin embargo, era sólo una minoría (aunque grande en términos absolutos) la que *activamente* se movilizaba en la ocupación.

El golpe policiaco lo cambió todo. El martes por la mañana, el *Spectator* expresó los sentimientos de la mayoría de los estudiantes: en lugar del editorial mostraba un gran espacio vacío, encuadrado por gruesas rayas negras. El martes fue un día traumático y centenares de jóvenes retornaban a sus casas desde los tribunales, para atender sus heridas. La grave impresión recibida se tornó en furia contra la policía, contra los patrocinadores de la Universidad y, sobre todo, contra Grayson Kirk y David Truman. Se convocó otra vez a un paro general contra la Universidad.

Después de unos cuantos días de discusión, los líderes huelguistas decidieron que cualquier grupo de 70 personas —estudiantes o no— podía enviar un delegado al nuevo Comité Coordinador de Huelga, que se había ampliado. El CCH declaró que asistir a clases o reuniones con los profesores dentro de los recintos académicos universitarios era romper el paro. Al fin de la semana, el ochenta por ciento de los estudiantes pregraduados estaban en huelga, junto con muchos otros del resto de la Universidad. Más de 6 000 estudiantes, así como centenares de personas de la comunidad, estudiantes preuniversitarios y empleados de la Universidad, estaban representados en el CCH.

Era una gran victoria de la izquierda. No sólo la *SDS* estaba dirigiendo a un gran número de estudiantes en una lucha seria y

sustancial, sino que ese gran número de estudiantes venía tomando iniciativas por parte de sus miembros. A través de toda la Universidad, en cada escuela y departamento, los estudiantes estaban exigiendo cambios radicales en el sistema educativo universitario. Miles de estudiantes mandaron representantes al Comité Coordinador, con instrucciones de apoyar los seis puntos. Estudiantes que no habían reflexionado mucho sobre Vietnam denunciaban ahora al *IDA*. Estudiantes que habían trabajado para McCarthy hablaban ahora de revolución.

Crecer prácticamente de la noche a la mañana, de una minoría evidente a una gran organización estudiantil, no había sido fácil, y el Comité Coordinador de Huelga pronto dio muestras de ello. Representaba tanto a estudiantes que habían despertado políticamente la noche de la agresión policiaca, como a veteranos de la *SDS* con muchos años de experiencia en la lucha de la izquierda. Había estudiantes víctimas de la brutal represión policiaca y estudiantes que todavía llevaban vendajes. Había estudiantes que habían guardado años de resentimiento contra las cátedras impersonales y contra los infantiles reglamentos de los dormitorios, y ese resentimiento había salido a luz por vez primera durante la ocupación. Y había militantes que lamentaban las dificultades de la comunidad.

Para los estudiantes menos politizados y los liberales, la invasión policiaca era el problema fundamental (la policía siguió ocupando los terrenos universitarios por unos días). La presencia de polizontes en la Universidad era una prueba más palpable de la crisis universitaria que el "imperialismo", y los polizontes, en fin de cuentas, podían ser retirados. "La policía debe irse", decían los volantes; "una universidad libre necesita de una sociedad no represiva". Kirk y Truman eran, naturalmente, obstáculos a la reforma; así que Kirk y Truman debían largarse junto con la policía. Pero para los veteranos de la ocupación la policía y las autoridades internas eran sólo los símbolos de la crisis de la Universidad, no sus raíces. "Los polizontes no son el problema", afirmaban en sus volantes. Los policías no habían hecho más que hacer comprender a la gente "lo violenta que es la Universidad". El *IDA* y el gimnasio, la guerra y el racismo: éstos seguían siendo los problemas.

Las discrepancias también se hacían notar en cuanto al papel de la Universidad. Los estudiantes más liberales y menos radicales pensaban que la Universidad podía ser "reestructurada" mediante

cambios administrativos y de procedimiento, con el objeto de crear una comunidad democrática de maestros y estudiantes. Lo que había sucedido, pensaban, era que la administración había perdido el contacto con los estudiantes y con la gente de la comunidad. Si los estudiantes tenían algo que señalar respecto de la disciplina, los planes de estudio, el sistema de grados, el *IDA* y la situación real de la Universidad, podían hacerlo por los canales democráticos y legales, tratando de evitar disturbios como los que habían ocurrido. Ergo, lo que el Comité Coordinador debía hacer era dedicarse con empeño a la tarea de reformar la Universidad.

Los estudiantes más radicales, miembros de la *SDS*, y muchos de los que habían ocupado los edificios, hacía bastante tiempo que habían perdido interés en compartir el poder. No dudaban que la Universidad podía ser reformada y que los estudiantes podían ayudar a acelerar ese proceso, pero, ¿quién quería acelerarlo? La Universidad estaba tan integrada en el autoritario sistema capitalista como el ejército. De hecho, su papel complementaba el del ejército. La Universidad no dejaría de ser cómplice del imperialismo; se lo impedían sus contratos con los militares y la ayuda financiera que le daban los monopolios. La Universidad no podía ser más justa, democrática y veraz que la sociedad a la cual servía. Así que antes de pensar en acelerar las reformas universitarias habría que pensar hacia dónde se va con ello y hasta dónde se puede llegar en esa labor en la actual sociedad.

La división era evidente. En forma por lo demás bastante comprensible, los liberales se impacientaban por realizar algo constructivo que hiciera de la Universidad un lugar habitable. Lo que los izquierdistas propugnaban les parecía obstaculizador, vengativo, o de plano irrealizable. Naturalmente, a los radicales la línea "reestructuradora" también les parecía irrealizable. Quizá en marzo esa línea tenía algún peso, pero muchas cosas habían ocurrido desde entonces. Ahora ya no tenía más interés reestructurar la Universidad que reestructurar el Pentágono. Había que cambiar radicalmente la sociedad entera. No había respuestas fáciles para los estudiantes menos izquierdistas; a éstos los revolucionarios sólo podían ofrecerles la perspectiva de una lucha dura y larga. A mediados de mayo, el Comité Coordinador se dividió, saliendo de él los moderados para formar el grupo estudiantil pro reestructuración universitaria (*Students for a Restructured University*, *SRU*). El *SRU* permaneció fiel a los seis puntos originales, pero dedicó sus esfuer-

zos a formular planes para reformar la Universidad. El Comité Coordinador de Huelga siguió concentrándose en los problemas que trascendían el recinto universitario.

Estas divergencias lo complicaron todo en las siguientes semanas. Lo principal en el resto del año fue que la Universidad permaneció cerrada. El Comité Coordinador de Huelga decidió hacerse cargo de las funciones educativas de la Universidad. Urgió a los miembros del cuerpo docente, y a otros profesores, a que apoyaran el paro y establecieran "cátedras liberadas". Casi todas podían considerarse ahora clases liberadas, ahora que la Universidad, con los estudiantes, iba a funcionar democráticamente. Varias clases sólo fueron continuación de las que se daban antes del paro. Otras eran impartidas por la misma gente que daba clases antes, pero las materias ya no eran las mismas. Algunas cátedras eran completamente nuevas: Economía Marxista, Nuevo Periodismo, etc. Mientras tanto, el Comité Coordinador organizaba reuniones para explicar la historia y el trasfondo del paro, y patrocinaba oradores que hablaban de temas como "El imperialismo en América Latina", "Una crítica radical de la historiografía tradicional" y "La alianza de los oprimidos: mujeres, negros y jóvenes".

Las clases liberadas pronto se hicieron comunes, tanto que era difícil determinar en qué edificios se impartía cada una de ellas. Sin embargo, los enfrentamientos continuaban. Los jóvenes reclamaban los patios universitarios, todavía ocupados por la policía. El 8 de mayo, un grupo de manifestantes, demandando una explanada libre, se sentaron frente a las filas policíacas. Después, durante la semana, se formó un comité para investigar los desórdenes, el cual invitó al Comité Coordinador de Huelga a que enviara representantes que sirvieran de testigos. Los representantes hicieron acto de presencia, pero su testimonio consistió en leer un artículo del vicepresidente David Truman en el cual éste declaraba que el uso de comités de investigación era ¡un mecanismo para reprimir a los disidentes! El Comité Coordinador no quería discutir demasiado con el cuerpo docente y la administración. También evitó las luchas faccionales con el *SRU*. Había cosas más importantes que hacer.

Así pues, el Comité Coordinador dirigió su esfuerzo a elaborar nuevas críticas a la función social de la Universidad. Una de las prácticas que utilizaba la Universidad de Columbia para adquirir bienes era comprar viejos edificios de departamentos y dejar que

éstos se deterioraran, para que los inquilinos se vieran forzados a abandonarlos. Entonces el edificio podía ser demolido y el terreno utilizado para fines más lucrativos. Cerca de la Universidad había un edificio, propiedad de la misma, que se hallaba en avanzado estado de abandono. En invierno no tenía calefacción. Las cerraduras de las puertas estaban rotas y no se reparaban, cosa que tampoco se hacía con las goteras de los techos ni con las cañerías rotas. La basura se amontonaba en los pisos bajos y había peligro de incendios y epidemias. El 17 de mayo, cincuenta residentes de la comunidad ocuparon el edificio, con el apoyo exterior de miles de estudiantes y de otras personas de la misma comunidad que manifestaban en ese momento. La policía llegó y detuvo a 140 personas, entre ocupantes y manifestantes.

Tres días después el decano mandó llamar a cuatro líderes de la ocupación, para que comparecieran ante él. Los estudiantes fueron acusados de infracciones a la ley y otros delitos, de tal modo que la acción del decano parecía ponerles en un predicamento. Cualesquiera que fuesen las argucias legales contra ellos, el estudiantado se hallaba lo suficientemente tenso como para considerar el llamado del decano una abierta provocación. Si la administración buscaba el enfrentamiento, la mayoría de los estudiantes estaban dispuestos a aceptarlo. Los cuatro estudiantes se negaron a asistir a la cita. Ello no detuvo al decano, que los suspendió a los cuatro por desobediencia. Una multitud que apoyaba a los cuatro líderes fue hasta el edificio *Hamilton* a protestar ante el decano. Al parecer, esta marcha había sido planeada simplemente como una protesta. Pero el decano Coleman recordó lo que había pasado la última vez que los estudiantes llegaron al *Hamilton*, y conminó a los estudiantes a retirarse en diez minutos. Sólo hay una respuesta para esa clase de órdenes. Una vez más, los estudiantes se sentaron frente al *Hamilton*. Cuando la noticia llegó a los patios universitarios, centenares de estudiantes se precipitaron hacia el edificio *Hamilton*, de tal modo que dos mil lo rodeaban y cuatrocientos estaban sentados enfrente. Coleman volvió a advertir que si no se iban en diez minutos llamaría a la policía, y que cualquiera que fuese detenido en el edificio quedaría automáticamente expulsado.

Todos habían comprendido que después del golpe sangriento del primero de mayo habría un segundo *round*. Incluso si la administración hubiera estado en plan conciliador, probablemente no

habría logrado pacificar a los estudiantes en las dos escasas semanas que siguieron a la agresión policíaca. Pero la administración no había hecho el menor gesto conciliador. Mientras sobre el césped de los terrenos universitarios pululaban los estudiantes huelguistas, la administración reiteraba su determinación de aplastar a la pequeña banda de terroristas. El 13 de mayo, mientras el Congreso especulaba sobre si debía suspenderse el subsidio federal y los préstamos monetarios a la Universidad, para aquietar a los estudiantes, Grayson Kirk resumía sus experiencias en estos términos:

“Durante las últimas tres semanas, el cuerpo docente, los funcionarios administrativos y la mayoría de los estudiantes de la Universidad de Columbia se han comprometido en una *lucha para preservar la libertad académica... en contra de los esfuerzos de una pequeña minoría* por alterar las funciones básicas de la Universidad... Hemos tenido que resistir la natural tentación de imitar las tácticas de aquellos que se inclinan por destruir los principios y prácticas conforme a los cuales funciona una universidad” (subrayado nuestro).

Y ahora que los estudiantes repletaban otra vez el *Hamilton*, la administración se dispuso a usar su táctica favorita: el ataque policíaco.

Después de la advertencia de Coleman, los estudiantes acusados dejaron el edificio, para evitar ser detenidos. Sus lugares fueron ocupados por otras personas, y la segunda ocupación del *Hamilton* estaba en marcha. La policía llegó muy de mañana, usando los túneles que comunicaban muchos de los edificios con los patios, y desalojó pacíficamente a los ocupantes. Afuera, en las explanadas, cuatro o cinco mil estudiantes se habían reunido y contemplaban la invasión policíaca en las calles que rodeaban a la Universidad. Gritando “¡Fuera de nuestros terrenos!”, levantaron barricadas en las principales entradas de los terrenos universitarios. Los policías que estaban en el *Hamilton* se vieron obligados a retirarse por los túneles.

Temiendo que los estudiantes recapturaran la Universidad, la administración pidió a la policía que interviniera y limpiara los terrenos de estudiantes. La policía no se hizo rogar. Cientos de policías antimotines, con cascos, se lanzaron a través de las entradas laterales. Otros cargaron contra las barricadas. Una vez adentro, la policía superó su actuación anterior. Un dirigente de la *SAS* fue arrojado al suelo a golpes y pateado por una multitud de po-

lizantes. Un grupo de estudiantes fue arrinconado en una esquina y sus integrantes golpeados repetidamente. Después de ordenar a los estudiantes que desalojaran los terrenos o se fueran a sus dormitorios, los siguieron hasta uno de éstos con las pistolas descarnadas y los golpearon por parejo.

En esta ocasión la resistencia pasiva no venía al caso. Grupos de estudiantes se defendían alrededor de los patios, dentro y fuera de los edificios. Desde los dormitorios atacaban a los policías con lluvias de botellas y ceniceros. Un grupo desprendió un tronco de árbol y, colocándolo al borde de la azotea, lo lanzó afuera, destruyendo un carro de la policía que estaba debajo. Una ambulancia que no podía pasar debido a que las puertas de acero que daban acceso a los patios habían sido cerradas por los policías, entró cuando los estudiantes las abrieron a fuerza.

No hubo tregua durante el año escolar. Las escuelas estaban cerradas. La ceremonia de fin de cursos tuvo que hacerse en un lugar cerrado, con las puertas prácticamente inaccesibles. Kirk no habló en la ceremonia por temor a los disturbios. Muchas personas asistieron a una contraceremonia efectuada por la *SRU*, y otras abandonaron el acto oficial. Después de la graduación, muchos estudiantes se retiraron también. Un núcleo considerable permaneció en Columbia, para establecer una “escuela de liberación”. Durante todo el verano esta escuela de liberación fue el foco principal de las actividades izquierdistas en Nueva York, y un sitio para investigar, discutir y proyectar las acciones del año venidero.

El 23 de agosto Grayson Kirk renunció como presidente de la Universidad. No se intentó ningún gesto de conciliación. Al día siguiente los directivos del patronato nombraron presidente a un individuo bien conocido por los estudiantes izquierdistas: Andrew Cordier, director de la Escuela de Relaciones Internacionales de la propia Universidad de Columbia, en la cual se realizaban muchos estudios en apoyo del imperialismo, y que era un centro financiado por la *CIA* para realizar investigaciones secretas. Hasta el pasado de Cordier era sombrío. Como alto funcionario de las Naciones Unidas en el Congo, en 1960 había sido el más activo manipulador para lograr la caída del popular primer ministro Patricio Lumumba. Cordier procuró aumentar el poder de los caudillos afines a los Estados Unidos y tomó una serie de medidas que indirectamente llevaron al asesinato de Lumumba. Al parecer, los directivos sentían que la Universidad de Columbia necesitaba un experto en

contrainsurgencia al frente de sus destinos. Todo lo que la *SDS* había venido señalando acerca de los vínculos con el imperialismo y el racismo y la situación de la Universidad de Columbia era claramente confirmado por la designación de Cordier.

* * *

El movimiento norteamericano se había perdido y disuelto en junio, pero la Universidad de Columbia todavía tendría dificultades. En Columbia todo se había juntado desde abril: todos los problemas y toda la gente metida en ellos en los últimos cinco años. Estaba la lucha contra el racismo, iniciada cuando los estudiantes dejaron los recintos escolares para dirigirse a pequeños pueblos del Sur y registrar a la gente para que votara. Ahora esa lucha se presentaba en la propia Universidad. Estaba la lucha contra la guerra, que comenzó en la Universidad con *teach-ins* y luego salió a las calles y las vecindades. Ahora volvía a la Universidad. (La primera vez que fuimos a los terrenos de la Universidad de Columbia fue en la primavera de 1965, para asistir a una reunión del Comité Independiente pro Vietnam y proponer que el movimiento antibélico saliera de la Universidad y penetrara en la comunidad. La proposición fue tan bien recibida que no regresamos sino tres años después, para unirnos a una manifestación que se celebraba en el exterior del edificio *Hamilton*.)

Tanto en lo que respecta a un problema como al otro, la Universidad no era ya la base de operaciones: era el blanco. En todo el país, durante tres años, los estudiantes habían seguido lentamente el camino que tomaron en 1964 o 1965, combatiendo al imperialismo y el racismo. En la primavera de 1968 este camino conducía a la Universidad. Lo que sucedió en Columbia pudo haber sucedido, y casi sucedió, en cualquiera de las otras universidades. Las cosas se aceleraron en Columbia debido a factores especiales: Harlem está junto a la Universidad, y Nueva York siempre ha sido un centro del sentimiento antibélico.

La gente se concentraba en Columbia. Allí estaba Tom Hayden, fundador de la *SDS* y precursor de la organización de la comunidad. Había personas que estudiaban los problemas latinoamericanos y que habían ayudado mucho a descubrir el sucio asunto del *IDA* y las prebendas de la Universidad. Había negros liberales, seguidores de King, que se limitaban a oponerse al gimnasio, y líderes negros radicales que se oponían a todo el sistema. Había negros

nacionalistas de Harlem. Había periodistas del Servicio de Noticias sobre la Liberación, y de la prensa clandestina, que venían a observar y participar. Había profesores, con tipo de pajarracos, que alguna vez habían sido figuras importantes en *teach-ins*, *hippies* de rostro impasible que llegaban del lado Este y, por supuesto, policías, algunos de los cuales se estaban haciendo viejos conocidos después de tantas manifestaciones.

Columbia no fue un final: fue una especie de graduación. En el movimiento, con excepción de un breve alboroto en Berkeley, los estudiantes habían venido luchando por otros sectores —los negros, los vietnamitas, los braceros mexicanos, o por el bienestar de las madres puertorriqueñas. Había estudiantes misioneros. Algunos se unían a los Cuerpos de Paz para salvar a los bolivianos, o al *SNCC* para organizar a los habitantes de Alabama. Todo esto empezó a cambiar. Los corazones palpitantes se convirtieron en cabezas sangrantes. Después de un verano en Mississippi era difícil limitarse a la lucha por el reconocimiento de los votos. Después de pelear con los policías en una manifestación resultaba difícil sentarse a escuchar a un profesor que hablaba de las virtudes de nuestro sistema. A medida que la guerra se prolongaba, sacrificando más y más hijos de la clase obrera, las cosas cambiaban rápidamente. Descubríamos que los estudiantes no eran un precioso recurso natural con el que contábamos: se les podía reclutar. Si uno fallaba en sus estudios o disgustaba a un decano, podía ser suspendido, y de la escuela enviado a Vietnam. La idea de que la Universidad era una comunidad de todos los que la integran empezó a desvanecerse rápidamente después de que la administración añadió la pena de muerte a su repertorio de medidas disciplinarias.

Los estudiantes de Columbia empezaron a considerar las luchas contra el racismo y la guerra como sus propias luchas. Las banderas seguían siendo Vietnam y el racismo, pero el campo de batalla era ahora la Universidad. Cuando la lucha se acrecentó, convirtiéndose en una lucha *por* la Universidad. Cuando la policía intervino aprendimos nuestra más dura lección: el sistema no permitiría grietas en su seno. No hubo ningún clamor público cuando la Universidad de Columbia consideró que eran más graves los daños a la propiedad que las agresiones a los estudiantes. Los periódicos mentían acerca de las causas del conflicto, simulaban, y estaban listos a aplaudir cuando la ley y el orden eran restaurados. Los estudiantes, al igual que los negros, los vietnamitas y los braceros mexica-

nos, podían ser golpeados, encarcelados, heridos de bala, empujados, etc. Después de todo, en los Estados Unidos sobraban estudiantes. El conflicto de Columbia había hecho más por las relaciones raciales que todos los miles de dólares que los liberales blancos de la clase media pudieran ofrecer al SNCC. Por esta vez los estudiantes blancos luchaban por sus propias reivindicaciones y no detrás o marginalmente de los negros, sino al lado de ellos. Ciertamente, los estudiantes negros habían permanecido aislados en los edificios ocupados; pero después de la primera noche los estudiantes blancos los habían dejado en paz: ahora tenían sus propios problemas. Ya no se trataba de ayudar a "nuestros hermanos negros"; blancos y negros tenían ahora reivindicaciones semejantes y amenazas comunes. Ahí estaban el ejército de los Estados Unidos y la policía de Nueva York para confirmarlo: cuando se trataba de imponer la ley, ya fuera en Nueva York o en Vietnam, todos los estudiantes resultaban *niggers*.

Casi nunca ha existido una identidad estudiantil en los Estados Unidos, a no ser porque los estudiantes usan corbatas parecidas o porque simpatizan con los mismos equipos de fútbol. En Columbia surgió una verdadera conciencia estudiantil. Los estudiantes de Columbia descubrieron que el estudiantado era un sector social, no una clase o un grupo racial (sin que importe lo que piense la policía). Los estudiantes izquierdistas habían recorrido un largo camino antes de descubrirlo: a Mississippi en el verano, a Washington en las marchas anuales; pero tal era el hecho: eran estudiantes de una universidad. Y era importante saberlo, ya que el enemigo no se ocultaba muy lejos: en el Pentágono, la Casa Blanca o Wall Street; estaba, él o sus aliados, allí mismo, en la Universidad. Cuando uno observa lo que el enemigo hace en Harlem o en el sureste de Asia, empieza a preguntarse qué es lo que está haciendo con uno mismo.

Hay algo curioso en lo que se refiere a este tipo de conciencia estudiantil: tan pronto como se la adquiere se rechaza el ser estudiante. Cuando alguien se da cuenta de lo que significa ser negro no pretende aclarar su piel. Cuando un obrero tiene conciencia de clase no se retira automáticamente del trabajo o se hace patrón. Pero cuando el estudiante descubre qué es ser estudiante, ya no se interesa en serlo más; al menos ya no se interesa en ser lo que se supone que debe ser un estudiante. Los estudiantes de la Universidad de Columbia se hartaron de sus cátedras.

Algo sucedió en este proceso con la misma idea de Universidad. La Universidad como comunidad académica era prácticamente irreductible, pero los edificios universitarios podían ser tomados y ocupados. Los edificios eran propiedades y, como la policía lo demostró, la propiedad es más importante que la vida, la verdad, la justicia o cualquiera de las cosas que se supone se enseñan en las universidades y son patrimonio de ellas. La gente que aprendió esto en Columbia aprendió todo lo que la Universidad no le habría enseñado.

CAPÍTULO OCTAVO

GRADUACIÓN

El movimiento estudiantil es parte del movimiento popular. El surgimiento estudiantil impulsará inevitablemente el surgimiento del movimiento de todo el pueblo.

Mao Tse Tung.

¡Hay que crear dos, tres, muchas Columbias!

Comité de Huelga en Columbia.

Hemos estudiado sucintamente cómo una serie de movimientos estudiantiles izquierdistas se desarrollaron en los Estados Unidos y en varios países europeos. Otros movimientos han surgido de las universidades en muchas otras naciones en los últimos años. ¿Cómo es que las universidades generan movimientos en países tan dispares como Alemania y Uruguay, los Estados Unidos y el Japón, Suecia y México? Se supone que las universidades no producen revolucionarios. Habrá que analizar sus funciones en las sociedades capitalistas, y sus peculiaridades como organismos sociales compuestos casi en su totalidad por gente joven.

* * *

Por un momento consideremos a las universidades simplemente como un lugar donde los estudiantes pasan la mayor parte de su tiempo, en el cual un gran número de jóvenes se reúnen para llenar la brecha entre la infancia y la edad adulta con una responsabilidad profesional, en un lapso de cinco a nueve años, según la responsabilidad profesional que se busque. Por razones convenientes

a sus necesidades, la sociedad industrial avanzada requiere que se cubra con cierta rapidez el período de adiestramiento entre la educación preuniversitaria y la colocación profesional.

La adolescencia no ha sido siempre una especie de estado larval. Ha habido épocas y hay todavía lugares en que los muchachos son aceptados como personalidades maduras a los trece años o poco más. No todas las sociedades pueden desperdiciar los años más productivos de muchas personas, recluyéndolas en aislados recintos escolares. Pero en los países que hemos conocido, a muchas personas de diecisiete o dieciocho años no se les ha ocurrido preguntarse por qué se supone que son ignorantes, desamparadas e inútiles por lo menos durante cuatro años más. Si un adulto serio le dice una y otra vez que está usted desamparado, que es ignorante e inútil, usted bajará la cabeza y actuará como le dicen que es, especialmente si se encuentra con otros miles de estudiantes en igual situación. Como los dementes en el sanatorio, los estudiantes hablan del "mundo real", a veces con ansia, a veces temerosamente, y platican qué harán en él cuando por fin consideren que ya están "listos" para irse.

Otro aspecto de las universidades como lugares de reunión es, por supuesto, su carácter de campo de recreo. Especialmente en los Estados Unidos, donde las universidades están más o menos aisladas, la vida de los universitarios se desenvuelve en lugares confortables. La compañía es buena, y hay paz en el trabajo, dentro de un bello marco. Como los estudiantes son por lo general desocupados o semidesocupados, se espera de ellos mucha irresponsabilidad y negligencia. Muchos reaccionarios han señalado, y con razón, que una explicación de la existencia de manifestaciones estudiantiles es que los estudiantes tienen tiempo para manifestar.

Pero los estudiantes no manejan ni sus descansos. Después de todo, las universidades son un tipo peculiar de comunidad: aunque su población es predominantemente estudiantil, no son los estudiantes quienes las dirigen, ni los que establecen las normas. Veamos, por ejemplo, lo relativo al sexo. Casi todos los estudiantes han pasado la pubertad, pero la Universidad les exige abstinencia sexual; son impuestos extraños tabúes en las reuniones de hombres y mujeres: debe haber luces a toda hora, no deben ser después de las diez de la noche, etc. Muchas universidades favorecen las relaciones de las parejas cuando se desenvuelvan a la clara luz de los lugares públicos, en los cafés o en los estadios de fútbol. El que se

atreva a practicar la intimidación premarital sentirá el rigor de la represión. Por ejemplo, unas cuantas semanas antes de la rebelión en Columbia se suspendió a una chica del colegio *Barnard* (colegio de mujeres asociado a la Universidad) por pasar la mayor parte de su tiempo libre con el novio, en forma subrepticia y en los terrenos universitarios (después los novios vivieron juntos abiertamente, en un edificio ocupado). Los estudiantes son libres, pero no mucho.

Naturalmente, las universidades no son lugares para vivir. La Universidad divide a sus estudiantes en categorías: "bueno" (con subsidio de \$8.000 anuales para empezar), "regular" (con \$6.500) y "rechazado" (con nada). El mecanismo de los exámenes sirve para estructurar esta clasificación. Si los exámenes se limitaran a determinar todo el futuro de una persona, ya por ese simple hecho serían malos; pero, además, pueden arruinar la vida de un estudiante. Una diferencia entre los estudiantes y los empleados asalariados de la Universidad es que al menos estos últimos tienen cierta seguridad en su trabajo. En cambio cada examen muestra a los estudiantes cuán precaria es su estancia en la Universidad. Los primeros fracasos sólo originan humillación, disgustos, etc., pero si se acumulan el estudiante deja de serlo y pasa a formar parte de la fuerza de trabajo (o, en los Estados Unidos, es mandado a Vietnam). Los adultos se burlan y dicen que las vísperas de exámenes y el acné son las preocupaciones máximas de los jóvenes, pero no hay en ello nada gracioso. Cada año las depresiones nerviosas y los suicidios comprueban la brutalidad de la vida estudiantil y la tensión de los que la sufren.

Si uno observa seriamente lo que llaman "los mejores años de nuestra vida", tendrá que preguntarse por qué las rebeliones masivas estudiantiles no ocurrieron antes. Los estudiantes permanecían quietos e inconcientes, desarrollando cierta resistencia pasiva, antes de que a alguien se le ocurriera boicotear un examen o tomar un edificio. Probablemente algunos maestros comprendieron la situación antes que los estudiantes. Un profesor izquierdista de la UCLA escribió:

"Algunos estudiantes . . . saben perfectamente lo que pasa. Quieren su título y se ríen y maldicen alternativamente mientras pasan parte de su vida en la escuela. Si su ego es fuerte, resienten el gran engaño. Hasta los hombres comunes se indignan de vez en cuando, en cualquier parte. Pero se prefiere una resignación pasiva a la agresiva actividad. Los jóvenes, inexplicablemente, se vuelven lerdos

y dados a la pereza. Sus indagaciones son simples y pasan las noches estudiando mecánicamente textos de los cuales no comprenden una palabra" (Jerry Farber, *El estudiante discriminado*).

A mediados de los sesentas, la resistencia estudiantil entró en una nueva fase: la revolución cultural. Probablemente si a cualquier sector social se le deja solo mucho tiempo, aislado del grueso de la sociedad, empezará a tener, a conformar una cultura propia. La gente joven sólo está aislada temporalmente, pero ese aislamiento puede ser profundo. Para la mayoría de la gente que acude a los institutos superiores (y cuyo número aumenta cada año) la etapa entre los diecisiete y los veintiún años o más se comparte casi por entero con otros jóvenes, comiendo, durmiendo, jugando, estudiando. Los contactos con los adultos son generalmente con los padres, los profesores o los polizontes, y casi siempre son involuntarios y poco gratos.

Nadie está seguro de cuándo empezó la juventud a tener conciencia de ser un grupo marginal y comenzó a perfilar su propia cultura. De los negros tomó la música de *rock*, la marihuana y todo un nuevo vocabulario, desconocido para los blancos adultos; de los blancos de la clase baja aprendió mañas propias de jóvenes marlonbrandescos; de los blancos que fueron bohemios de la clase media heredó la preocupación por ciertos elementos del misticismo oriental y del *pop art*. Todas estas cosas acabaron por conformar una cultura que se fortaleció lo bastante como para ser considerada una alternativa ante la vida del "exterior".

En 1965 Bob Dylan se salió de las normas del Festival de Newport y de sus canciones rosa, y cantó: "¿Cómo te sientes ensimismado, sin una dirección conocida, un completo desconocido, como una piedra rodante (*like a rolling stone*)?" Los muchachos empezaban a reconocerse. En el verano de 1967 una oleada juvenil se movilizó desde los pueblos suburbanos y los campos escolares hacia Nueva York y San Francisco. El año 1967 fue el año de la Gran Migración, y miles de muchachos convergieron para formar comunidades juveniles. Lo mismo empezó a ocurrir, en escala más pequeña, en los países europeos: los jóvenes emigraban a París, Munich, Florencia o Londres.

La población universitaria disminuyó escasamente. De los estudiantes de melenas hasta los hombros, pocos desertaron de los estudios. Pero lo que sí perdió la Universidad fue su prestigio: la cultura juvenil es la antítesis de la cultura de la universidad, y de

la "cultura" universitaria mercantilizada. Lo que las universidades enaltecían como disciplina, la cultura juvenil lo satiriza como "fardo". Lo que las universidades consideran "honor universitario" no es más que la presunción de utilizar el conocimiento como si fuera una propiedad privada. ¿Por qué los estudiantes no habrían de actuar conjuntamente, compartiendo sus conocimientos y aspiraciones? La actitud de las universidades respecto al sexo es demasiado perversa como para discutirla; ¿acaso se espera que los estudiantes pasen los años masturbándose en los cubículos de las bibliotecas? Incluso la esencia de la cultura universitaria es altamente impugnabile; es verbal y unilineal y tiene poco que ver con la realidad. En fin, la justificación última de las universidades, que es el servir de centros de preparación para la "vida real", no justificaba nada, ya que esa preparación no prepara a nadie.

La rebelión cultural juvenil siempre había sido una política que no se concretaba políticamente. No se decía que los *hippies* fueran anticapitalistas o antiautoritarios, e incluso algunos grupos se molestaban si alguien pensaba así. Los *Diggers* de San Francisco practicaban el socialismo robando alimentos para repartirlos. Estaban los *yippies* (del *Youth International Party*, Partido Internacional de la Juventud), que habían agitado contra la depravación del Partido Demócrata en su convención de 1968. Nueva York tenía un pequeño pero activo grupo llamado "Adelante Contra el Muro", cuya declaración de principios señalaba que "el futuro de nuestro movimiento es el futuro de los delitos callejeros". En Europa, los *provos* y los situacionistas acosaban a la burguesía con chanzas y demandas absurdas. La intuición reaccionaria unía en el mismo grupo a los *hippies*, los estudiantes y los "terroristas" radicales.

Muy pocos estudiantes se habían unido en comunas o se habían hecho socialistas debido a la cultura juvenil prevaleciente. La importancia de la rebelión cultural no era ni ideológica ni orgánica. Lo que ocurría era una ruptura marcusiana: se trataba de estar *in* o *out* en un mundo cerrado de jerarquías, salarios y tarjetas de crédito como caracteres dominantes. Las cosas tenían que estar encima, debajo o fuera de lugar. La imaginación venía a destruir las definiciones esquemáticas de los libros y exigía nuevas letras para las nuevas canciones. Quizá era bueno saber todo lo que el profesor sabía, pero nadie quería ser como él.

Todo esto fue penetrando en las que antes eran dóciles mentes, con gran rapidez. Si uno no podía hacer nada para cambiar las

cosas, por lo menos todavía le quedaba imaginación para resistir. Pero la fantasía es el sustrato de la realidad: cuando usted sueña con encerrar al solemne decano en su pequeña oficina, o cuando se imagina colgando banderas rojinegras en cada balcón de la Sorbona, está a la mitad del camino para hacerlo. La cultura juvenil, que empezó como un método para soportar malos tragos, como el de la escuela, fue el trampolín para la rebelión abierta.

* * *

Las universidades no son sólo sistemas sociales peculiares. No se han fundado, equipado y acreditado sólo para reprimir a la juventud. La Universidad cumple muchas funciones, cosas que la sociedad le asigna. A través de los años, las exigencias han cambiado y las universidades han tenido que responder a nuevas y cambiantes exigencias. Comprender lo que pasa en la enseñanza es la clave para comprender qué pasa con los estudiantes.

Las viejas universidades de Occidente hacían una cosa y la hacían bien: producir y reproducir grupos privilegiados. En Cambridge como en Oxford, en la Sorbona como en Florencia, los hijos de los aristócratas, de profesionales e importantes hombres de negocios y funcionarios del gobierno eran adiestrados para convertirse en aristócratas, profesionales, importantes hombres de negocios y funcionarios del gobierno. La enseñanza tenía dos aspectos: por una parte, las universidades eran el hogar del humanismo y tenían que inculcar una serie de actitudes relacionadas con las artes liberales, la filosofía y el arte. La buena educación requiere gustos refinados y modales cortesanos. Por otra parte, las universidades eran el asilo de la razón crítica, educaban a la gente impartándole los conocimientos especializados de la época, sirviendo de focos del saber. Había muchas carreras prestigiadas: historia, filología, derecho, ciencias naturales. Y había muchos caballeros ociosos que aprendían estas cosas por gusto. Muchos eminentes hombres de ciencia del siglo XIX fueron grandes amigos de los pasatiempos. En esa época nadie pensaba en que la Universidad tenía dos aspectos: uno en relación con el conocimiento especializado, y otro que tenía que ver con las actitudes de las clases superiores. Los dos aspectos eran inseparables: los valores humanísticos hacían de un hombre un caballero, y sólo un caballero tenía el privilegio de poder llegar a los recónditos conocimientos almacenados en las universidades.

La vieja Universidad de élites impartía un tipo de educación altamente individualizada y bien ajustada. Hay que recordar que desde antes de que hubiera centros académicos jerarquizados y edificios llamados universidades los jóvenes aristócratas recibían instrucción de maestros especialmente contratados al efecto. Con la institucionalización de la enseñanza superior en las universidades las relaciones entre educadores y educandos cambiaron poco. Los estudiantes todavía representaban a la minoritaria clase superior que sufragaba las universidades, y éstas funcionaban para proporcionar un servicio a sus estudiantes. En lugares como Oxford y Cambridge los tutores privados, los estudios independientes y los programas individualizados adentraban al joven en los conocimientos sustanciales necesarios para una carrera de caballero. Los edificios residenciales, las uniones estudiantiles, las sociedades de debates, etc., lo familiarizaban con la gente y los hábitos de su propia clase. La revolución industrial, en un principio, no planteó exigencias revolucionarias a las universidades. Por supuesto, se hizo hincapié en el papel pedagógico de las universidades (en oposición a su papel ideológico), y especialmente en la enseñanza técnica. Las universidades alemanas se ajustaron con más facilidad, gracias al plan de reorganización de Guillermo von Humboldt. El plan de Humboldt subrayaba la investigación y la especialización, a cargo de los institutos superiores. Se formuló un programa de estudios flexible, que distinguía entre cursos obligatorios y optativos. Las universidades reorganizadas comenzaron a producir hombres de ciencia y graduados de primera clase; progresó la industria alemana y alcanzó a Inglaterra en muchos campos importantes.

Los planes alemanes de reorganización fueron adoptados, total o parcialmente, en las universidades de otros países industrializados. Sin embargo, la Universidad misma, como entidad, no había sufrido mucho el impacto. Planificar los estudios universitarios no significaba todavía encauzar a los estudiantes. Las universidades ya no se limitaban a adiestrar aristócratas, pero tampoco adiestraban a grandes masas de futuros expertos; por el momento la industria sólo necesitaba un pequeño grupo bien preparado. En los países que se habían industrializado aceleradamente, como los Estados Unidos e Inglaterra, los hijos de los ricos industriales formaban una élite técnica, tan privilegiada como antaño los hijos de los caballeros en sus profesiones liberales. Al igual que su antecesora

feudal, la Universidad del siglo XIX era sostenida por la clase superior para reproducir a la clase superior.

Las cosas han cambiado. La industria ya no podía limitarse a tener a Kelvin o a Maxwell como consejeros, contrastando con una serie de ignorantes. En vez de confiar en los caprichos de una pareja de investigadores académicos, la industria contrata regimientos de investigadores para crear innovaciones, y a divisiones enteras de ingenieros y técnicos para aplicar esas innovaciones en la producción. El crecimiento de la industria requiere también la colaboración adicional de economistas, sociólogos, sicólogos y abogados para mantener la "armonía" en los procesos industriales. En las nóminas de los industriales, en el sector público y en el privado, aumentan las listas de matemáticos, lingüistas, especialistas en ciencias políticas y hasta antropólogos; los que la gran industria no utiliza, el gobierno los emplea como planificadores y analistas. En las labores industriales, jóvenes provenientes del bachillerato ocupan los puestos que antes tenían los niños de once años; grupos de graduados son llamados a efectuar las labores de los empleados, obreros calificados y semicalificados.

Esto significa que la Universidad no puede seguir en sus funciones tradicionales; se necesitan masas de graduados, debidamente producidos y etiquetados para trabajar en el gobierno o la industria. En muchos países las universidades han respondido más que adecuadamente a tal requerimiento. En los Estados Unidos, que manifiestan con más vigor la necesidad de disponer de técnicos y especialistas graduados, el número de estudiantes en toda clase de institutos superiores y universidades aumentó de cerca de 1.400,000 antes de la segunda guerra mundial a 2.700,000 en 1955 y casi 7 millones en 1968. En Europa el ritmo ha sido menor pero, por ejemplo, en Francia las inscripciones ascendieron de 304,000 a 491,000 en cuatro años, de 1960 a 1964.

Pocas comunidades pueden sobrellevar un incremento demográfico sin profundos cambios cualitativos en su seno. Las universidades no han sido la excepción. La industrialización avanzada concedía muchas oportunidades y facilitaba la democratización, pero ello no implicaba que cada estudiante fuese miembro potencial de una élite empresario-gubernamental. Aunque las universidades siguen siendo financiadas y controladas por esa élite, ya no se dedican simplemente a reproducirla. Las universidades aceptan a toda clase de personas y las producen de todo tipo. Algunos estudiantes,

destacados por su inteligencia extraordinaria, sus ambiciones o sus relaciones sociales, llegan a las altas esferas de los negocios o del gobierno una vez que se gradúan; otros, menos afortunados o ambiciosos, pasan largos años de adiestramiento para llegar a ser super-técnicos: hombres de ciencia, ingenieros, economistas o catedráticos; algunos hay que, educados en oficios y artes liberales, se convierten en maestros o administradores de nivel inferior; otros salen pronto de los institutos y se quedan en un nivel subprofesional. En resumen, la Universidad recibe grupos heterogéneos de jóvenes de primer ingreso, los convierte en una masa homogénea de estudiantes y en el curso de cuatro años los diferencia en un aparato de dirigentes y subordinados.

Por supuesto, no todas las universidades producen todo tipo de graduados; hay cierto grado de especialización en las propias universidades; Inglaterra es un ejemplo extremo, con Oxford y Cambridge, que conservan todavía en gran medida su antigua función de preparar a la aristocracia, dejando la enseñanza técnica a las nuevas universidades, a los politécnicos y otros institutos. En Francia, un puñado de "grandes escuelas" continúa proporcionando los dirigentes del gobierno y de la industria. Menos conocido, pero muy documentado (ver *La élite del poder*, de Mills, y *Los que mandan en los Estados Unidos*, de Domhoff), es el hecho de que un número desproporcionado de dirigentes del gobierno y de las empresas provienen de Harvard, Princeton y Yale. Sin embargo, el tipo de universidades que hemos tratado —la Sorbona, Roma, Turín, Frankfurt, Berlín y, en cierta medida, Columbia— no son muy especializadas y contribuyen tanto al crecimiento de la élite como al de otros sectores.

En los países más desarrollados, las universidades cumplen una función adicional que tiene poco que ver con la producción de graduados. La información técnica ha llegado a ser parte muy importante de la "industria del conocimiento" propia de las universidades, y éstas son un eslabón importante de la producción. Las universidades son ahora focos de investigación especializada. En 1964 las universidades gastaron dos mil millones de dólares en investigación, cerca del diez por ciento del gasto nacional para investigación y desarrollo (en los Estados Unidos). Las universidades tienen sus propios laboratorios o disponen de los que les facilita el gobierno, como en el caso del *IDA* y de los laboratorios *Brookhaven*. De esta manera las universidades colaboran constantemente y en muchas

formas en el desarrollo; los profesores son consejeros del gobierno y de la industria; los empresarios consultan a las escuelas, etc. No es accidental el que las grandes industrias tecnológicamente avanzadas estén cerca de las más importantes universidades tecnológicas (por ejemplo, la carretera 128, en los alrededores de Boston, enlaza a muchas industrias electrónicas y aeronáuticas con Harvard).

El papel de las universidades ha cambiado en todos los países industriales avanzados, pero pocos han adaptado a ese cambio las estructuras de sus universidades. Muchas universidades europeas no llenan los requerimientos de nuestra época. El cuerpo estudiantil se ha multiplicado muchas veces en estos últimos cincuenta años, pero pocas aulas se han construido, y menos aún laboratorios, salas de lectura equipadas con televisores, etc., que debían crecer paralelamente. Las becas y los subsidios son tan escasos que pocos estudiantes pueden dedicar tiempo completo a los estudios; y si pudieran no encontrarían cupo ni en aulas ni en bibliotecas. Y aunque no hubiera problemas para lograr asiento en tales lugares, resulta difícil hallar dónde dormir; los dormitorios son más escasos en Europa que los *moteles*. Así, muchos estudiantes revisan las lecciones después del trabajo y se presentan cuando hay exámenes. Y ya sea que vayan o no a clases, la educación resulta anacrónica y obtusa.

La situación deviene así intolerable, tanto para los estudiantes como para el gobierno y la industria. Los estudiantes asisten a las universidades en busca de dos cosas: primera, rodearse del aura tradicional universitaria, con el humanismo, la razón crítica, etc.; segunda, adiestrarse para una profesión o empleo, de preferencia bien pagado. En muchas universidades europeas los estudiantes no logran ninguno de esos dos propósitos. La enseñanza dictatorial de las profesiones liberales en este marco resulta para ellos una degradación. Para los efectos prácticos, la enseñanza resulta anticuada, como en el caso de la ingeniería o de la medicina, y la educación es parcial e incompleta. Muchos estudiantes empezaron a exigir reformas hace algunos años; querían planes de estudio modernos, métodos de enseñanza actualizados, facilidades individuales y un poco más de atención a sus personas. Querían ser preparados para una profesión, educados por algún tiempo y tratados como seres humanos en ese proceso.

El gobierno y los hombres de negocios, mientras tanto, pensaban en otras reformas; para ellos lo importante no era que las univer-

sidades estuvieran sobrepobladas y mal equipadas y fueran cada vez más impersonales, o que los profesores tuvieran tales o cuales defectos: lo importante eran los costos: más estudiantes por cada dólar. La estrategia natural para aumentar la capacidad productiva de las universidades era incrementar la propia producción. En Alemania, Francia e Italia la táctica que se proponía invariablemente consistía en limitar el tiempo que los estudiantes pudieran estar en la Universidad, imponiendo cierto encauzamiento de las especialidades mediante determinadas exigencias en los planes de estudio, y eliminando lo que no fuera necesario: los físicos no necesitan estudiar historia del arte más de lo que los burócratas del gobierno necesitan estudiar astronomía.

Por supuesto, las reformas oficiales no eran las que los estudiantes se proponían. Los jóvenes deseaban estar capacitados profesionalmente, y era probable que la Universidad estuviera haciéndose tan aburrida que no objetarían mucho el que se quitaran de sus carreras un par de semestres, y quizá las materias que las reformas oficiales consideraban "paja" de todos modos no iban a ser cursadas. Pero las reformas oficiales impedían las reformas que realmente se necesitaban, desde el punto de vista de los estudiantes; y la preocupación por la eficiencia de parte de los sectores oficiales no contribuía a hacer de las universidades "comunidades escolares".

Las reformas oficiales fueron una de las más amargas lecciones en la experiencia estudiantil de posguerra, y evidenciaron el hecho de que los intereses de los estudiantes eran unos y los del gobierno y los empresarios otros. Mientras los estudiantes concebían a las universidades como centros de conocimiento y colaboración, el gobierno las consideraba fuentes de poder. Mientras los estudiantes se veían a sí mismos como sujetos del proceso educativo, el gobierno los trataba como productos de ese proceso, y si pudiera trataría de transformarlos y manipularlos a su favor.

Es difícil pasar de los claustros universitarios a ser parte del proceso productivo. Quizá no hubiera habido explosiones estudiantiles si los jóvenes hubieran podido identificarse con los hombres que manejaban las universidades, al menos en algunos aspectos; pero no se veía que la mayoría de los estudiantes tuvieran interés alguno en común con los rectores de las universidades. Al ampliarse el cuerpo rebasaba a los grupos de hijos de los privilegiados, mientras que los grupos que financiaban y controlaban las universidades seguían siendo los mismos: la élite gubernamental y la de

los negocios. No se necesitaba aprender mucha teoría marxista para que los estudiantes comprendieran que la Universidad era un instrumento de la clase dominante. Todo esto se mezcló con la cuestión de Vietnam, en la que muchos gobiernos europeos estaban en contubernio con los Estados Unidos. Vietnam mostraba lo que era el capitalismo una vez despojado de su máscara de "progreso" y "democracia". Y los estudiantes se negaban a participar en esta conjura internacional. Todavía resultaba soportable funcionar como rueda de un tractor, pero ¿quién quería ser rueda de un tanque?

* * *

En los Estados Unidos la situación es muy diferente. Las universidades norteamericanas tienen fallas, pero difícilmente se las puede acusar de que no cumplen la misión que tienen asignada. Los institutos y universidades de los Estados Unidos son instituciones racionales y eficientes, muy bien adaptadas a las necesidades de una economía, una industria y un imperialismo en expansión (las reformas planeadas para las universidades europeas son un intento de imitar el modelo norteamericano).

Las primeras universidades norteamericanas seguían los patrones europeos, pero, naturalmente, sin la carga de una herencia feudal. La ruptura norteamericana del modelo europeo data de los tiempos de la guerra civil y el establecimiento de institutos subsidiados. El Oeste era un terreno virgen. Las nuevas escuelas servían a sus comunidades: educaban a los jóvenes para la moderna agricultura o la minería, realizaban investigaciones para las industrias locales y educaban a los muchachos, ricos o pobres. El espíritu de aquellos colegios todavía pervive en muchas universidades; si la "comunidad" está interesada en la fisión nuclear o en las técnicas antiguerrilleras, las universidades trabajan para ella en esos campos. Su misión fundamental es servir.

Probablemente nunca ha habido universidades realmente autónomas en ningún lugar; sin embargo, las universidades europeas mantenían cierto aislamiento que les daba cuando menos una ilusión de autonomía, aunque ello significara un divorcio poco saludable de las necesidades de la sociedad en su conjunto. Las universidades norteamericanas nunca habían aspirado a la autonomía, y como centros de adiestramiento, como lugares de consulta y como empresarias, las universidades norteamericanas están tan integradas

en la sociedad como las academias militares. Incluso, casi no tenían problemas propios; los conflictos en el interior de las universidades no reflejaban contradicciones entre la Universidad y la sociedad, sino conflictos de la propia sociedad.

Las universidades norteamericanas son más estables que las europeas, debido a esa simbiosis total con el gobierno y con la industria. Sin embargo, ha sido precisamente la perfección de esa simbiosis la que ha generado los problemas. Si usted impugna una de las partes impugna a las demás. Desafiar al *IDA* es amenazar a la Universidad de Columbia, y viceversa. Y no todos los vínculos son teóricos. Si uno provoca disturbios en las clases, puede esperar ser amenazado por el gobierno y por los encargados de los negocios, y ser castigado por su policía. Realmente no hay asuntos "externos": una lucha contra la guerra puede convertirse en una lucha contra la complicidad de la Universidad y, por último, en una lucha contra ésta. Y a la inversa, una lucha derivada de problemas "internos" como el fortalecimiento de las posiciones estudiantiles asciende hasta convertirse en una crítica de todo el sistema social.

El movimiento estudiantil norteamericano no se inició como un movimiento *de estudiantes*. Muchas personas tenían quejas innumerables como estudiantes, pero éstas parecían triviales y personales ante problemas como los de Vietnam, el racismo y la pobreza (incluso el Movimiento por la Libertad de Expresión en Berkeley se ocupaba de asuntos ajenos a la Universidad, como los derechos civiles). Los problemas de Vietnam, el racismo y la pobreza afectaban o por lo menos interesaban a todos los norteamericanos, no sólo a los universitarios. El movimiento que se desarrollaba en torno a estos problemas comprendía en su mayor parte a estudiantes, y Dean Rusk se preguntaba: ¿Por qué los estudiantes son tan *sensitivos*?

Algunas causas de la movilización estudiantil se apuntaron al principio de este capítulo: los estudiantes tienen mucho tiempo y pocas responsabilidades; están físicamente descansados, leen los periódicos, etc. Pero usted puede estar en esas mismas condiciones y ser un fascista; ellas no explican por qué los estudiantes derivan hacia la *izquierda*.

La respuesta, pensamos, está en la propia Universidad. Las universidades norteamericanas son de confiar cuando preparan para una profesión o facilitan información útil. Pero además de ser servidoras complacientes de la industria y del gobierno, las univer-

sidades guardan en su seno la tradición cultural de Occidente: la ética judeo-cristiana, la lógica aristotélica, la Ilustración, el humanismo, etc. En los Estados Unidos estas tradiciones son nada menos que subversivas. Las aspiraciones de los muertos sirven para acusar por parte de los vivos, y la moderna y multifuncional universidad norteamericana no permite que esto se olvide. Por una parte, se aprende a hacer *napalm*; por otra, se leen los pensamientos de Pascal; en economía, se lee el himno de Samuelson al capitalismo norteamericano;¹ en literatura norteamericana hay que leer a Dreiser.² En materias relacionadas con el comercio y los negocios, uno se indigesta con el aprendizaje de las leyes acerca de la propiedad; en historia se echa una ojeada a Marx. En los momentos libres se lee el periódico.

No debería sorprendernos el que los estudiantes norteamericanos se hayan hecho izquierdistas, sino el que no lo fueran.

Si el humanismo es subversivo intrínsecamente, ¿para qué mantenerlo? Quizá las masas de hombres de ciencia, técnicos e incluso sociólogos estarían igualmente preparadas y serían más tratables si nunca hubieran oído hablar de Sócrates. No todos los profesores imparten las cátedras de humanismo tan tediosamente que no dejen huella en las mentes de los estudiantes. Estas disciplinas no sobreviven por nostalgia; de ser así habrían desaparecido antes de que las universidades norteamericanas llegaran a su estado actual de tecnocracia. Estas disciplinas no son efímeras; tienen hondas raíces e importan tanto para el papel de la Universidad como para las necesidades del propio capitalismo.

En primer lugar, todavía existe una élite. La antigua función de las universidades —educar y ayudar a perpetuar las minorías que pueden dirigir países y empresas— seguirá existiendo mientras exista la élite. Para estos afortunados estudiantes que la Universidad destaca, la educación amplia es todavía una necesidad. La ciencia política y la conciencia de clase de un Rockefeller se han formado tanto en las aulas de Harvard como en los campos de tenis de Newport.

En segundo lugar, los educadores y los hombres de negocios reconocen cada vez más la importancia de los valores de una educación liberal para toda clase de gente sometida a la élite del poder;

¹ El *Curso de Economía Moderna* de P. Samuelson.

² Teodoro Dreiser (1871-1945), autor norteamericano entre cuyas obras cuenta *Una tragedia americana*; crítico del *american way of life* (N. del T.).

los hombres de ciencia y los ingenieros no son suficientes: la tecnología actual requiere que posean además *creatividad*. Algunos importantes institutos técnicos hacen que sus alumnos estudien "humanidades". El mercado es para los innovadores, para los técnicos "audaces y creadores" que "se atreven a impugnar y disentir" (tal es el estilo de los anuncios que en *Scientific American* solicitan técnicos). La industria del conocimiento se expande y hace que proliferen una serie de nuevas profesiones: programadores, analistas, computadores, etc. Compañías como *Rand*, *Simulatrix* y sus competidoras, así como el gobierno de los Estados Unidos, pagan grandes cantidades por estos técnicos polifacéticos, y las condiciones para el empleo requieren en los posgraduados una mente ágil y el no distraerse demasiado. Se está sintiendo una enorme y creciente necesidad de supertécnicos que sean disciplinados en sus análisis al mismo tiempo que imaginativos, sin llegar a especializarse más de la cuenta. Mientras no se idee un mejor modo de crearlos, estos individuos provendrán de las universidades norteamericanas y de sus cursos de humanismo y técnicas.

Pero ¿por qué *todas* las universidades norteamericanas mantienen esta peligrosa conjunción de artes liberales y oficios industriales? Es posible colocar de un lado las escuelas de la élite (técnica y del poder) y del otro lado las de los trabajadores y empleados; *de hecho*, las universidades se las arreglan de manera que Harvard se encargue de los dirigentes y Hofstra de las bases. Pero esta tendencia no puede llevarse demasiado lejos, ya que no sería "democrática" (el que este concepto sea anticuado lo dejamos a su criterio), y lo que es más, no sería muy funcional. Las escuelas norteamericanas de enseñanza superior se asemejan muy poco a los *gymnasium* alemanes o a los *lycées* franceses; no se dedican a eliminar los desperdicios y escoger la crema y nata. Un muchacho pobre pero brillante puede ser "descubierto" en una escuela barata del gobierno y llegar a ser un importante empresario, mientras que un zopenco ricachón puede estar en Harvard y dedicarse a algo poco importante. Aunque sería posible darles a las escuelas superiores el carácter de filtros seleccionadores, el caso es que el sistema actual es mucho más flexible y menos engorroso para los estudiantes.

Hay otras razones para conservar las artes liberales que nada tienen que ver con la formación de la élite o con las demandas de la tecnología. Muchos de los empleos que requieren educación superior son de bajo nivel y no exigen una cultura general; para ser

un profesor mediano, un vendedor o un administrador de nivel medio no se necesita mucha habilidad técnica, ni mucha *creatividad*, ni una sensibilidad cultural amplia; todo lo que se requiere es utilizar los medios no técnicos de comunicación, organizar el material y trabajar en una serie limitada de problemas. En lo que se refiere a la educación para estas profesiones, el *contenido* de la educación no es muy importante.

Hay que darse cuenta de que las disciplinas humanísticas no existen por simple capricho; para muchos profesores y administradores, el espíritu de estas disciplinas corresponde a lo que ellos imaginan que son los principios subyacentes de nuestra sociedad "democrática", y no ven nada peligroso en ellas; por el contrario, en muchos casos —la mayoría— sirven para reconciliar a muchos estudiantes con las cosas-tal-como-son. Y como estas disciplinas son enseñadas en forma autoritaria (con los profesores al frente, con exámenes, etc.), representan para muchos estudiantes simple retórica que guardan en una estrecha sección del cerebro. Así, las universidades tienen una función ideológica fundamental: por el contenido de sus cursos los estudiantes aprenden las racionalizaciones ideológicas de la sociedad, mientras que, a través de la estructura de esos cursos, aprenden a tratar con la realidad social. En las actividades extraescolares y en las clases los estudiantes aprenden a limitar sus demandas ante el sistema, aprenden a aceptarlo.

* * *

Hemos considerado que las sociedades capitalistas avanzadas necesitan que sus polifacéticas universidades enseñen paralelamente disciplinas humanísticas y materias técnicas. Es algo aventurado afirmarlo. La Universidad (multiversidad) bien integrada y super-racional es estable sólo en la medida en que lo son las mentes de sus estudiantes: los diques se rompen y una nueva perspectiva revolucionaria se abre. Hay que ir más allá de los libros, y para ello desarrollar una actitud definida ante la "guerra" partiendo simplemente de su posición como estudiosos; pero miles de estudiantes necesitan un poderoso estímulo externo; pocos estudiantes pueden alterar sus estudios para luchar contra la guerra de Vietnam. Incluso en Berkeley, en 1964, los estudiantes no se rebelaron porque fuera degradante ser estudiante en Berkeley; el sustrato del descontento estaba allí, pero la crisis se desarrolló por la influencia de asuntos "externos". Todas las universidades en las sociedades auto-

ritarias enseñan sistemas de valores contradictorios unos con otros, y mientras haya un Watts o un Vietnam estas universidades serán inestables.

* * *

La rebelión estudiantil trasciende las universidades en la medida en que los estudiantes estén capacitados para ello. Pocos izquierdistas considerarían que esta rebelión por sí sola nos hace entrar en una nueva era de la lucha revolucionaria. Habrá más estudiantes cada año, pero por largo tiempo necesitarán aliados entre otros sectores. Pocos izquierdistas consideran a la Universidad como la institución crítica por excelencia en los países avanzados, y la crisis de la Universidad por sí sola no lesiona al sistema; las universidades son cada vez más importantes, pero sólo son una de las muchas instituciones en el camino de la larga marcha. Lo más importante de la rebelión estudiantil no es saber adónde lleva (por ahora no lo sabemos), sino el hecho de que haya ocurrido. Se supone que las universidades son instituciones muy estables, bien integradas en sus sociedades, las que a su vez también son bellamente estables. Incluso en Europa, donde los centros universitarios estaban menos integrados, se consideraba que esto podría conseguirse con unos cuantos ajustes. Y ha sido precisamente en Europa y en los Estados Unidos donde las universidades han estallado en crisis, engendrando el primer gran movimiento de izquierda que el Occidente ha presenciado en dos décadas.

Los izquierdistas acostumbran considerar al capitalismo como un monolito que se resquebraja cada día más, interpretando así el marxismo en forma simplista. A medida que las contradicciones se convierten en crisis abiertas, el capitalismo cae en crisis y más crisis y para la gran mayoría de la clase obrera la vida se hace más opresiva y miserable, hasta que el descontento se convierte en una masiva conciencia revolucionaria. En realidad, en los últimos treinta años el capitalismo parece haberse asentado en su edad dorada (o al menos en su era más flexible para combatir sus problemas). No es que haya resuelto ninguno de sus problemas, pero ha aprendido que sus contradicciones pueden ser amortiguadas con vendajes y *curitas*, que las crisis pueden ser reducidas a simples depresiones y que las rebeliones pueden quedarse en vulgares desórdenes.

La enfermedad que Marx diagnosticó sigue avanzando bajo los cosméticos, pero ha pasado del estado agudo al crónico, y por ello

muchos izquierdistas consideraban que no había por el momento posibilidad de un movimiento revolucionario en un país capitalista desarrollado; las luchas provenían de la periferia, de Vietnam, de las Filipinas, Bolivia o el Congo. Actualmente, después de la rebelión en Francia, de la lucha contra Springer, de los problemas de Columbia y de la batalla de *Valle Giulia*, ya no se puede excluir de la ola revolucionaria a los países desarrollados. La rebelión estudiantil ocurrió sin el estímulo de una crisis general del capitalismo o de las crecientes condiciones de opresión. Lo que sucedió en las universidades en la primavera de 1968 puede suceder en otras instituciones.

Bajo el manto de las racionalizaciones, muchas instituciones están cargadas de contradicciones y absurdos, pero todavía pasará algún tiempo antes de que esas contradicciones estallen violentamente. Mientras tanto, las personas que participan en esas instituciones "agredirán su propio interior" (así nos definía un estudiante francés su estado de ánimo antes de mayo) con toda clase de tensiones y ambivalencias. Tomemos una institución no lejana de las universidades: la escuela pública. Muchos profesores van con la intención de enseñar en este tipo de planteles, pero descubren que en muchas escuelas norteamericanas la educación pública es una operación de represión. Si usted cree ser un maestro pero todo el mundo lo considera un policía sin armas, piense en dedicarse a otra cosa.

Un ejemplo distante del de la educación puede ser el de los obreros de la industria del automóvil, ejemplo bastante estudiado en la sociología industrial. No importa cuán idiotizante sea el trabajo, los obreros gustan de pensar que están haciendo algo útil, algo meritorio... pero lo dudan cuando repasan su vida rutinaria y poco estimulante. Tomemos, por último, un ejemplo más familiar: las instituciones de la democracia. Los norteamericanos de más de 25 años votaron por Johnson para impedir que continuara la guerra de Vietnam, y hubo personas que votaron por Wallace para que "el hombre común" tuviera un papel en la formulación de decisiones que afectan al pueblo.

Podríamos seguir citando absurdos, pero ya los ejemplos están gastados. Nos hemos acostumbrado a la idea de que la gente hace una cosa, o varias cosas, y siempre ha de ser así. Pocas personas protestan, y menos aún llegan a ser revolucionarias. La mayoría de la gente reprime sus angustias como si fueran aberraciones aisladas

o temporales, sin impugnar el sistema que las origina. Según los psicólogos, la gente está tratando siempre de resolver sus conflictos de conciencia nacidos de la percepción de la realidad, o de atenuarlos; los mayores absurdos pueden ser disfrazados mediante una serie de racionalizaciones.

Pero los procesos de racionalización tienen sus límites; los conflictos pueden ser demasiado amplios para encubrirlos, pueden acumularse y estallar. También puede suceder que algo fuerce a una persona a enfrentarse a problemas que no salían a la superficie. Entonces busca una solución, o considera irracional el enfrentamiento y vuelve a las racionalizaciones. Esto ocurre individualmente todos los días; cuando acontece con grandes grupos se ven amenazadas las instituciones, y oponen sus defensas; y cuando el proceso comprende a las grandes masas, los gobiernos caen. Un caso ejemplar al respecto es bien conocido: lo que sucedió en las universidades en la primavera de 1968. Las universidades tenían una serie de problemas evidentes, pero ninguno de ellos parecía irremediable; y si la vida estudiantil no era placentera, tampoco resultaba intolerable. En el fondo, sin embargo, las universidades sufrían una grave contradicción: la existente entre su espíritu liberal y humanístico y los diarios servicios que prestaban al capitalismo. Pero incluso este problema podía sobrellevarse. Los estudiantes tenían una posición crítica ante lo que leían, mas no acerca de aquello para lo cual se les preparaba. Si las universidades hubieran estado completamente aisladas del mundo exterior, quizá el conflicto no hubiera surgido. Fue el problema de Vietnam lo que hizo a los estudiantes preguntarse para qué se les utilizaba, preguntarse si era ésta una sociedad en la cual debían ocupar un lugar. Las "reformas" universitarias europeas indujeron a los estudiantes a preguntarse quién los preparaba, y para qué.

Todo salía a la superficie. Allí estaban Vietnam y el racismo en los Estados Unidos. Y el reclutamiento. Y la propia Universidad, impersonal, represiva y fastidiosa. La nueva cultura juvenil expresaba una profunda crítica de la vida estudiantil y de las perspectivas de los estudiantes. Todas estas influencias se acumularon y cada una de ellas abarcaba a más estudiantes. A medida que algunos estudiantes hacían una crítica más abierta y una resistencia más amplia, los problemas crecían y los demás estudiantes se hacían sensibles al proceso; era una reacción en cadena en cada universidad. La rebelión creció y pasó de ciudad a ciudad y de continente

a continente, con tal velocidad y tan pequeñas variantes en cada país que los periódicos hablaron de una "conspiración". Olvidaban que en cada país las universidades tratan de desempeñar el mismo papel, sufren las mismas contradicciones y utilizan las mismas racionalizaciones; la misma mecha se había prendido en todos los centros educativos superiores.

Por supuesto, todo esto no ocurrió sin más ni más; no hay ninguna llamada celestial o de otra índole que de repente convierta a los individuos en exaltados revolucionarios. Muchos enfrentamientos en menor escala habían precedido a las rebeliones masivas en las universidades, y con cada uno de estos episodios un sector de personas se desembarazaba de sus viejas concepciones y racionalizaciones. La organización pacífica y la discusión afirmaban lo que la gente aprendía por propia experiencia. Con cada nuevo enfrentamiento se empezaba a comprender cómo *debían* ser las cosas. Y a medida que las alternativas se hacían más evidentes el sistema actual resultaba cada vez más increíble e irracional. Todo esto sucedió sin ninguna crisis "objetiva", como no fuera la creada por la misma lucha. Las instituciones autoritarias no caerán por sí mismas, bajo el peso de sus propias contradicciones; al enfrentarse a ellas, el pueblo pone al descubierto la entraña irracional de las mismas. Y a medida que se hagan más irracionales serán más vulnerables ante cada asalto.

Si esto ocurrió con las universidades podrá ocurrir también con otras instituciones; las universidades son más que un ejemplo: son instituciones que preparan y envían gente a otras instituciones; son centros que reciben estudiantes, los mantienen reunidos por un tiempo y después los diseminan a través de la sociedad. Los estudiantes llevan consigo lo que han aprendido.

BREVE BIBLIOGRAFÍA

ALEMANIA

Kritische Universität, Sommer 68: Berichte und Program. AstA der Freien Universität, 1 Berlin 33, Garystrasse 20. Una presentación de la Universidad crítica de Berlín.

U. Bergmann, R. Dutschke, W. Lefevre y B. Rabehl: *Rebellion der Studenten*, Rowohlt. La historia del movimiento alemán narrada por cuatro de sus dirigentes.

L'Allemagne Fédérale après le Miracle, Partisans N° 41, marzo-abril de 1968. Colección, en francés, de artículos acerca de Alemania y el nuevo movimiento alemán.

FRANCIA

De la Misère en Milieu Étudiant, Situacionistas Internacionales. Traducción en inglés, disponible en Situationist International, P.O. Box 491, Cooper Station, New York, New York 10003. Un influyente punto de vista sobre la posición de los estudiantes. *Paris: May 1968*, Solidarity Pamphlet N° 30 c/o H. Russell, 53 A Westmoreland Road, Bromley, Kent, England. Documento testimonial sobre los acontecimientos de mayo.

Première Histoire de la Révolution de Mai, L'événement. Junio de 1968. Testimonio documental de los acontecimientos de mayo.

J. Sauvageot, A. Geismar, D. Cohn-Bendit y J. P. Duteuil: *The French Student Revolt*, Hill & Wang. Entrevistas con cuatro líderes del movimiento de mayo.

Henri Lefevre, *Explosion in France: The Meaning of the May Revolution*, Monthly Review Press, New York and London. Un análisis de la sociedad, el Estado y la ideología, a la luz de los acontecimientos franceses, por el notable marxista francés, profesor de sociología en Nanterre.

INGLATERRA

Ben Brewster y Alexander Cockburn: *Revolt at the LSE*, y G. S. Jones, A. Barnett y T. Wengraf: *Student Power: What is to be Done*. New Left Review N° 43, mayo-junio 1967.

David Adelstein, editor: *Teach Yourself Student Power*, mimeografiado, Radical Students Alliance, c/o Students Union, the Polytechnic, 19-21 Elsley Court, Great Titchfield Street, London W.1. Ensayos de estudiantes izquierdistas ingleses.

COLUMBIA

James P. O'Brien: *The New Left's Early Years*, Radical America II, N° 3 (1968), 1237 Spaight St., Madison, Wisconsin.

Paul Jacobs y Saul Landau: *The New Radicals*, Vintage.

Who Rules Columbia, North American Congress on Latin America, P.O. Box 57, Cathedral Park Station, New York, N.Y. 10025. Detallada discusión de los líderes y actividades de la Universidad de Columbia.

Columbia Liberated, edición revisada, Columbia Strike Coordinating Committee, disponible en Peter Clapp, 501 W. 110th St., Apt. 7E, New York, N.Y. Los acontecimientos de Columbia vistos por el Comité de Huelga.

CONCLUSIÓN

Jerry Farber: "The Student, as Nigger", de *This Magazine is About Schools*, disponible en Radical Education Project, Box 625, Ann Arbor, Michigan 48107. Sobre las funciones represivas de la Universidad norteamericana.

Carl Davidson: *The Multiversity: Crucible of the New Working Class*, disponible en S.D.S., 1608 West Madison, Chicago, Illinois 60612. El nuevo papel de la Universidad y las consideraciones estratégicas que de él se derivan para la izquierda.

Viet Report: Special Issue on the University and the Military, disponible en Radical Education Project, Box 625, Ann Arbor, Michigan 48107. Nombres y detalles sobre la alianza entre la Universidad y los militares.

LOS LIBROS DE MAYOR IMPACTO ENTRE LOS
ACTIVISTAS ESTUDIANTILES

Paul Baran y Paul Sweezy: *Monopoly Capital*, Monthly Review Press.

Che Guevara: *La guerra de guerrillas*, Monthly Review Press.

Malcolm X: *The Autobiography of Malcolm X*, Grove Press.

Mao Tse Tung: *El libro rojo*.

Carlos Marx: *Manifiesto Comunista*.

Herbert Marcuse: *Eros and Civilization*, Vintage Books.

—: *One-Dimensional Man*, Beacon Press.

Wilhelm Reich: *The Sexual Revolution*, Noonday Press.

Se terminó de imprimir este libro de la EDITORIAL NUESTRO TIEMPO, S. A. el día 28 de noviembre de 1969, en los talleres de la EDITORIAL LIBROS DE MÉXICO, S. A., Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F. Se utilizaron tipos 10 y 8 puntos Baskerville sobre papel Litografía RLCH de 106 gr. La edición estuvo al cuidado de Rosendo Gómez Lorenzo y la impresión al cuidado de Cayetano Pérez Camacho. Se imprimieron 3,000 ejemplares.

Nº 2226